



SUSANA FORTES

EL AMANTE
ALBANÉS

Lectulandia

Una ciudad del Este con cierto componente legendario. Los hermanos Ismaíl y Victor Radjik viven con su padre en una vieja villa de la capital cuyas habitaciones se hallan impregnadas en un aura de misterio. La llegada de Helena a la casa, una mujer joven y sugestionable, desata los fantasmas del pasado, cuyo alcance, como cualquier pasión verdadera, es imposible determinar.

La presencia constante de la duda hace que los protagonistas estén tocados por una fuerte inquietud. Son personajes silenciosos. La narración comienza cuando sobre ese silencio suena la detonación de un disparo que quiebra de pronto la madrugada. La tensión de la trama aumenta, línea a línea, a través de las confesiones de la niñera húngara, que ponen de manifiesto de «ningún secreto puede ser guardado eternamente. Al menos tiene que ser revelado una vez. Aunque sea una sola y única vez. Tarde o temprano».

Lectulandia

Susana Fortes

El amante albanés

ePub r1.2

Titivillus 26.01.15

Título original: *El amante albanés*

Susana Fortes, 2003

Ilustración de portada: *The Young Rower* (L. M. Glasson)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

La detonación sonó a las seis menos cuarto de la madrugada, en medio del silencio de la casa. Todas las villas que hay entre el bulevar de los Mártires y la carretera de Elbasan fueron construidas antes de la guerra y son de las escasísimas viviendas en Tirana que están rodeadas por jardines. Habían pasado dos horas largas desde entonces, pero la atmósfera todavía continuaba impregnada de un olor denso y opresivo, no a pólvora, sino a aire muy apretado. Ismaíl abrió la ventana y aspiró el relente de la mañana, una especie de neblina gris que se elevaba por encima de los arcos del seto y sobre los montículos de hojas rojas del otoño apiladas en jaulas de rejilla. Dos policías de uniforme permanecían apostados junto a la verja principal, y un inspector de paisano observaba la mansión y tomaba fotografías desde distintos ángulos. Había demasiadas ventanas que daban a ese lado del jardín: las dos cristaleras abalconadas del primer piso, donde dormía el viejo Z anum, como se conocía en toda Albania al padre de Ismaíl; o la galería contigua que utilizaba como despacho y donde solía encerrarse a trabajar desde muy temprano; a la derecha se encontraban las habitaciones que habían tenido de niños Ismaíl y su hermano Viktor. También estaban las cuatro ventanas de abajo, acabadas en arco, que correspondían, las del ala este, al salón y a la biblioteca, y las del oeste, a las antiguas dependencias del servicio. Eso sin contar con el mirador de la torre.

Sin embargo, había algo en aquel amanecer que no existía antes, un ambiente de gravidez como el causado por esos sueños de los que uno no es capaz de despertar. La estridencia del estampido había interrumpido de golpe el transcurso normal del tiempo. Cuando Ismaíl oyó el disparo, no se incorporó en seguida, sino que se quedó durante unos instantes petrificado, sin atreverse siquiera a levantarse de la cama, dominado por una sensación de pesadez e inmovilidad. En esas décimas de segundo experimentó una premonición que llegó a su mente antes incluso que la propia conciencia del sonido.

Según el primer informe, la muerte fue provocada por lesión cardíaca mediante herida de bala. Un proyectil de revólver, uno sólo, y no dos, como se anduvo diciendo después arriba y abajo. El cadáver había sido

hallado en el lecho con un pijama de color beige, las sábanas estaban algo revueltas, como arrugadas por un sueño demasiado intranquilo o quizá por la imposibilidad misma del sueño; sin embargo, curiosamente, la mancha de sangre no era muy extensa. La bala, disparada con el cañón del arma pegado a la piel, atravesó el corazón y salió por la espalda con una leve inclinación, traspasó también el colchón y rebotó después en los listones de madera del suelo. De ser cierta la versión que mantenían algunos sobre la existencia de dos impactos habría que reemplazar la hipótesis del suicidio por la de asesinato, pues quien se mata a sí mismo no puede disparar dos veces.

Los cipreses comenzaron a oscilar levemente con sus puntas negras. Se avecinaba de nuevo un cambio de tiempo. Ismaíl continuaba bajo el efecto del Orphadol que le habían administrado y tenía una percepción ralentizada de la realidad. Veía el cielo por encima del cristal como una cúpula de florecimientos de yeso, sin embargo, su memoria permanecía intacta. Había pasado la noche inquieto, se acordó del silencio de la mujer y de su melena ondulada recogida con una cinta. Le había costado desatar el nudo de la nuca; después, toda la cabellera quedó esparcida sobre el almohadón del sofá. Estaban en la biblioteca, medio desnudos, doblados en dos, con la luz apagada. La claridad nocturna entraba a través de los arcos del ventanal como en un templo. Podría haberse orientado por todo el cuarto únicamente con la fosforescencia de la piel. Estaba tendido junto a ella, pero los ojos de la mujer continuaban cautelosos, como si estuviesen protegiendo algo. Sin embargo, él intentaba abarcarlo todo con la mirada. Le rozó con los dedos la barbilla y los labios. Después bajó la cabeza y pasó su lengua despacio por cada una de las costillas, hasta el pecho. Sabor a sal.

Recorrió centímetro a centímetro aquella piel erizada, dejando un rastro húmedo. Estaba inclinado sobre el cuerpo de la mujer con la boca mojada, buscando a ciegas la manera de entrar. Pero fue ella quien levantó las rodillas para conducirlo y acoplarse a sus caderas con un movimiento envolvente mientras lo miraba con una seriedad hipnótica. Le había cambiado la cara con el placer, se le hincharon los labios, sus facciones adquirieron una gravedad parecida al abandono, se quejaba con los ojos entornados. Ismaíl a duras penas podía contenerse, la domaba a un ritmo cada vez más violento, como si la odiara, pero en realidad lo que odiaba era la incertidumbre. Tenía el rostro oculto entre el cabello de ella para ahogar los gemidos. Cuando sintió los primeros latidos impetuosos de la sangre en la ingle, pensó que iba a desvanecerse.

No se movieron al final. Permanecieron así, todavía acoplados, sin querer desprenderse el uno del otro, respirando, recuperando poco a poco

el aliento. Entonces les pareció oír algo muy leve, como la carrera de un animal pequeño en el jardín. Fue sólo un momento. Después, otra vez el silencio. Ismaíl se abrochó los pantalones y se acercó a la ventana. Los árboles parecían rociados de escarcha por el relumbro lunar. Todo estaba en calma, como acolchado de silencio.

Al cabo de unos minutos salió al balcón todavía con la camisa abierta, dio dos zancadas y se encaramó como otras veces hasta la terraza de su cuarto. Aunque no pensará en ella, sabía que podía cerrar los ojos y evocar hasta el menor de sus gestos, el detalle más pequeño, un lunar detrás del lóbulo de la oreja izquierda, los dedos como estrellas de mar con las puntas rosas de las yemas, el peso leve de su muñeca cuando dejaba la mano olvidada sobre el sexo de él. Tantas noches de insomnio, tendido en la oscuridad, mirando el techo, con la sensación imposible de estar al filo de algo, pero no ocurría nada, ni siquiera le asaltaba el sueño, o sólo venía cuando ya estaba amaneciendo. Presintió la entrada gradual de la luz a través de las rendijas de las persianas. Pero sólo supo que había llegado a dormirse cuando lo despertó la detonación del disparo.

Ahora, un automóvil oficial maniobraba delante de la mansión, haciendo crujir la grava de la senda, suavemente curvada. Ismaíl continuó inmóvil, apoyado en el bordillo del alféizar, respirando con aire ausente, como si nada de lo sucedido tuviese que ver con él. Lo embargaba la sensación de haber permanecido inmerso en la vida de otros, en tramas que se remontaban más de veinte años atrás. Miró el cielo, que se anunciaba más oscuro hacia el este, y pensó que de un momento a otro iba a llover.

II

La villa de los Radjik tenía un aire de palacio tirolés, sobre todo por el tejadillo de exótica silueta —cónico o hexagonal—, rematado en una cofa acristalada que coronaba la torre central y se elevaba por encima de los árboles como un faro. A lo lejos, Tirana y sus luces. La Rotonda, que era como llamaban todos al cuarto de la torre, era uno de esos espacios que se mantenía al margen de la vida cotidiana, quizá por la incomodidad de su acceso a través de una estrecha escalera de caracol, quizá porque la instalación eléctrica no llegaba hasta arriba o quién sabe si por alguna otra razón. En todas las casas antiguas suele haber un lugar así.

Ismaíl solía pasar allí mucho tiempo, hasta que la oscuridad se le agolpaba en la ventana y entonces tenía que encender una linterna pequeña con acanaladuras cromadas que proyectaba un redondel de luz sobre la pared y acentuaba todavía más el carácter de *círculo encantado* que poseía todo el recinto. Una grieta bajaba desde el techo en diagonal y cerca de la ventana se desgajaba en una red de pequeños afluentes. Su trazado recordaba el curso del Drina, que rodea con su caudal negro toda Albania, hasta el lago de Ohrid. Del mismo modo que cualquier río contiene el rumor denso de la historia, acaso también aquella grieta escondiera el eco de otras voces anteriores a la suya. En una ocasión, Ismaíl encontró sobre el suelo, junto al zócalo gris, un diminuto ovillo de membrillo seco, muy apretado, que quizá alguien utilizó alguna vez como mecha.

Como en todos los desvanes, en aquel altillo redondo se arrumbaban numerosos trastos inservibles, herramientas de jardinería, muebles viejos... Bajo la ventana había dos arcones en cuyo interior se almacenaban todo tipo de tejidos en desuso: mantas ucranianas muy pesadas, enaguas antiguas, un curioso abanico de madera de sándalo entreverado con incrustaciones de nácar, los pañuelos de seda estampada de Macedonia que el viejo Z anum había heredado de su madre y que después le había regalado a su mujer y hasta el echarpe azul de gasa que ésta llevaba puesto el día de su muerte.

El resto de las dependencias de la villa también estaban impregnadas de cierta memoria encostrada que se ocultaba en los recovecos de las

habitaciones, unos recuerdos que se adherían como hiedras a la fachada y crecían igual que el verdín sobre los muros demasiado húmedos y sedimentados por el rumor de inviernos muy lentos.

En las casas donde ha vivido gente tocada por la pasión más fuerte, el aire queda profundamente alterado. Las paredes, los pasamanos, las puertas, los baúles, todo está cargado de una aura imprecisa cuyo contenido nadie puede explicar.

Cuando Helena llegó a la villa por primera vez, en seguida percibió el soplo del pasado. Lo que más le llamaba la atención era el retrato de la mujer que presidía la pared principal de la biblioteca, cuya juventud no parecía mortal y cuyo nombre español nunca se había vuelto a pronunciar en aquella casa. Hasta Ismaíl utilizaba para referirse a su madre el pronombre personal *Ella*. Durante los primeros días, Helena se pasaba horas observando los rasgos de aquel rostro extranjero que tanto la intrigaba. Era un rostro singular, sin ser propiamente bello. La curvatura de los párpados le daba a la mirada una expresión aterciopelada y soñadora, de una intensidad casi hipnótica. Helena se cegaba hasta tal punto en la contemplación del retrato que a veces le parecía que podía entrar en los pensamientos de aquella desconocida, como si de algún modo la imagen tuviera el poder de labrar caminos moleculares hacia el interior de su mente, entonces llegaba a sentir verdadera inquietud. Pero luego trataba de tranquilizarse y se decía a sí misma que todo era debido a su naturaleza sugestionable y a las muchas historias del *kanun* que le habían contado de niña. El cuadro parecía inacabado y representaba a una mujer muy joven leyendo un libro en una terraza, los labios púrpura y los pómulos ligeramente azules, sonriendo un poco, desordenándose el pelo con la mano en que apoyaba la cabeza, instalada en la lectura y en la soledad como una diosa en un reino invisible.

Cuando su madre murió, Ismaíl apenas tenía cinco años y a esa edad los recuerdos no pasan de ser pinceladas difusas, tan fugaces como la brisa repentina que hace pasar de golpe las páginas de un libro o levanta el vuelo de un vestido de flores verdes o amarillas quizá, o azules... aunque tal vez no fueran flores, sino hojas muy pequeñas, diminutas. La tela le dejaba al descubierto los hombros y terminaba en un volante que le llegaba un poco más abajo de la rodilla. Ciertamente no era un vestido albanés. Una vez, Ismaíl vio a su madre así ataviada en la playa de Durrës, al final del verano, con los pies descalzos metidos en el agua y la brisa ondulándole el borde de la falda, o eso le parecía recordar, porque los niños, como se sabe, construyen muchas veces sus recuerdos sobre lo que imaginan o lo que alguien les ha contado más tarde. Perfilan la escena en su memoria como sí pintaran en un papel en blanco, y tal vez lo que

Ismaíl recordaba era ese dibujo infantil hecho algún tiempo después con lápices de colores, cuando su madre ya estaba muerta: un sol esquinado de rayas anaranjadas y un mar sin barcos. *Ella* miraba a lo lejos, muy seria, como si pudiera alcanzar la otra orilla, y esa mirada la mantuvo durante el camino de regreso a Tirana, por toda la carretera cargada con el aire agonizante de setiembre, que hinchaba la paja de los establos, enlodaba el vellón de las cabras y ponía acres humaredas de rastros en los caminos, por donde iban mujeres campesinas vestidas de negro, encorvadas por el peso de las lecheras de estaño. Cuando después de una curva dejó de verse el mar, *Ella* apoyó la cabeza en el respaldo del asiento con las manos sobre el regazo y empezó a llorar despacio, sin hacer ningún ruido. Lágrimas.

Es curioso cómo se difuminan las facciones de los ausentes o cómo son sustituidas por imágenes de un solo día y por instantáneas fotográficas, o por cuadros siempre extraños. A veces también ocurre que, al cabo del tiempo, nos viene a la cabeza un rayo de luz, detalles insignificantes, apartados en un rincón de la memoria, palabras, retazos de conversaciones escuchadas antes de que nuestra mente pueda darle un sentido, y sólo mucho tiempo después llegamos a recordar plenamente, cuando podemos interpretar su verdadero significado. Sin duda era lo que le estaba ocurriendo a Ismaíl con todo lo referente a su madre. Probablemente, la presencia de Helena en una casa habitada durante demasiados años sólo por hombres contribuyó a disparar los mecanismos de la memoria. Verla sentada en la biblioteca, en el mismo sofá en el que *Ella* solía sentarse, con el cabello sobre los hombros y las piernas cruzadas junto a la veladora de pantalla rojiza; espiarla mientras se inclinaba sobre una cama para arreglar el embozo de la sábana; o verla abrir un balcón para ventilar el cuarto, que quedaba de pronto inundado por una luz tibia y rosa, que era también el color de las mañanas casi olvidadas en que su madre entraba en la habitación para despertarlos a él y a su hermano... Gestos que venían de un mundo pasado, pero que irrumpían en él tan tumultuosamente como la vitalidad con que se inflama la rama de un árbol que parecía muerta por una subida congestiva de savia. «Fueras como la perla de agua en el corazón de la ortiga», escribió en uno de sus poemas.

Las ortigas crecían al fondo del jardín, contra la tapia y la verja, junto a un nudo de maleza. La primera vez que Ismaíl vio a Helena sintió en las manos los pinchazos espasmódicos de miles de agujas que le enrojecían la piel hasta la muñeca con un violento sarpullido: había rozado descuidadamente las malas hierbas al intentar abrir la cancela exterior. Acababa de regresar a Tirana, después de ocho larguísimos meses de campamento militar, y cuando llegó a la villa con una alforja de soldado

colgada al hombro, ella misma le abrió la puerta.

No fue la sorpresa de encontrar a una mujer en casa, porque su hermano Viktor ya le había comunicado la noticia de su boda con una muchacha del norte. Recordaba perfectamente la carta en la que lamentaba que no le hubieran concedido un permiso en el ejército para asistir a la ceremonia y le contaba cómo habían adornado la mansión para el convite, con guirnaldas de papel de seda por encima de las mesas, en la parte abierta del jardín. También le hablaba de la novia, que iba vestida según la costumbre montañesa con una sencilla diadema de flores y un chaleco blanco bordado por encima de la túnica, en uno de cuyos bolsillos guardaba «la bala de la dote» que mandaba la tradición. Eso decía la misiva que Ismaíl recibió en el cuartel del altiplano. Sintió sinceramente no haber podido acompañar a su hermano en la ocasión, y aquella noche, desde su garita de guardia, imaginó con nostalgia todos los detalles de la boda: las pequeñas bombillas de colores sobre la pista de baile, la música elevándose por encima de las voces y de las risas, el olor del *gulasch* y del membrillo al horno y de los pasteles de semillas de sésamo y leche condensada... Sin embargo, había algo más en la carta una frase, algo referente a la muchacha. Aunque quizá era una frase expresada de un modo demasiado vulgar que desagradó a Ismaíl y por eso la olvidó sin querer concederle más importancia. Fue otra cosa lo que le sucedió al ver a Helena por primera vez en el umbral de la puerta, de puntillas, descalza, con unos calcetines gruesos de color lila y un albornoz demasiado grande sobre el que le goteaban los mechones del cabello mojados como pinceles.

Lo que Ismaíl experimentó podría definirse como una profunda desazón, esa especie particular de desagrado que se siente cuando las situaciones que han permanecido estables durante mucho tiempo se alteran con la presencia de una persona extraña. Al principio, Ismaíl no podía saber en qué iba a consistir exactamente esa alteración, ni siquiera pensó en ella de un modo consciente, pero la percibió con la intuición a través de la timidez y el malestar que se iban apoderando de él. Trató de disimular su azoramiento ante ella por cortesía. Sin embargo, la incomodidad seguía ahí.

—Tú debes de ser Ismaíl —dijo Helena, sonriendo con naturalidad antes de abrazarlo. Tenía los dientes pequeños y luminosos, los dos delanteros separados por una ranura casi imperceptible. A continuación lo guió por el pasillo hacia la habitación contigua a la biblioteca, que era el cuarto que Ismaíl había compartido con su hermano durante la infancia —. No te esperábamos hasta la tarde —se disculpó al ver que el cerrojo estaba echado—. Pero aguarda un momento, en seguida traigo la llave.

Durante los escasos minutos que su cuñada tardó en bajar, Ismaíl tuvo tiempo de pensar en la superstición albanesa de dejar cerradas con llave, para siempre, las habitaciones de los muertos.

III

De niños, con luna llena, Viktor e Ismaíl leían el libro de los exploradores sobre la mesa de mármol del cenador, a la luz de una linterna, frente al sendero de cipreses que marcaba el camino hacia el jardín. Entonces, la verdadera blancura no era la de la nieve, sino la de algunas flores muy pequeñas en aquellas noches, con el calor del foco de la linterna subiéndoles por las mangas de los jerseys: el brazo de Viktor por encima del hombro de Ismaíl, las palabras pronunciadas en voz baja, el olor de la lana, las cabezas muy juntas... Los dos hermanos se parecían mucho. Tenían el mismo color de cabello, castaño claro, la frente alta y los labios carnosos, casi femeninos, heredados de su madre. Sobre el mueble de cerezo del comedor había una fotografía de ambos enmarcada. Estaban sentados en lo alto de un árbol: Viktor, apoyado contra el tronco, mostraba en la sonrisa una seguridad y un aplomo que no se correspondían con los cuatro años de diferencia que le llevaba a su hermano; aún de adulto seguía conservando ese matiz en la comisura de los labios, especialmente cuando sonreía; tenía la cabeza echada hacia atrás y miraba desde lo alto como una águila. Ismaíl parecía más torpe e inseguro, agarrado con las dos manos a una rama transversal, el cuello inmóvil y tierno, los ojos infantiles agrandados por el susto, como un cervatillo. Iban vestidos del mismo modo, con pantalones cortos de tirantes y camisas blancas, la raya de la manga perfectamente planchada. Cuando su madre vivía, acostumbraban a hacer excursiones los domingos por el monte Dajú, al sur de la capital. Corrían entre los pinos, descubrían cuevas, cazaban saltamontes. Eran dueños de un universo movido, bañado de sol, vibrante de insectos, que rezumaba un olor azucarado como el de las meriendas campestres, tumbados boca abajo en la hierba crecida... Y tenían secretos.

Entonces eran inseparables. Si uno de los dos recibía algún castigo, era el otro quien lloraba sin consuelo. No se puede explicar fácilmente una unión así, era una hermandad encarnizada que sorprendía y conmovía a todos. Si algún amigo de la familia, como el doctor Gjorg, llegaba de un viaje con regalos para los niños, ni Viktor ni Ismaíl aceptaban ningún obsequio que no pudieran compartir. No se ponían de acuerdo para actuar de esta manera, simplemente ése era el modo natural en el que ocurrían

las cosas entre ambos.

En una ocasión, el regalo fue un tren con cinco vagones de color plateado, con asientos de madera, traído de la mejor tienda de antigüedades de Kiev. Las iniciales de los dos nombres aparecían grabadas en las pequeñas puertas laterales de la locomotora: V. e I., Viktor e Ismaíl. Aquel invierno nevó en Tirana, e Ismaíl no paraba de toser. El doctor Gjorg había ordenado que permaneciera en la cama. Todas las tardes, después de haber tomado sus medicinas disueltas en una tisana de hojas de eucalipto y laurel, le permitían incorporarse apoyado en el cabezal, arropado con un edredón azul celeste. En aquellos días, Viktor no se apartaba de su lado. Sobre la superficie alisada de la cama montaban el tren, que atravesaba montañas lejanas, donde unos soldados bolcheviques se habían sublevado contra el zar y avivaban un fuego que alguien había encendido junto a un puente. El prestigio del ferrocarril procedía del misterio de la distancia, una ruta fija de hierro cosida sobre la tierra, los surcos hundidos de las vías, los nombres de las estaciones, ciudades tan remotas como las que aparecían en la banda iluminada de la radio: Moscú, Vladivostok, Belgrado, Kiev... y todas aquellas capitales extranjeras que visitaba el doctor Gjorg. Ismaíl lo veía acercarse por el pasillo y le parecía uno de aquellos exploradores de los libros de aventuras, como Marco Polo o el capitán Scott, muy alto, con el pantalón abombado metido dentro de la caña de las botas y un gorro de astracán. En el hechizo de la enfermedad imaginaba que llegaba con su botiquín de campana en medio de la ventisca, entre los precipicios helados de la Antártida, caminando delante de su madre, que lo seguía con un gesto de preocupación apenas contenido en la comisura de los labios. Si se quedaba dormido y se despertaba de golpe en medio de la fiebre, lo primero que veía era el tren nuevo que Viktor había colocado cuidadosamente en su lado de la estantería, junto a otros regalos anteriores: un carrusel musical cuya cuerda estaba rota, un reloj infantil con forma de rana, una orquesta búlgara de títeres... Pero el tren era el mejor de todos los juguetes que había traído el doctor Gjorg porque encerraba una historia.

Cuando Ismaíl no tenía fuerzas para jugar, le pedía a su hermano que le contase otra vez el asalto al ferrocarril de Vologda, y entonces Viktor, desde la cama contigua, separada sólo por la distancia de una alfombra, empezaba a evocar pacientemente las hazañas de la pequeña partida de combatientes que una vez encendieron una hoguera en la nieve, mientras a lo lejos se oía ya el chirrido metálico de las ruedas contra los raíles, y así se iba durmiendo, con el arrullo de la voz que contaba en un tono muy bajo y aquel rescoldo rojo del fuego metido dentro de todo lo que era de color blanco.

Estuvo tres días delirando, sudando por todos los poros, sin querer comer. Le aplicaban vendas frías sobre la frente. Su madre se sentaba en el filo de la cama, le cogía la mano ardiendo y se quedaba allí durante horas, callada, como si lo velara. Pero él sólo aceptaba tomar los medicamentos si Viktor volvía a contarle la misma historia, cada vez animada por un detalle nuevo, como el del pequeño vigía subido a la rama más alta de un árbol, al que el frío le había vuelto de yesca los ojos mientras escudriñaba en la nieve algún atisbo de polvo de carbonilla contra el cielo limpio; o el filo de un puñal que uno de los milicianos rusos calentaba en las llamas hasta ponerlo incandescente. Con cada palabra parecía que Ismaíl fuese tragando una toma de aire a sorbos cortos, y con ese alivio le volvían las costillas a su lugar y el rostro poco a poco se le iba descongestionando, dejando sólo el leve cerco morado de las ojeras o la anormal transparencia de una vena azul en la piel de la frente. Una noche lo despertó un duende en mitad de la oscuridad, se colocó a su lado y lo llevó de la mano, medio dormido todavía, hasta la ventana. Fue la primera vez que Ismaíl tuvo conciencia plena de la belleza, como si de pronto hubiera sacado la cabeza de debajo del agua para contemplar un jardín de hielo exquisito como la plata labrada. Le dolían los ojos de mirar. El asombro de aquella noche de invierno marcó no sólo una clara mejoría en la enfermedad, sino también la vocación poética de su alma. La fiebre comenzó a descender, se evaporaron las pesadillas... Y cuando por fin pasó todo el peligro, su hermano entró en el cuarto como un enfermero incansable, muy pálido, con la bolsa de redecilla donde guardaban los soldados rojos del ejército bolchevique y los blancos del menchevique. Pero no pudo cruzar la puerta: se desvaneció en el mismo umbral, desparramando los dos ejércitos por el suelo. No había contraído la misma dolencia que Ismaíl, ni se trataba de ningún resorte mimético. Era sólo que estaba exhausto porque aún no tenía ocho años y llevaba tres noches sin dormir.

IV

Los huesos de Ismaíl prevalecían sobre la carne, especialmente en el arco de la clavícula y en las muñecas y las rodillas, que sobresalían como colinas en el mapa de su cuerpo, la osamenta de un pájaro. Al comer hacía largas pausas y masticaba varias veces cada bocado que su madre conseguía meterle en la boca con extrañas plegarias. «Come muy despacio —decían—, tiene los modales de un aristócrata». En el jardín había un algarrobo centenario. En primavera, debajo del follaje se escondía un frescor muy dulce, a veces una hilera de hormigas rojas subía por el tronco, e Ismaíl preguntaba a su madre cosas sobre la vida de las hormigas.

—Cuando seas mayor serás entomólogo —le dijo *Ella* un día.

—¿Qué es un entomólogo?

—Los entomólogos estudian la vida de los insectos: de las hormigas, de los saltamontes, de las libélulas...

—No quiero ser entomólogo —protestó el niño—, quiero ser capitán, como Viktor.

Su madre sonrió con tristeza, revolviéndole el pelo. Estaba tan delgado y tan pálido que parecía un soldadito de porcelana. El doctor Gjorg lo auscultaba todas las semanas. Al colocar el espejo del fonendoscopio sobre la piel del tórax oía un eco abovedado. Los pulmones de Ismaíl estaban curados, pero la membrana que los protegía era tan débil que podía volver a rasgarse en cualquier momento. Así que el gran Z anum decidió aceptar la invitación de su amigo médico y accedió a que su esposa y los dos niños pasasen un mes en la casa que éste tenía en los Alpes dináricos. Partieron en abril. Viktor e Ismaíl viajaban en el asiento de atrás del automóvil, tambaleándose por los frecuentes surcos de la carretera. Miraban las cumbres de diferentes alturas, entre escarpaduras y manchones de nieve que brillaban con la violenta luminosidad alpina, pero sus almas todavía eran demasiado llanas e infantiles para comprender la hondura de aquellos precipicios empañascados, sobrevolados por las águilas, en los que a veces el viento levantaba un eco tubular. Sólo el espíritu complicado y montañoso de algunos adultos puede sucumbir al influjo de la naturaleza en medio de un paisaje tan repleto de suspense.

Al atardecer llegaron a Peshkopi, una aldea situada en la misma orilla del Drina Negro. La casa del doctor Gjorg estaba en una ladera de abedules, tenía los muros de piedra y el tejado muy empinado, como todas las de montaña, unido al cielo por un cordel de humo. Cuando abrieron el portalón, se encontraron la estancia ya caldeada, varios troncos ardían en la estufa. Había una piel de oso extendida sobre el suelo, un aparador grande con loza de Bohemia y un espejo en el que quedaron los cuatro reflejados al entrar como en la fotografía de una familia feliz: Viktor, con una bufanda y un gorro de lana que le tapaba las orejas, de la mano de su madre, que sonreía con los dientes blanquísimos como si también fuese una niña, y el doctor Gjorg un poco más atrás, con su apostura de explorador, llevando a Ismaíl en brazos, envuelto en una manta de cuadros.

Semanas, días, horas que giran en el recuerdo y regresan iluminadas como las agujas fosforescentes de un reloj pero con la quietud de una memoria en la que ya no puede haber tregua. El badil con ascuas en los portones, el olor a humo de leña y a vaho de ganadería en los caminos por los que regresaban diariamente las vacas para ser ordeñadas, el aroma de los pinos enresinados, un residuo de blancura de origen impreciso, como el tiempo que retrocede en ondulaciones circulares, la voz de una mujer joven llamando a gritos a sus hijos para que no se alejen demasiado y el eco repitiendo sus nombres desde el interior de hoces profundísimas, el sonido de una cascada que revienta las rocas con láminas de agua muy fría en la que el sol hace destellar reflejos naranjas, duros como caramelo, brillos verde lima y púrpura, «¿Qué son esas burbujas de colores?», las palabras sencillas que usan los niños para nombrar el misterio. Detrás de las montañas estaba la nieve, y se oían las campanas de los cencerros tintineando en la oquedad del silencio, muy lejos.

Los sonidos venían a la memoria de Ismaíl tan sin tregua ni orden como las sensaciones de un sueño, como el gusto de la saliva apretada en la boca con el sabor del pan y del queso fresco que devoraron en un prado con hambre salvaje. El color fue volviendo a sus mejillas poco a poco, lo mismo que al recordar regresaban a su mente las imágenes de aquellos días, los detalles precisos de todas y cada una de las excursiones que hacían por las tardes. La disposición de los senderos por encima de un paisaje que siempre estaba inclinado; las historias que les contaba el doctor Gjorg sobre las propiedades de algunas plantas: el diente de león, la semilla de loto, el musgo que crecía en algunos lagos y que era utilizado desde la antigüedad por los guerreros como vendaje para los heridos porque no contenía ninguna bacteria; el color de las rocas, amarillo en el sol, casi gris en los días nublados; la imagen de su hermano Viktor con un

jersey de rombos, corriendo y riéndose muy fuerte, asustando a los pájaros con sus brazos de molino. Y recordaba también a su madre, vencida por el cansancio en una cuesta, apoyándose en el hombro del doctor Gjorg con una expresión bellísima que no tenía nada de extraño, pero que, sin embargo, a él le pareció de una intensidad desconcertante. Se alzó un soplo de viento y *Ella* movió los labios muy lentamente. Dijo algo en español, nadie sabe qué musitó, pero su rostro estaba lleno de la luz de la tarde. Entonces, el doctor Gjorg se volvió y le pasó suavemente la mano por los cabellos, apenas con la yema de los dedos, igual que si acariciase una seda exquisita. Estas cosas las recordaba Ismaíl suspendidas en el aire, flotando dentro de la claridad evanescente de aquellos días, que era un vapor de color azafrán, lento y deshilado como el que se filtra a través de la membrana de los párpados cuando uno está a punto de adormecerse y que, poco a poco, va perdiendo nitidez hasta diluirse en el cosquilleo inconsciente de la brisa sobre la piel. Después, Ismaíl se vio a sí mismo con cuatro años, tumbado boca arriba en la hierba, mirando tras las pestañas medio entornadas las hojas de los árboles, como pintura húmeda sobre el cielo liso, con una inexplicable melancolía en el corazón.

Con mayor fijeza, sin embargo, le quedaba en la memoria aquella tregua del final del día, cuando su madre, antes de enviarlos a la cama, les lavaba las rodillas en un balde de agua templada y les curaba los arañazos que se habían hecho al saltar los vallados y las ampollas formadas en los talones. Pies pequeños, acostumbrados a la lisura del asfalto y curtidos ahora en las piedras de los senderos que llevaban a los pastos, pies hollados por la naturaleza, comprometidos con el humus grumoso de la tierra, con las raíces y las agujas de los abetos. El doctor Gjorg le había enseñado a rastrear el camino de los perros oliendo sus patas entre las almohadillas grises de las pezuñas: una carrera por el medio de un maizal, olor a hierba segada y a forraje, la veta acre del suelo de los establos, el rastro de las caléndulas que florecen entre los riscos, resonancias de todos los vagabundeos que el animal había seguido durante su jornada, la impronta del anhelo y de la distancia entre las uñas, cientos de rutas... Sentaba al niño y le acariciaba la cabeza como si tuviera un cachorro cobijado entre las piernas.

Pero Viktor le había descubierto un mundo todavía más fascinante: los gusanos de seda. Todos los días observaba la huella que dejaban en las hojas de morera, dentelladas brillantes y picudas. En las esquinas segregaban un hilo de plata y por toda la caja iban apareciendo diminutos ovillos que crecían lentamente. No se detenían nunca. Tejían y tejían. Un día detrás de otro, sin que nada los entorpeciese, cuarenta y cinco días en total. Cuando salían las mariposas, las sentía aletear torpemente por la

caja, los capullos quedaban desinflados y grises. Ismael pensaba que crecer era algo realmente extraño. No maravilloso, ni difícil, sino solamente extraño. Él se esforzaba en crecer, pero no sabía aún cómo pensar el tiempo. Andaba cabizbajo con estas ideas. Viktor era mucho más alto, sin necesidad de hacer ningún esfuerzo; sin embargo, él luchaba desesperadamente por cada centímetro, como un corredor que siempre jugase con desventaja. Viktor se desenvolvía con facilidad en todas partes de un modo natural e innato. Él siempre tenía miedo de cansarse en una caminata y tener que ser llevado a hombros por el doctor Gjorg o de perder el equilibrio y caerse de bruces, y de que lo paralizase el miedo al entrar en una cuadra, como una vez que, al ver a menos de medio metro de su cara unos ojos globulosos que lo observaban jadeantes, permaneció arrinconado contra la puerta del establo durante unos segundos, oyendo los mugidos desarmados del animal, hasta que la ternera, también asustada, tropezó con sus propias patas y fue entonces cuando Ismaíl sintió el cabezazo de un hocico mojado junto a la cara.

Viktor tenía el don de acercarse a la gente con facilidad, poseía la espontaneidad de un conquistador que despertaba la simpatía de todos cuantos lo escuchaban; sin embargo, cuando Ismaíl trataba de imitarlo, sus hazañas resultaban tan nimias que nadie reparaba en ellas. Viktor sabía muchas cosas sin darle importancia a su conocimiento; él, en cambio, se aferraba a la curiosidad con codicia, porque todo lo que ignoraba lo atraía y lo aterraba al mismo tiempo, igual que el sonido ahogado de los gusanos de seda en el interior de su caja, tan diminutos y blancos. Tejiendo y tejiendo. Si pegaba el oído, casi podía oír cómo mordían las hojas, las devoraban, dejando sólo la nervadura de la morera. Los sentía respirar, un gemido oscuro.

Ismaíl aprendió muchas cosas aquel mes en las montañas, cosas esenciales de la vida, que es la clase de aprendizaje que hace crecer a las personas. Los dos niños vivían según las leyes de la simbiosis que rigen la evolución de algunos organismos vivos, en un estado casi biológico. El afecto que se profesaban era para ambos imprescindible, como cualquier sentimiento que no se decide ni se adquiere, sino que bulle en la sangre con todos sus matices y viene dado por sí mismo. Una cosa íntima e instintiva. Pero su naturaleza, lejos de ser sencilla, resultaba muy complicada.

Cuando tuvieron que emprender el viaje de regreso, los cuatro se sintieron tristes y cohibidos, igual que si tuviesen que guardar un secreto del que nunca pudiesen volver a hablar. Se hicieron silenciosos.

El doctor Gjorg se acercó a la ventana y se puso a mirar las montañas despacio, muy serio, dejando que pasaran así las últimas horas. Lejos,

como un altar para almas violentas, se levantaban las cumbres de diferentes alturas, entre precipicios empuñascados sobre los que pendían unas nubes muy densas. Permaneció allí de pie, con toda su corpulencia inmóvil, las manos hundidas hasta las muñecas en los bolsillos, la mandíbula tercamente apretada por encima del cuello del jersey, la cara sumergida en sus pensamientos, entre los duros huesos de la frente, sin hablar, mirando el vacío, escuchando la oscuridad. Le preguntaban cualquier cosa y no contestaba. Ninguna palabra llegaba a traspasar sus oídos. Así, hasta que el aire del anochecer le devolvió su rostro en el vidrio, sobre aquel paisaje hermético.

¿Qué puede ocurrir en el alma de un hombre que mira así por la ventana?

V

Pero ningún secreto puede ser guardado eternamente. Al menos tiene que ser revelado una vez. Aunque sea una sola y única vez. Aunque transcurran años y hasta décadas. Tarde o temprano.

Cuando llegó el otoño, Viktor fue enviado a un internado de Tirana al que también asistían los hijos de otros altos funcionarios del partido. Era un gran edificio de ladrillo rojo, situado en las afueras de la capital. A Ismaíl le hubiera gustado acompañarlo y su padre se lo habría permitido, de no ser por la insistencia de *Ella* y las constantes alusiones a su delicada salud.

—Está bien, que se quede, si es lo que quieres. Pero pegado a tus faldas nunca se hará un hombre —dijo.

El gran Z anum era un hombre alto y bruñido, de una austeridad espartana, que consideraba que el carácter sólo podía templarse en las privaciones. Había una ley albanesa no escrita que establecía las normas de la masculinidad. No quejarse, no tener miedo, no expresar dolor ni demasiado afecto... Por eso sentía predilección por Viktor. Veía en él las virtudes de un buen militar. En su juventud, el gran Z anum había estado al mando de las brigadas albanesas que lucharon en España contra las tropas fascistas del general Franco. Le gustaba rememorar esa época, las privaciones, una cebolla cruda con pan y aceite, la camaradería entre hombres envalentonándose unos a otros en vísperas de subir al frente, con una botella de vino, después de haber gozado plenamente, a fondo, de una mujer. Solía decir que existe un momento, incluso cuando se lucha voluntariamente, cuando se tiene asimilada la convicción de saber por qué se pelea, en que las ideas, por elevadas que sean, no ayudan y lo único que sirve de verdad es la disciplina física. Entonces, todo el problema está en llegar a un muro de piedra que te defenderá de la metralla, alcanzar una casa en ruinas, una zanja donde tirarse boca abajo, arrastrarse a ras de suelo y tratar de pasar debajo de las ráfagas. La verdadera batalla se desarrolla así dentro de uno mismo contra el miedo. Si un soldado no es capaz de vencer el miedo, alguien debe hacerlo por él. Hubo un día en que varias brigadas tuvieron que permanecer en el cauce de un río durante horas, con el agua a la altura de la cintura y los brazos levantados para

proteger las armas. La niebla no acababa de despejar entre los olivos y existía el peligro de perderse e ir a dar a las filas enemigas, pero no podían continuar allí por más tiempo. Había un muchacho muy joven llamado Dhimitër. No había cumplido aún los diecinueve años y tenía miedo a salir, como todos, sólo que a él se le notaba el miedo en las orejas, que le daban pequeñas sacudidas como un cordero asustado. La expresión de terror de su rostro era una afrenta que avergonzaba a toda la brigada. ¿Qué iban a decir de los albaneses las demás compañías? Una cuadrilla de gallinas metidas en un lodazal. El tiro que mató al muchacho le dio en la sien y no salió de las filas enemigas. «La bala que es para ti no se oye — decía Z anum cada vez que contaba esa historia—. Llega por sorpresa y entra sin dolor. Se acabó el miedo».

Le gustaba hablar de la guerra de España. Allí fue donde conoció a su esposa. La vio aparecer entre unas ruinas chamuscadas montada en una bicicleta de hombre a la que a duras penas llegaba a los pedales, entonces era casi una niña flaca y con la piel trigueña, quemada por el exceso de intemperie. Se le adivinaba la pobreza huesuda en las paletillas de los hombros y en el pelo destrenzado. Ella se detuvo a la entrada de una calle de tierra, con actitud desafiante, un pie en el pedal, el otro frenando de puntillas en el suelo, la rodilla flexionada al descubierto, el cuerpo inclinado hacia adelante, ceñido por un vestido de vuelo amarillo sin botones en los ojales, las sandalias sucias de barro. Se quedó parada en la esquina de la calle, mirando las ruinas de un reciente estrago de morteros ligeros con los ojos acostumbrados de quien ve desastres todos los días. Aquél era su país, conocía sus sonidos, sus olores, sus colores, el azul blanquecino del cielo con el que había despuntado aquel día en una alba de nieblas cuya calma ficticia pronto se quebró. Por todo el frente de Aragón había decenas de chiquillos huérfanos que vagaban entre los escombros. Hacia el oeste, todo el aire estaba tintado de rojo por encima de los fantasmales olivos de Alfajarín con los troncos mordidos de metralla. La muchacha saltó del sillín y se encaminó hacia el soldado que la estaba mirando con la espalda apoyada contra un muro. Apenas cruzaron unas palabras. Después, ella se fue hacia el pilón público que había en la plaza del pueblo. Humedeció la tela del volante y con ella limpió la frente de aquel hombre serio y corpulento que hablaba un idioma tan extraño. Lo tuvo escondido en el cobertizo de una casa durante varios días. Al anochecer acudía con una escudilla de alubias y se quedaba callada mientras lo veía comer.

Los españoles eran valientes y echados para adelante, solía decir Z anum, pero carecían del sentido de la disciplina, por eso perdieron la guerra. Hasta los militantes del partido comunista tenían una tendencia

innata a la discusión, cuestionaban las órdenes, ideológicamente podían defender los principios del materialismo histórico, pero de carácter eran todos anarquistas, llevaban en la sangre el virus del individualismo. Cuando sintió de verdad que la derrota era ya irremediable fue en el momento en el que se inició el traslado del cuartel general de las Brigadas a Barcelona. Crujidos, topetazos, vibraciones que hacían temblar los cristales y que no eran provocados por las ametralladoras ni por el estrépito de la aviación, sino por los camiones, esos camiones verdosos, grisáceos, tristísimos, que llevaban enormes bultos bajo sus lonas y avanzaban en medio del desbarajuste general, entre las hogueras en las que apresuradamente se quemaban archivos, cartas y ficheros, el aire negro lleno de mariposas de papel chamuscadas, carreteras hundidas... Fue entonces cuando vio parada en una esquina a la adolescente del vestido amarillo, olisqueando el aire como un cachorro en busca de calor y reconocimiento. No lo pensó dos veces. La tomó de la cintura y de un brinco la subió a la parte trasera de un camión.

Llegaron a Albania en otoño, un año largo después de cruzar los Pirineos. No estaban los tiempos para viajar por Europa. La guerra de España no había sido más que el ensayo general de otra guerra, la grande, la que nadie podía imaginarse otra vez. Recorrieron países sin correos cuyas fronteras cambiaban todos los días sobre un mapa pisado por botas bien embetunadas, fustas, correaes, banderas con la esvástica, escuadrones de bárbaros. Millares de hombres hambrientos arrastraban carros llenos de piedras de una cantera cercana a Buchenwald y después eran encerrados en un enorme rectángulo, tras alambradas electrificadas. En un pueblo de la región de Provenza, los alemanes habían fusilado a todos los hombres mayores de quince años con la excusa de que estaban dando apoyo a los partisanos, quinientos setenta y ocho en total. Las mujeres ni siquiera podían enterrar a sus muertos. Después incendiaron el pueblo: ruinas quemadas, tierra ennegrecida, un silencio sobrecogedor. En toda Europa había una gran humillación gravitando sobre los campos.

Lo primero que hizo el comandante al llegar a su país fue dejar a la niña a salvo en casa de unos parientes, en una aldea próxima a la frontera con Grecia. Después tomó el mando de las unidades civiles contra las tropas de ocupación nazi. Cinco años estuvo combatiendo. El día de la liberación fue a buscar a la muchacha española. Sonrió confuso al verla tan espigada, vestida con una camisa blanca y un pantalón de hombre metido por dentro de las katiuskas. Estaba de pie junto a un rodal de heno. La observó a distancia, asombrado de verla tan hecha, tan distinta de la chiquilla de caderas estrechas cuya imagen había llevado en la mente. El talle erguido, un palmo de piel desnuda en el escote como un

rescoldo sonrosado bajo la camisa de faena que le ceñía el pecho, la imagen le recordó a algunos carteles propagandísticos del partido que representaban a jóvenes jornaleras socialistas portando gavillas de espigas. Pero lo que lo turbó como hombre no fue la dignidad de pedestal que podía tener la imagen, sino la profunda sensualidad agreste que emanaba de la muchacha de carne y hueso. Se le estremeció el cuerpo con un palpito involuntario. Después se acercó más para mirarla a los ojos con ese gesto interrogador que los hombres reservan para las preguntas más íntimas. Ella no lo hizo esperar con la respuesta. Sonrió confusa, bajó la cabeza como cualquier joven campesina y dijo: «Sí». Ya había cumplido veinte años y hablaba correctamente albanés.

En tiempos de guerra, a menudo el amor se presenta de manera determinista e irremediable, como un designio del destino. Cuando el comandante y la muchacha española se encontraron uno frente a otro, entendieron que ya había llegado el momento de cumplirlo. Se casaron en la misma aldea, en medio de los festejos de la vendimia. Todos los campos rebosaban una luz de color granate.

Cuando llegaron a Tirana, la villa que acabaría por convertirse en su hogar era apenas una ruina. Durante mucho tiempo había sido usada como centro de transmisiones del ejército alemán y los últimos meses había sufrido, primero, el asedio de los partisanos y, después, el abandono y la humedad del invierno. Faltaban baldosas en el patio, a la barandilla de la escalera se le habían caído algunos barrotes, la torre se había convertido en una pajarera abierta. En la biblioteca faltaba un cristal de la ventana, el sofá y la mesa estaban tapados con una tela gris llena de polvo y numerosos estantes se habían combado por la humedad. En el exterior, la situación no parecía mucho mejor. Crecía la maleza entre los árboles y hacía mucho tiempo que no manaba el agua de la fuente de los delfines. Eran delfines mudos.

Ella pasó sobre los escombros con la falda recogida por encima de las rodillas. Iba de una estancia a otra tirando cuanto hallaba roto, tapando manchones, desenrollando alfombras. Empezó a limpiar y a ordenar con la pasión frenética que sólo puede asaltar a alguien que ha vivido demasiados trasiegos y que ha decidido por fin echar raíces. En una zona de suelo fértil, pegada al muro de la parte trasera, se puso a cultivar un pequeño huerto: cebollas y judías que trepaban por las estacas. Le pidió a su marido que podara los árboles del jardín, y un día de primavera se encontró con que había ya un enramado que formaba una cúpula de luz verde, el frescor de una catedral.

En el extremo del jardín había un antiguo cenador de mármol rosa muy ruinoso, con cuatro columnas rematadas en capiteles corintios que

sostenían un paraván de estilo vienés. El comandante mandó reconstruirlo para agradar a su esposa. Aunque era un hombre sobrio, creía que, después de todo, tenía derecho a concederse algún lujo como miembro del nuevo Estado. De lejos, el templete daba la impresión de ser un pastel de nata derretido, pero *Ella* plantó una densa mata de hiedras para ocultar el efecto de tanto melindre arquitectónico sin contrariar abiertamente a su marido. No compartía el mismo sentido estético.

En las tardes veraniegas, cuando el cielo se deshacía, dejando por el oeste un rescoldo de reflejos cobrizos, al comandante Z anum le gustaba tomarse allí su última copa de rakí. Y más tarde, cuando el doctor Gjorg empezó a frecuentar la villa con asiduidad, aquel lugar se convirtió en el reducto final de las tertulias en las que se hablaba tanto de viajes como del giro que estaban dando los acontecimientos políticos, en los que cada vez era más palpable la tirantez de las relaciones del régimen con Moscú. Viktor e Ismaíl jugaban al escondite entre los árboles, apurando los últimos minutos antes de que Hanna, la niñera húngara, se los llevara de la mano al cuarto para acostarlos. Poco a poco, las voces que se oían en el cenador iban quedando amortiguadas entre la vegetación y el tintineo de los vasos, y a veces quedaba también prendido en el aire el peculiar sonido de una risa cantarina de mujer, la misma risa que Ismaíl habría de recordar en sueños tantas veces después. Hubo un atardecer en que el comandante se quedó en el borde del jardín, a oscuras, con el farolillo que colgaba del techo apagado, hasta que su chaqueta negra no se distinguía ya de la noche. Permaneció allí sentado, tomando un vaso de aguardiente detrás de otro, abismado en sus pensamientos o en sus preocupaciones y temores, impregnado el aliento del fuerte olor a orujo. Pero esto Ismaíl no lo recordaba sino a través de su hermano, que observó a su padre desde algún lugar con ojos vigilantes y compasivos, como son los ojos de los niños cuando no duermen porque algo los inquieta e impide su sueño, una palabra dicha en un tono más alto que las demás, un gesto algo opaco y brumoso que no se puede entender pero que aun así, y quizá precisamente por eso, se queda fijado en la retina para siempre.

Viktor se llevaba bien con su padre, a pesar de que era un hombre a veces hosco y poco dado a las manifestaciones de afecto. Le gustaba acompañarlo por las calles de Tirana en el coche oficial y percibir la admiración que la gente sentía por él. «Ahí va el gran Z anum con su hijo mayor», oía que decían, señalando el Gaz^[1] negro de cuatro puertas. Había una mezcla de respeto y temor en el modo en que todo el mundo lo saludaba, y Viktor pensaba que ésa era la clase de trato que correspondía a un auténtico soldado, el mismo que él aspiraba a merecer algún día. Pero sabía que sólo la disciplina lo ayudaría a obtener ese rango. Por eso

no puso ninguna objeción para asistir al internado militar al que también acudirían los hijos de otros altos funcionarios del partido. Lo único que sintió verdaderamente cuando tuvo que abandonar la villa fue despedirse de su hermano Ismaíl. Los dos niños permanecieron abrazados como si formaran un solo cuerpo ante las lágrimas de la madre, hasta que el gran Zanum dio al chofer la orden de partir, y el automóvil se perdió tras la verja de hierro, dejando sobre la gravilla las huellas dibujadas de los neumáticos.

Aunque los dos niños tenían caracteres distintos, y esa diferencia se acusaba cada vez más con el crecimiento, no podían vivir el uno sin el otro. Cuando ese invierno Ismaíl contemplaba el jardín cubierto de nieve en el que contrastaban los troncos negros de los frutales, sentía una soledad profundísima que parecía emanar del silencio y lo hacía llorar ahogadamente en su cuarto, pero al instante, inexplicablemente, sentía que su hermano Viktor formaba parte de aquel silencio y permanecía también despierto en su habitación del internado. Ismaíl no sabía decir de dónde procedía esa certeza, pero era algo que se le antojaba tan incontestable que ni siquiera necesitaba hablar de ello con nadie. Formaba parte de lo natural, era la forma que tenían de estar en contacto, un código nuevo. Cuando los fines de semana Viktor volvía a la villa con su uniforme azul marino de chaqueta de paño y pantalones largos, Ismaíl lo miraba como a un héroe, como a los soldados bolcheviques que una vez asaltaron el ferrocarril de Vologda, y trataba de acaparar su atención con los diminutos tesoros conquistados durante su ausencia: la guarida de un topo en la tierra del jardín, un lagarto aprisionado dentro de un tarro de cristal, una goma de borrar que olía a vainilla... Le gustaba que Viktor le contase cosas del internado, especialmente en lo referente a los deportes que practicaban muy temprano, antes de comenzar las clases de la mañana. Unos días hípica, otros, natación o atletismo. Pero lo que fascinaba realmente a Ismaíl eran los ejercicios de esgrima. Veía a su hermano practicar en la galería con la visera de red y el tórax vendado, manejando el florete con destreza, los pies separados, las rodillas ligeramente flexionadas, preparadas para el avance o el repliegue, el brazo arqueado desde la línea del hombro hasta el extremo de la hoja en posición de guardia. Ofensiva simple, explicaba Viktor, mostrándole a su hermano los pasos y los tres movimientos del florete hasta llegar a la estocada. Ismaíl lo escuchaba sin pestañear con una persistencia que, a pesar de los ligeros matices de rivalidad que incluía, como cualquier sentimiento admirativo, era de una intensidad conmovedora. Siguieron así unidos durante meses y sobre todo después de la repentina muerte de la madre. En aquella época, la villa se ensombreció por completo, igual

que un campo cuando el sol se mete dentro de una nube. Entonces, el único foco de calor que quedaba en la casa era la habitación de los niños. Se comportaban como gemelos que, ante la orfandad, hubieran vuelto a las primeras leyes del útero.

VI

Pasaron inviernos enrejados de lluvias que envolvían la carretera de Elbasan en auténticos lodazales, y veranos en que las paredes de la villa se ahuecaban de frescor mientras afuera fermentaba el sol. El doctor Gjorg había dejado de visitar la mansión de los Radjik hacía tanto tiempo que Ismaíl casi no alcanzaba a recordar cuándo ni por qué había desaparecido de sus vidas. Lo echó de menos al principio, pero luego empezó a combatir la nostalgia con un vago resentimiento. Nunca entendió que no hubiese vuelto a aparecer por la villa después de la muerte de *Ella*, para reconfortarlos y sosegarlos en tales momentos. Desapareció sin dejar rastro, esfumado, borrado de la faz de la tierra, otra ausencia dentro de la ausencia.

Su padre, cada vez más inmiscuido en los asuntos del partido, parecía haberse desentendido del hijo pequeño, al que en realidad nunca le había prestado demasiada atención. Cuando no estaba revisando interminables legajos de informes confidenciales, se ponía a caminar obsesivamente de un lado a otro de la galería, con las manos a la espalda, abismado en los avatares de una política en constante mutación, paroxística, devoradora de sí misma, en la que los encumbrados de ayer pronto podían pasar a ser escoria y enemigos condenados a presidio o a muerte. Temía perder su posición dentro del aparato y veía enemigos por todas partes. Desde el fallecimiento de su esposa, la tristeza y el miedo gobernaban su vida. Sus pisadas retumbaban sobre los listones viejos de madera, constantes, un poco desacompañadas por la leve cojera que arrastraba, doce pasos de ida y doce pasos de vuelta. El viejo Z anum recorría de una pared a otra la galería de su estudio, iluminado con un quinqué que colgaba de la viga central y que permanecía encendido en las mañanas mortecinas. Sólo la llegada de Viktor, los fines de semana, lograba sacarlo de su mutismo, se afeitaba con esmero y vestido de negro bajaba al jardín a recibirlo. También Ismaíl revivía con la llegada de su hermano.

Pero Viktor crecía demasiado aprisa. Su mentón había perdido redondez para esculpirse en aristas que reflejaban una energía acrecentada por la disciplina, y su semblante empezaba a transformarse con una expresión nueva, casi imperceptible aún, pero en la que se

adivinaba ya un sorprendente parecido con el padre, la imitación del porte de la cabeza, el modo de fijar los ojos. Al verlo adentrarse en el pasillo hacia el cuarto de baño y levantar un balde de agua para vaciarlo en la bañera, Ismaíl lo miraba con una mezcla de fascinación y tristeza, el torso de Viktor reflejaba una soberbia reciedumbre bajo los hombros como efecto de la educación espartana. Pero en la espalda musculada y en el bozo que su hermano empezaba a rasurarse todas las mañanas ante el espejo con una navaja barbera, Ismaíl sólo podía ver los síntomas que lo separaban del compañero de juegos de la infancia, aunque esto no lo percibía de un modo reflexivo, sino como una suerte de distancia que lo sumía en una profundísima zona de sombra. No decía nada, pero sentía que a su alrededor iban desapareciendo, uno detrás de otro, todos los límites seguros. Los domingos, cuando Viktor partía de nuevo hacia el internado, ya no lo abrazaba igual que antes al despedirse, había una tiesura nueva, un estricto envaramiento entre los cuerpos.

Para defenderse de la soledad, Ismaíl se refugió en los árboles y en la lectura. Había cumplido doce años y a esa edad empezó a construir su mundo imaginario. Cuando no se encontraba en la biblioteca leyendo las aventuras de Marco Polo o la saga de Scanderberg, desaparecía en el jardín. Su escondite preferido se hallaba en el interior de un castaño muy frondoso, rematado por una copa de brazos apretados. Trepaba ya con una agilidad felina adquirida en las lejanas excursiones al monte Dajti. La horquilla cimera era amplia y estaba revestida por una capa mullida de musgo. Allí fue donde estableció su trono. Sentado a horcajadas sobre las ramas aprendió a divisar el mundo con una perspectiva nueva, diferente de la que se puede tener a ras del suelo. Imaginaba a lo lejos el cabo de los Perfumes, la ciudad celestial del viajero veneciano con sus doce mil puentes. Desde lo alto escuchaba el rumor del viento, lánguido a veces, y otras, creciente o arremolinado, que ascendía por un claro entre el follaje. Le gustaba especialmente asistir al nacimiento de una rama o al brote de una hoja tierna, cuya suavidad le recordaba tanto a la piel humana que no se atrevía ni a tocarla, tan necesitado estaba de acariciar y ser acariciado.

Descubrió el mundo de los líquenes jaspeados de azafrán, de la savia que rezumaba por el interior de la madera, de los erizos que cuajaban la copa, revestidos de un caparazón verde de agujas, hinchados con el fruto hasta que éste caía por su peso sobre la hierba con la corteza reventada. Allí pasaba horas y horas, mientras se le ensanchaban los pulmones con el olor a humus infundiéndole una sensación nueva de apetencia física todavía muy vaga que tenía que ver con las estaciones que se le declaraban en la sangre y que provocaban en él fuertes estados de exaltación y otros de repentino ensimismamiento, preludiando los cambios

físicos que todos los muchachos experimentan a una edad. La sola visión de una enagua colgada en un tendedero le aceleraba el pulso y convocaba en su imaginario escenas de una crudeza voluptuosa sólo intuitas a través de las páginas de alguna novela que devoraba a escondidas. Cómo le hubiera gustado entonces que Viktor le hubiese hecho alguna confidencia de hermano mayor y sin duda ya experimentado. En alguna ocasión lo había visto demorarse en un portal de la calle Fier, junto a la estación de autobuses, con una joven de melena rizada y leonina, a la que tenía ceñida por el talle mientras cuchicheaba en su oído palabras quizá tiernas, porfiantes o turbias, que él no alcanzaba a oír. Ismaíl sentía que ante sí se abría un mundo misterioso y denso, pero tan inaccesible como el abismo que marca la distancia entre las posibilidades del deseo y su consumación. No se encontraba a gusto dentro de su cuerpo todavía infantil, las rodillas huesudas, los hombros frágiles que apenas podían sostener el ímpetu de la energía nueva. Sólo se hallaba a salvo en su trono de las alturas. Cuando el rápido ensombrecimiento de la luz lo obligaba a bajar del árbol y regresar a la casa, se sentía extraño y ajeno a todo. Desarrolló el instinto al máximo y la imaginación, como cualquier ser humano que se ve obligado a una soledad prematura.

Aunque la verdadera soledad no estaba hecha exactamente de ausencia ni de abandono, sino de hundimiento. Como si nada se acumulara, ni hubiera peso ni fondo, todo sin cómputo. Así al menos lo creía Ismaíl, y de este modo lo expresaría muchos años después en sus poemas: «Si fueras para más que temerte / hondura de tiniebla o soledad, / si fueras muerte...».

Cientos de ojos miraban esa tiniebla desde los postigos entornados en el interior de las casas. Aun algunos años después de la ejecución del almirante Teme Sejko, un gran miedo desazonaba las calles. De Gjirokastra había llegado un nuevo comisario con poderes ilimitados para desarticular una supuesta trama de la URSS contra Albania.

En aquellos años Kennedy y Jruschov estaban inaugurando la doctrina de la coexistencia pacífica. Sin embargo las relaciones de Moscú con China atravesaban por su peor momento. Entre las dos grandes potencias comunistas empezaba a abrirse un abismo fraguado soterradamente. La gente no podía explicarse lo que estaba ocurriendo en realidad. Todos los contratos comerciales entre los dos países quedaron anulados. Pero el territorio en el que de verdad iba a dirimirse esa fractura era Albania. Había en el aire de las calles una quietud extraña, como la calma que precede a la turbonada de un ciclón. Las medidas dictadas por Jruschov contra el régimen albanés provocaron que los delegados chinos se retiraran abruptamente del Congreso del Partido Comunista de la URSS.

La ruptura quedaba así sellada.

Los nuevos decretos y la nieve de aquel invierno dejaron a Tirana aislada, como sitiada por un ejército silencioso. En febrero las heladas hicieron bajar a los lobos de las montañas. Nadie sabía quiénes eran las personas de las que poder fiarse. Los rumores sobre supuestos complots contrarrevolucionarios crecían día a día y los hombres caminaban en silencio, mirando sus propios pasos.

La reacción del régimen de Hoxha hacia el bloque soviético no se hizo esperar. La persecución se inició en Tirana y se extendió en poco tiempo por todo el país. Muchos albaneses fueron secuestrados cuando estaban en sus lugares de trabajo, o fueron detenidos en sus casas y trasladados después a la Dirección General de Seguridad, otros desaparecieron sin que nadie volviera a saber nada de ellos, esfumados, borrados de la faz de la tierra, y para ellos la soledad sería hondura de tiniebla, noche silenciada. El gran Z anum subrayaba los informes con su estilográfica y añadía anotaciones en los márgenes con implacable rigor, «colaborador del Servicio Secreto soviético», escribía, «agente del KGB», dictando, remachando, engrosando las acusaciones de la delación, cargando la tinta con tanta sombría fijeza que más parecía movido por un resorte personal que por convicciones ideológicas. A veces hablaba con Viktor de estas cosas. Se proyectaba en su hijo mayor, quería fortalecer sus aptitudes. A las tímidas objeciones que oponía el muchacho solía responder: «Un buen comunista no discute, obedece». Y a continuación se explayaba en el nuevo discurso oficial maoísta, erguido por encima de su propia voz, insistiendo en que la revolución era una conquista de orden material y político que habría de llevar a la victoria del hombre sobre sí mismo. La lejana China había pasado a ser el aliado de Albania.

Por ese tiempo, el gran Z anum enfermó de cataratas, se le aflojó la piel en las mejillas y la tez fue adquiriendo un tono terroso o de corteza de tronco derribado de golpe. Su ojo izquierdo se volvió de color ceniza, una hoguera apagada, el otro era castaño aún, como el de los halcones, a veces traslúcido y moteado de negro, igual que la cerveza de Westfalia que bebía cada vez con mayor frecuencia, otras, más claro, casi transparente, como la infusión de hierbas que solía reposar sobre la mesa de noche cuando *Ella* aún vivía, al lado de una caja de píldoras para dormir que en los últimos meses tomaba regularmente. Aunque una noche no tuvo tiempo de tomar ni las pastillas ni la infusión. La taza fría, intacta, junto al cabezal de la cama, la había visto alguien después, demasiado tarde, con la mirada asociativa que tiende a establecer vínculos, cuando los objetos son observados ya con ojos indagatorios, pero inútiles. El ojo derecho del comandante tenía casi siempre una cualidad más bien líquida, pero a

veces también se volvía mineral de la textura del cobre, filoso y biselado como el borde de una hacha prehistórica, según la luz, según la sombra de los pensamientos, quizá, o los recuerdos.

El tiempo que Viktor pasaba en la mansión seguía compartiendo el mismo cuarto con su hermano. Muchas noches permanecían callados antes de dormirse, cada uno dentro de su silencio. En una ocasión, Ismaíl se fijo en los cinco vagones plateados del tren que reposaba sobre la estantería y una gran congoja se le agolpó en la garganta.

—¿Crees que los soldados bolcheviques que asaltaron el ferrocarril de Vologda llegaron alguna vez al palacio del zar? —Su voz sonaba ronca, como un susurro confidencial.

—No lo sé. Es una historia muy antigua. Ya casi no me acuerdo —le contestó Viktor, girándose hacia la pared.

Ésa fue la primera vez que Ismaíl sintió que la distancia que había ido creciendo entre ambos era algo insalvable, aunque no sabría precisar de qué incomprendimientos estaba hecha. A veces resulta imposible explicar lo que más nos importa o nos afecta, lo que nos ha conturbado el alma. En algunas ocasiones, Viktor salía con sus compañeros de la academia, iban todos juntos, con los uniformes de cadetes relumbrantes, los correaes cruzados. Ismaíl los veía partir de la villa en tropel, envalentonándose unos a otros, ahuecando la voz.

Pero fue algunos años más tarde, después de la adolescencia, cuando comenzaron los verdaderos problemas políticos para Ismaíl. La revolución cultural de principios de los setenta había encendido de nuevo en todo el país la caza de brujas contra las influencias extranjeras en el arte y la literatura. Ismaíl había empezado entonces a escribir sus primeros versos y a frecuentar un pequeño grupo, bohemio y excéntrico por sus vestimentas y sus hábitos escasamente convencionales, que solía reunirse en un reservado del hotel Adriático y en el café Fidelio. Ciertamente era muy joven, pero no tanto para desconocer la naturaleza de los riesgos que determinadas actitudes podían suponer. El culto personal al dictador, Enver Hoxha, se hallaba en su momento más alto. Sólo durante el primer año de la Gran Purga el número de prisioneros políticos llegó a triplicarse. Pero no era únicamente el temor a la cárcel o al edificio de hormigón armado como una gran cripta que se alzaba al este de Tirana, cuyos sótanos medio inundados formaban auténticos laberintos con bóvedas de aljibe y corredores que conducían a otros sótanos idénticos o a galerías ciegas, sino la posibilidad fría y oficial de la muerte. Varios dirigentes políticos fueron ejecutados y hasta ex ministros y generales, como el jefe de la policía secreta y antiguo hombre de confianza del dictador. Ni siquiera los más fieles podían sentirse a salvo, menos aún los que

exteriormente manifestaban cualquier tipo de disidencia. El hallazgo de los restos de un grupo de fusilados pasaba, por su propia condición tenebrosa, de las páginas de los periódicos a las conversaciones de la gente en esa forma insomne y ahogada e ininterrumpida que adopta en la conciencia colectiva la silenciosa intuición del terror: voces metálicas entre las voces, cerraduras rotas, la espesura enmarañada del cabello agarrado como en un raptó entre los dedos, tirando con las manos, el golpe del hierro contra la piedra y contra las vigas, o la fosa cercada por alambre de espino donde se oye caer lenta la primera palada de cal, una capa blanca sobre la tierra negra.

«Las grandes conquistas humanas sólo se logran con dolor y sacrificio», le dijo un día Viktor a su hermano. En su voz no había amenaza, pero tampoco había rastro ya de la antigua hermandad.

VII

Los pasos sonaban cada vez más cerca, con el característico chapoteo que provoca el calzado de goma contra el pavimento mojado, pisadas breves. Mientras los sentía aproximarse con una determinación rítmica y constante, Ismaíl se preguntaba cómo sería la sensación inmediata de morir, cuántos minutos o cuántos segundos duraría la conciencia absoluta del miedo. Acababa de asistir a una reunión clandestina con otros estudiantes en el café Fidelio, y hubiera jurado que nadie lo había visto salir. Por un instante tuvo el impulso de acelerar el paso, echar a correr, pero en seguida se dio cuenta de que sería inútil. Avanzó aún unos metros más pegado a los muros, con la inquietud en la nuca, sin avivar la marcha hasta acercarse al redondel amarillento que proyectaba el único farol de la calle. Tragó saliva, respiró hondo para darse ánimo y se volvió con brusquedad, encarándose con el hombre que lo venía siguiendo.

—¿Me buscaba? —le espetó desafiante, pero procurando mantener una distancia de seguridad con evidente recelo, las manos algo separadas del cuerpo, todos los músculos en tensión.

—Eres Ismaíl Radjik, ¿verdad?

Ismaíl lo miró de arriba abajo antes de asentir. Era un individuo de unos cincuenta años, más bien corpulento, con la espalda ligeramente abombada y los característicos hombros montañosos que suelen desarrollar los trabajadores de carga. Llevaba puesto un abrigo oscuro con grandes bolsillos y unas botas de agua, que sonaban como el canto de un grillo sobre el asfalto. No parecía un policía de la secreta, ni tampoco un funcionario de ningún ministerio. Pero había en él algo desagradable, quizá por efecto de la mirada, desprovista casi de pestañas, o acaso por el olor penetrante y cavernario que despedía. Sacó una punta de puro de uno de los bolsillos, la alisó un poco con los dedos y se la puso en los labios.

—Tengo una información que puede interesarte —dijo con la colilla ensalivada colgándole de la boca.

—Primero dígame quién es usted —exigió Ismaíl.

El tipo pareció meditar mientras daba una profunda calada al resto del puro, afectando esa clase de superioridad amenazadora de los que viven de excitar y sacar beneficio de la curiosidad ajena.

—Trabajo en el servicio de mantenimiento del cementerio de Sharrë — respondió por fin, apartando con los dedos unas briznas de picadura que se le habían quedado adheridas al labio inferior.

Uno siempre acaba sabiendo, aunque no quiera. Aunque transcurran años y hasta décadas. Hay palabras como piedras calientes que van pesando más y más, hasta que ocupan por completo la cabeza y uno ya no puede dejar de oírlas a cada instante, aunque su significado le haya sido revelado del modo más imprevisto. Lo que Ismaíl supo por boca de aquel individuo fue algo que le causó una profunda extrañeza en el primer momento, y después una desolación íntima y definitiva. Abandonaron la calle juntos y caminaron por una zona que Ismaíl no conocía, con postes de tendido eléctrico y edificios sombríos, de ventanas pequeñas y horizontales, todos idénticos, como naves industriales, hasta llegar a una especie de plaza flanqueada por terraplenes en la apartada periferia del suroeste de la capital. Allí entraron en una taberna en la que había una gran cuba que llegaba hasta las vigas del techo y donde no había mesas, sino que los clientes bebían rakí acodados directamente en los toneles. Bajo la luz de una bombilla mortecina, Ismaíl observó que a su interlocutor le faltaban algunos dientes, el aliento que desprendía su boca emanaba un tufo azufrado y acre. El hombre mencionó varias veces una especie de sociedad o grupo clandestino al que se refería como «La Organización». Empleaba un tono tan bajo que Ismaíl se perdía algunas palabras, y no llegó a entender si él mismo había presenciado los hechos o lo había oído contar a algún otro trabajador del cementerio, pero en cualquier caso lo explicaba como si hubiera estado allí y lo hubiera visto todo con sus propios ojos, aunque había sucedido de noche, en secreto y en la soledad que se cierne sobre las lápidas, como también de noche se había producido la muerte de *Ella*. Parecía que sus huesos hubieran estado destinados desde siempre a ser devorados por las tinieblas, más allá incluso de la sepultura que corresponde a todo mortal, y así se encontraría ahora, dondequiera que estuviese, doblemente muerta. Apenas la luz de una linterna había iluminado la zanja durante los minutos que duró la exhumación, distinguiéndola e individualizándola entre las inmensas parcelas repletas de hileras con nichos uniformes, según contaba aquel individuo. «¿Era extranjera verdad? —había dicho de un modo retórico, sin esperar confirmación y añadió—: Carne de desgracia». Después se cruzó la boca con el dedo pulgar, como si quisiera suprimir la frase o acaso sellarla. El gesto le pareció a Ismaíl especialmente obsceno.

Ismaíl no tenía ni idea de quién o quiénes habían podido sacar de allí el cadáver de su madre, ni con qué intención, ni adónde se lo habrían llevado después. Nunca había oído hablar de la lúgubre Organización a la

que se había referido aquel individuo. Desde que abandonó la taberna y se despidió de su extraño confidente empezó a sentir una presión angustiosa en la boca del estómago que amenazaba con hacerlo vomitar de un momento a otro. No eran infrecuentes en aquellos tiempos las exhumaciones de cadáveres llevadas a cabo por las manos invisibles del Estado contra los enemigos políticos, pero ¿qué enemigos podía tener *Ella* que nunca se había metido en los asuntos de su esposo, ni siquiera durante los meses en que éste desempeñó las funciones de jefe de Seguridad del Estado, si además por aquel entonces ya habían empezado los primeros síntomas de su enfermedad?

Aquella noche Ismaíl tardó en dormirse, y cuando por fin le llegó el sueño, vino enturbiado de hombres encapuchados entre sepulcros abiertos y criptas por las que él avanzaba desorientado, tratando de encontrar una salida al aire libre sin conseguirlo. Dentro del sueño oyó un golpe seco que tal vez fuera el sonido de una rama al batir contra la ventana de su cuarto, el ruido volvió a repetirse en la dudosa realidad del duermevela, y entonces le pareció que ya estaba despierto, porque abrió los ojos. Creyó ver a una mujer aún joven junto al quicio de la puerta, la mano izquierda apoyada en el pomo dorado; en la derecha sostenía algo blanco que podía ser un papel o una taza pequeña quizá, la imagen estaba muy desenfocada. La vio tambalearse, balbucear unas palabras incomprensibles y salir hacia el pasillo dando un traspiés. Después vino el golpe seco contra el suelo y al momento la vio allí, tendida boca arriba, sobre los cuarterones oscuros de la madera, con el cabello desordenado sobre una parte del rostro y un hilo muy fino de sangre que le salía de la nariz. Estaba inerte, vestida sólo con un camisón blanco que no llegaba a cubrirle los muslos del todo, y un chal azul de gasa que seguramente llevaba sobre los hombros en el momento en que se sintió indispuesta y que, por efecto de la caída, quedó arrugado sobre la madera como una serpentina. Pero había alguien más en aquella penumbra, una mujer mayor vestida de negro. Esta figura enlutada llegó hasta el pasillo con una palmatoria en la mano y se arrodilló al lado de la enferma, visiblemente alarmada. Parecía que estuviera hablándole, o tal vez rezando, un bisbiseo conspirativo, una frase repetida una y otra vez, mientras la sacudía por los hombros para que volviese en sí y le palmeaba nerviosamente las mejillas sin que ella reaccionase de ningún modo, ausente y quieta. No tenía los ojos cerrados, sino abiertos y castaños, muy separados, como los de las ciervas, pero estaban velados, sin foco, ni rastro alguno de mirada. A pesar de ello, Ismaíl reconoció sin ninguna duda los ojos de su madre y sólo entonces se dio cuenta de que todavía se hallaba dentro del sueño.

¿De qué parte de su cerebro vendrían esas escenas de nitidez obsesiva? ¿Era su imaginación o su memoria la que las traía hasta su mente en una vaharada confusa de conversaciones escuchadas hacía muchísimo tiempo? El tiempo remoto al que pertenecían los primeros sonidos: el peculiar chirrido de unas ruedas sobre la gravilla del jardín o los aldabonazos de hierro en la puerta trasera de la mansión. El doctor Gjorg acostumbraba a entrar en la casa con total familiaridad por la puerta de servicio que daba paso directamente a la cocina. Solía dejar sobre la mesa el maletín en el que guardaba una linterna cilíndrica, jeringuillas, agujas hipodérmicas, que desinfectaba a fuego en una bandeja metálica envuelta en llamaradas azules que despedían un intenso olor etílico, y el fonendoscopio, cuyo tacto frío todavía recordaba Ismaíl en la piel de su propia espalda. Pero no fue ese recuerdo el que lo hizo estremecerse de arriba abajo con un escalofrío, sino otro que venía extrañamente unido a él y también al vaho del alcohol destilado y al sonido de una puerta que se cerraba, tras la cual recordó haber oído el jadeo de una respiración tan violenta y afanosa como la de un animal moribundo en un establo. Ismaíl se revolvió entre las sábanas, moviendo la cabeza a un lado y a otro, hasta que por fin se incorporó bruscamente sobre la cama, sobresaltado, con la frente empapada de sudor, aturdido todavía sin saber a ciencia cierta dónde se encontraba. «Una pesadilla», pensó. Afuera, tras el rectángulo de la ventana, empezaba a despuntar un amanecer violáceo y el viento zarandeaba con fuerza las ramas de los castaños.

Durante muchos años pensó que su madre había muerto de una enfermedad de la que no se hablaba por algún motivo que él siempre había atribuido a la aprensión que en Albania rodea todo lo relacionado con los muertos, y también acaso a otra razón más piadosa, la de no ahondar en la herida que siempre supone la desaparición de un ser querido. Cuando alguna vez se le había ocurrido preguntar, siempre había obtenido la misma respuesta brumosa, hasta que él mismo comprendió que debía dejar de hablar de *Ella* con esa intuición natural que desarrollan los niños para desenvolverse en el mundo de los adultos. Lo que se ha admitido desde siempre adquiere una categoría de verdad inalterable. No se cuestiona con el paso del tiempo o resulta muy difícil hacerlo. De hecho, Ismaíl no empezó a recelar de las explicaciones que siempre le habían dado hasta que la noticia de la exhumación del cadáver trajo a su mente imágenes nubladas por un remolino de pesadilla. Fue entonces cuando le vino a la memoria una frase perdida en una nebulosa tan densa que en ella no había apenas detalles que le permitieran situarla en el tiempo, palabras sueltas... Estaba jugando solo en la mesa de la cocina con la colección de soldados bolcheviques. Hanna, con un delantal

blanco por encima del vestido, tarareaba una de sus canciones húngaras, como solía hacer mientras secaba los cubiertos. Oyó la voz de *Ella* que llegaba desde el exterior, mezclada con un cascabeleo de risa, una risa inconsciente y muy joven. Entró en la cocina, con los dientes relucientes y el abrigo salpicado de copos de nieve, llevaba los guantes y el gorro de piel todavía puestos. Saludó a Hanna y se acercó a darle un beso al niño, tenía las mejillas coloradas por el frío. Pero la criada no respondió al saludo, o lo hizo de un modo muy extraño. Dijo algo así como «¿No le parece que está llevando esto demasiado lejos?». «Vamos, Hanna», protestó *Ella* con un mohín, mientras se quitaba los guantes y colocaba las manos por encima de la plancha de hierro de la cocina para desentumecerlas. Alguna frase más debieron de intercambiar, pero Ismaíl sólo recordaba la última que pronunció Hanna, no por su significado, que entonces no podía alcanzar a entender, sino por el tono de advertencia y velada amenaza que encerraba y que no respondía a la forma en que debería expresarse una persona del servicio por más confianza que se le diera. Dijo: «Si esto sigue, nos va a traer la desgracia, señora», y después se pasó el dedo pulgar por la boca, como hacían supersticiosamente los campesinos de su país para conjurar los malos espíritus, como había hecho también el enterrador de Sharrë en la taberna. Tal vez fue ese ademán precisamente el que salvó la frase del olvido, a los niños los impresionan los gestos, son muy teatrales.

Durante todo el día, Ismaíl buscó el momento apropiado para hablar con Viktor. No quería mencionarle el asunto de la exhumación todavía, pero sí necesitaba hacerle algunas preguntas. No fue fácil propiciar la conversación, porque su hermano parecía cada vez más ocupado en los asuntos oficiales desde que había entrado en el gabinete de su padre al servicio del partido. Pero al fin, a media tarde, logró abordarlo a solas en la biblioteca.

En los últimos tiempos, Viktor había cambiado también físicamente, aunque aún guardaba un gran parecido con Ismaíl en las facciones, la misma boca sensual heredada de la madre, que en su rostro adquiría una expresión un tanto fría y desdeñosa. Había en él algo espeso, solidificado antes de tiempo, que le hacía parecer mayor de lo que era. Todavía conservaba una musculatura recia en la espalda, pero por delante su torso empezaba a abarrilarse. Estaba bastante más grueso quizá por efecto de la vida sedentaria y acaso también de la matrimonial. Es algo que le ocurre con frecuencia a los hombres casados, existe una palabra de origen turco para designar ese proceso que todavía permanece en el dialecto montañés y que podría traducirse como empatronar, o hacerse patrón.

Ismaíl lanzó una mirada al retrato que colgaba de un panel de la pared. Era un rostro joven y algo ensimismado, la cabeza ligeramente

ladeada, apoyada en una mano, la frente alta, los labios sensuales, pero demasiado oscuros, de un color casi púrpura.

—Tenía la boca amoratada, como las personas que sufren dolencias cardíacas —dijo Ismaíl en voz alta, pero el tono era íntimo, como si estuviera hablando para sí mismo. Después, volviéndose hacia su hermano, le preguntó—: ¿Te acuerdas de *Ella*?

Viktor levantó la cabeza del informe que tenía entre las manos, sorprendido. No esperaba la pregunta.

—Sí, bueno... a veces —respondió—. Ha pasado mucho tiempo.

—Fíjate —continuó Ismaíl, señalando la parte superior del cuadro—, la piel de las sienes es traslúcida y azulada. —Y se volvió de frente hacia su hermano para preguntarle—: ¿Tú sabes de qué murió exactamente?

—Siempre tuvo una salud delicada —respondió Viktor un poco atropelladamente—. Pero además, ¿a qué viene eso ahora?

—No sé... se me ha ocurrido de pronto. No todas las muertes son iguales. Hay muertes peores que otras, ¿no crees? Hay muertos que mueren por su propia mano o inducidos, y otros que mueren contra su voluntad por arma blanca o de fuego, o envenenados...

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? —lo interrumpió Viktor.

—Si estaba enferma, ¿por qué nunca fue a un hospital?

—Sabes tan bien como yo que la atendía el doctor Gjorg en casa, igual que a ti cuando tuviste la pleuresía.

—¿Y por qué no hemos vuelto a ver al doctor Gjorg desde entonces? ¿No te parece muy extraño? —insistió Ismaíl.

—Lees demasiadas novelas —dijo Viktor, recostándose hacia atrás en el sillón y mirándolo ahora con cierto aire paternalista de reprobación, pero sus ojos se habían vuelto opacos, como si estuviera haciendo un verdadero esfuerzo por que su expresión no delatase más de lo que era consciente de querer decir.

A Ismaíl no le gustó aquella mirada.

VIII

Iba con la cabeza apoyada en la ventanilla. La vibración del motor en los cristales lo ayudaba a no pensar. Los autobuses de línea que cubrían el trayecto Tirana-Fier pertenecían a un modelo de vehículo antiguo y desprendían un fuerte olor reconcentrado a goma y combustible. La carretera tenía frecuentes desniveles a causa de las torrenceras, descendía en una hondonada y luego volvía a ascender. Así, kilómetro tras kilómetro, atravesaron un puente, pasaron por un grupo de colinas pizarrosas de aspecto fantasmal, de cuyas laderas colgaban algunas casas diseminadas que aparecían y desaparecían a la vuelta de cada curva y dejaron atrás una base de instalaciones militares cuyo color se confundía con la vegetación. Viajaban despacio.

No era la primera vez que Ismaíl hacía ese recorrido, aunque habían pasado ya algunos años desde la última vez que había ido a visitar a Hanna. Cuando el ómnibus se detuvo a la entrada de la pequeña aldea de Ndroq, junto a un tablón claveteado con horarios y avisos oficiales, Ismaíl tuvo la sensación de haber llegado al final de algo que no era sólo el camino. Estaba mareado y pálido.

Vio parpadear la bombilla en la esquina de la estafeta de correos. A pesar de que era mediodía, el cielo permanecía cerrado y el viento movía el cable del tendido, haciendo temblar la luz eléctrica como si fuera la llama de una vela. Olía a frío de noviembre y a humo de leña mojada que se elevaba por encima de los tejados hacia las nubes cargadas de humedad. Mientras se dirigía a la casa de su antigua niñera se cruzó con algunas mujeres que regresaban del campo con capazos de esparto llenos de castañas. Caminaban inclinadas contra el viento, abrigadas con tocas negras de lana que les cubrían la cabeza y parte de la cara, figuras onduladas vislumbradas como a través del cristal anieblado del tiempo. Exactamente igual que hacía cien años, pensó Ismaíl al observar que ninguna respondía a su saludo, el mismo recelo hacia los forasteros.

Atravesó una placita de tierra y luego se encaminó por un callejón hacía una de las casas con el portón pintado de verde. Golpeó dos veces la aldaba en forma de argolla y esperó conteniendo la respiración. Hanna salió al umbral, con el andar un poco renqueante, secándose las manos

rojas en el delantal. Cuando reconoció a Ismaíl dio un grito que enseguida ahogó con una mano. Era su modo supersticioso de contener la alegría, de ahogarla dentro de sí misma como si fuera una culpa. Hanna creía que cualquier manifestación de dicha podía llevar a la desventura, lo mismo que ciertos alardes de salud podían atraer la enfermedad. No se trataba de algo consciente, sino de una mentalidad muy extendida en el campo que la impulsaba a esconder el mínimo regocijo por temor a que los espíritus envidiosos castigasen su alborozo con cualquier forma de desgracia.

—Mi niño —dijo cuando se repuso de la sorpresa, en voz baja, extendiendo la mano para tocarle la cara y reconocer con el tacto el rostro infantil que se ocultaba bajo el áspero mentón de hombre. Movi6 la cabeza hacia los lados, como si no acabara de creerse que 6l estuviera all6, y despu6s lo abraz6 muy fuerte contra su pecho. Isma6l no supo calcular su edad. Ten6a el cabello completamente blanco. Lo llevaba recogido en un mo6o y su rostro hab6a adquirido un tono oliv6ceo, pero el cuerpo todav6a parec6a fuerte y compacto, como si hubiese ido apretando los secretos de la vida y los escondiese dentro de los huesos. La gente en el campo envejece de un modo distinto.

Tambi6n Hanna observaba a Isma6l con emoci6n, entornando los ojos orillados por profundas arrugas, con esa actitud que suelen adoptar las mujeres mayores al examinar los cambios f6sicos en los muchachos a los que han cambiado los pa6ales, sin disimular su admiraci6n. «Y pensar que de peque6o estabas siempre enfermo, cre6mos que no sobrevivir6as, te pon6as morado s6lo de llorar... y m6rate ahora», exclam6 sin dejar de mirarlos arrobada de orgullo. Estaban sentados el uno frente al otro, en medio de los olores de la cocina, junto a un mont6n de cebollas de largo tiempo que reto6aban en una cesta. Hab6a un puchero al fuego y por encima de los hornillos pend6a un alambre tendido de un extremo a otro del que colgaban algunos pa6os de limpiar. Ya m6s tranquilos, estuvieron examin6ndose en silencio. Despu6s, Hanna llen6 dos cuencos del caldo que herv6a al fuego.

—¿C6mo est6 tu padre? —pregunt6 mientras le acercaba uno a Isma6l.

—Igual que siempre. M6s viejo.

—¿Y Viktor? Me he enterado de que se ha casado con una muchacha del Rrafsh. Son muy guapas las monta6esas, dicen.

—Ella s6 que lo es. Mucho —respondi6 Isma6l mientras saboreaba el primer trago demasiado caliente y dejaba de nuevo el cuenco sobre la mesa—. Se llama Helena.

Hanna lo observ6, achicando las pupilas, como hac6a siempre que deseaba ver m6s de lo que le permit6a su vista ya cansada, quiz6 buscando

en el rostro de Ismaíl otro rostro semejante; las personas mayores se conmueven con los parecidos físicos. Sus ojos pequeños y adivinadores centellearon con los lacrimales enrojecidos momentáneamente. Pero en seguida se recuperó y volvió a la conversación.

—También tú deberías casarte, hijo. No es bueno para un hombre estar solo. —Tenía las manos temblorosas sobre el regazo y sus palabras le parecieron a Ismaíl más nacidas de la pesadumbre que del hábito anciano de dar consejos—. Los hombres no sabéis estar solos. Tú eres joven y muy apuesto, te pareces tanto a él... —dijo soñadoramente, mientras en sus ojos se dibujaban ahora escenas de otro tiempo, quizá imágenes del jardín de la mansión, cuando el agua que manaba de la fuente de los delfines sonaba como una música transparente y los caminos entre los árboles estaban salpicados de guijarros blancos y ella iba andando por esos senderos con su delantal almidonado, con dos niños de la mano. Hanna hablaba con la voz cada vez más envolvente e hipnótica, como es la voz del recuerdo—. La primera vez que lo vi no era mucho mayor que tú, debía de tener entonces veinticinco o veintiséis años...

Ismaíl no pudo esconder la expresión de desconcierto.

—Nadie me había dicho nunca que me pareciese a mi padre —objetó.

—Es que no te estoy hablando de Zanum, hijo —puntualizó Hanna escuetamente.

Ahora sí que Ismaíl miró a su antigua niñera extrañado, y también con cierta preocupación, es decir, la miró compasivamente, como se mira a las personas a las que se ha querido mucho y a las que a veces la vejez somete a confusiones y extravíos involuntarios. Observó las arrugas verticales que nacían de su boca, la lentitud de sus gestos, una especie de encorvamiento que le iba ladeando la cabeza sobre el lado derecho, y pensó que quizá en la mente de Hanna se habían roto ya los hilos del tiempo. Pero aplazó estos pensamientos y tan solo levantó las cejas con aire interrogativo, sin interrumpirla.

—Yo había abierto el balcón del primer piso para airear la biblioteca —continuó Hanna—, y desde arriba me pareció un buhonero. Llamó a la puerta varias veces, y cuando bajé a abrir, allí estaba, golpeando los pies contra el escalón del portal para quitarse el frío. Era tan alto como tú y tenía algo en los ojos, no sé bien qué... algo que predisponía a su favor, que despertaba simpatía. Algunas personas poseen esa facultad, no se trata de nada que tenga que ver con su valor o sus virtudes, sino más bien con su naturaleza, creo. Es un don. Calzaba unas botas altas con el pantalón metido por dentro de la caña y llevaba echado encima un capote largo de fieltro más parecido a una manta grande que a un abrigo. Casi me asustó, nunca había visto a nadie ataviado con una *bourka*. Venía del

Cáucaso, con su maletín de cuero en una mano, y todavía traía en los ojos el horror de la lepra de las montañas. Debió de pasarlo mal allí. Dicen que en aquellas aldeas la gente vive mezclada con los animales salvajes, cabras montesas y chacales. Yo no creo que hubiera ido allí por gusto.

Fue entonces cuando Ismaíl se dio cuenta de que Hanna no estaba hablando de ningún ser imaginario, sino del doctor Gjorg, y sintió la presión de un clavo en la boca del estómago.

—¿Quieres decir que fue deportado? —preguntó.

—No. Bueno, yo no sé... Se han visto tantas cosas. Pero no, no creo. En aquella época aún no habían empezado los desplazamientos. Me refiero a otra cosa más personal, quizá necesitaba demostrar algo. La soledad es muy mala... Pero no me hagas caso, hijo. Además, qué importa todo eso ahora. Son cosas pasadas hace mucho tiempo que sólo recuerdan los viejos como yo —dijo tratando de levantarse de la silla con dificultad.

—Espera, Hanna —le pidió Ismaíl con la voz repentinamente grave, deteniéndola, poniendo su mano en el antebrazo de ella—. Espera, por favor. He venido a verte precisamente para que me hables de cosas pasadas hace mucho tiempo. Cosas que sólo tú puedes contarme si quisieras hacerlo. —Y añadió con un tono más apremiante y a la vez cargado de desvalimiento—: Tienes que decírmelo, Hanna. Tienes que decirme cómo murió *Ella*.

—Yo no sé nada, mi niño —dijo la anciana con voz trémula—. ¿Qué podría decirte? Desde que ocurrió aquello he intentado olvidar. Siempre que pienso en *Ella* me gusta recordarla como era al principio, tan llena de vida... Entonces no se imaginaba nada de lo que podía ocurrir. —La mirada de Hanna se volvió algo ensoñada, vaga, como si se deleitara en la rememoración—. Nadie imagina nada cuando es joven. Las desgracias, los problemas, todo parece tan lejano que sólo le puede suceder a otros, la vida entera parece un regalo, y *Ella* era tan joven que nunca concibió lo que iba a pasar, le sobraba entusiasmo e impaciencia, y además, aunque vino a este país siendo casi una niña, nunca llegó a entender lo que significan aquí las cosas, no podía preverlo. El entendimiento llega siempre demasiado tarde... —Hanna dejó la voz en suspenso, posiblemente para ahorrarle detalles a Ismaíl, pero quizá se dio cuenta también durante esa pausa de que el muchacho, después de haber llegado hasta allí, no iba a conformarse con medias verdades, y añadió—: Cuando *Ella* murió, ya llevaba meses muerta.

Hanna se paró en seco, con la vista baja, perdida en las vetas de la madera de la mesa como si fuesen un jeroglífico que estuviese tratando de descifrar. Su respiración era lo único que se oía, una respiración dificultosa y cansada.

—¿Qué quieres decir? —balbuceó Ismaíl cuando no pudo aguantar más aquella pausa que lo mantenía en vilo.

—Ya estaba muerta —continuó Hanna con un hilo de voz tan fino que Ismaíl tuvo que acercarse más su silla para poder oírla—. No tenía sentido que continuara viviendo después de aquello que decían, después de verse a sí misma de tal modo convertida en otra y toda su vida deshecha, aterrada como estaba, y vosotros, que erais aún tan pequeños... Apenas dormía, tenía que tomar somníferos, y ni siquiera así. Se despertaba sobresaltada. Pero aquella noche no los tomó, las dos pastillas estaban intactas sobre la mesita de noche, junto a la taza con manzanilla. Tampoco podía comer. Lloraba a escondidas, tenía el espanto pintado en la cara. Yo no sé qué le dijeron, ni con qué la amenazaron, pero es como si ya estuviera muerta, ausente, como si ya se hubiera quitado de en medio. Ésa era la expresión que se utilizaba entonces. Bastaba con que se pronunciasen esas palabras y ya habías dejado de ser lo que eras. Con eso era suficiente. Y como las palabras estaban cargadas, bastaba con que se dijeran. «Quitarse de en medio». Ya estaba muerta.

—Pero ¿por qué? —preguntó Ismaíl.

—Por qué, por qué, por qué, ¿quién sabe por qué?... Todo puede torcerse en un momento, el detalle más insignificante se va hinchando y después ya nadie lo puede parar. Los de arriba, que son los que saben, no dicen nada, claro. Es a los de abajo a los que hay que preguntar, a los chóferes, a los escoltas. Se decían tantas cosas. Una tarde oímos una explosión en la carretera de Elbasan que estremeció los cristales de todas las ventanas. Salimos corriendo a ver qué había ocurrido y en seguida vimos los coches del servicio de Seguridad y una ambulancia. Dijeron que había sido un albañil al que le había estallado un barreno, pero uno de los enfermeros contó que no era uno, sino dos, y que habían tenido una «mala muerte», que era otra expresión que se utilizaba para no hablar directamente. «Mala muerte», «caer en desgracia», «quitarse de en medio», ésas eran las palabras que se decían. En aquellos días muchos aparecían así en los muladares, con la cabeza descolgada, o con un tiro en la nuca y los ojos abiertos, que era lo peor... como si la mirada se les hubiera quedado desorbitada en lo último que habían visto, ¡Dios sabe qué espanto! Para cerrarles los ojos, los familiares les colocaban monedas sobre los párpados, y a veces ni siquiera así lo conseguían, y tenían que tapárselos con un pañuelo para borrarles de la cara aquel pavor. Tu madre no sólo tenía miedo por ella, estaba muy angustiada. Jamás he visto a nadie tan angustiado.

—Pero ¿por qué?, ¿qué podía temer *Ella*?

Hanna calló durante demasiados segundos para que la pausa fuera

natural, y continuó como si no hubiera oído esas preguntas.

—Se habló mucho después y se dijeron muchas cosas, también los periódicos dieron la noticia por el cargo que ocupaba tu padre. Pero pocos debieron de saber lo que realmente pasó. Ni yo misma, que la tuve entre mis brazos, lo sé a ciencia cierta.

—¿Y mi padre no hizo nada para aclararlo? Él estaba en el Departamento de Estado.

—Ay, hijo, tú no sabes las veces que he pensado también en él. El sufrimiento, a los hombres, les quema la sangre por dentro, les deshace los nervios, los vuelve locos. Se encerraba en la biblioteca a beber. A veces lo oía dar golpes contra las paredes y los muebles como si no estuviera en sus cabales. Aún recuerdo el sonido de sus pasos en la galería, de un extremo a otro, sin parar, una vez y otra vez, día tras día... Parecían los pasos de un condenado. No quería hablar con nadie, ni ver a nadie, ni siquiera a vosotros.

—¿Y el doctor Gjorg? ¿Por qué nunca volvió a vernos ni a mi padre, ni a nosotros?

En ese momento, un hombre con un guardapolvo gris y la cara tiznada de negro entró en la cocina cargando una pequeña carreta de carbón que depositó en un compartimiento bajo la cocina. Tenía la mandíbula inferior un poco caída y a Ismaíl, por alguna razón, le recordó a los antiguos faroleros taciturnos de su infancia que surgían de la bruma con una larga percha, acompañados siempre de un perro pelado por la vejez, y sobre los que circulaban oscuras leyendas para asustar a los niños. El hombre emitió un extraño sonido gutural a modo de saludo y se quedó allí parado, como esperando algo.

Hanna se levantó apoyando las dos manos en el borde de la mesa, visiblemente fatigada, como si su movilidad hubiera empeorado después de la charla.

—Eso, querido niño —dijo muy despacio, con entonación resignada y paciente, o quizá más que nada maternal—, eso, déjame que te lo cuente otro día, te lo ruego.

IX

Se acordó de un baúl de castaño en el que se escondió una tarde cuando tenía cuatro o cinco años, y de las voces que lo buscaban llamándolo por todas las habitaciones: Ismaíl, Ismaíl... Había permanecido allí escondido sin contestar, oliendo el aroma de la lavanda en un corpiño negro de encaje que lo tenía fascinado y que no había visto nunca antes, porque era la primera vez que exploraba las prendas íntimas de su madre: una enagua de raso, las medias de seda con costura, un abanico de madera de sándalo y un echarpe azul con flecos que estaba envuelto en papel de regalo. Pero por más que lo intentaba no conseguía acordarse con precisión del rostro ni del cuerpo que llevaba aquellas ropas, como suele suceder con aquellas imágenes que uno necesita recordar perentoriamente y se empeña en recordar a toda costa, pero que la memoria, caprichosa o selectiva, oculta tras una cinta de niebla, convirtiéndolas en una sensación vaga, como prendida de alfileres. Apenas podía retener el escorzo fugaz de una mujer muy pálida asomada a una ventana, mirando siempre hacia afuera, despidiéndose de alguien con la mano desde el balcón de la casa, quizá de algún vecino, de alguna visita que se había prolongado más de la cuenta, canturreando después risueña con el balcón entornado. Ese canto inconsciente de las mujeres que no saben que son observadas bajo su felicidad íntima y secreta, pero que alguien espía, el marido desde el otro lado de la puerta de doble hoja, o el niño escondido en un baúl que escucha y oye, pero todavía es muy pequeño para entender y para recordar.

La conversación con Hanna había despertado en él un afán por indagar no sólo en su memoria más remota, sino también entre los objetos y entre los papeles y los libros, buscando algún indicio no sabía muy bien de qué. Miraba en torno a él con ojos escrutadores, pero no lograba volver a establecer el vínculo antiguo con las cosas. Éstas le provocaban una emoción que nada tenía que ver con la nostalgia, sino quizá con cierta premonición difusa, como si temiese más el pasado que el futuro. Todo se había vuelto del revés y el tiempo discurría también de forma distinta, había cambiado de sentido.

Después de su regreso del servicio militar, la primera vez que Ismaíl

subió al último piso de la villa por la escalerilla interior de caracol y empujó la puerta que daba acceso a la torre no se encontró ante el polvoriento paisaje de trastos arrumbados que esperaba, sino que descubrió que alguien antes que él había intentado poner cierto orden en aquel caos. Junto a la pared del fondo se hallaban apiladas varias cajas de cartón en cuyo interior permanecían cuidadosamente guardados los juguetes infantiles: el carrusel con música de concertina cuya cuerda había sido reparada; el reloj de rana que marcaba la hora exacta; la orquesta búlgara de títeres vestidos de frac que parecía estar dispuesta para comenzar un vals, y allí estaba también el tren de Vologda, con sus cinco magníficos vagones plateados y las iniciales V. I. perfectamente visibles en la puerta de la locomotora, como si una mano, indudablemente femenina, hubiera querido resguardar con esos retazos de infancia escenas que sin duda no había visto, o había visto sólo en fotografías, pero que acaso había imaginado o escuchado por boca de alguien que decidió confiarle esa intimidad, haciéndola así partícipe de los juegos y los miedos nocturnos y de todas las cosas remotas que acontecieron en aquel caserón ante los ojos medio velados de dos niños huérfanos. Las manos de algunas mujeres son curativas, poseen una disposición natural para restaurar.

Al principio, cuando llegó del campamento, Ismaíl se sentía incómodo en presencia de su cuñada. No es que tuviera nada contra ella, pero la consideraba en cierto sentido una intrusa. Había en su manera de ocupar el espacio algo vagamente amenazador, no sabía exactamente qué. A Helena le gustaba andar descalza por la casa con unos calcetines de lana, comprar plantas y dejarlas por todas las esquinas, tararear baladas antiguas. En una ocasión, Ismaíl oyó el murmullo de las ramas agitadas por el viento y le pareció el sonido de la garganta de un ave, tal vez una lechuza o una cigüeña. Después distinguió la voz de ella, que estaba entonando una melodía muy suave con la ventana de la habitación abierta. Andaba entre los libros y los tientos como una bailarina. A veces sus miradas se cruzaban en el pasillo y entonces ella se limitaba a sonreír, bajando la cabeza. Sin embargo, no parecía una persona tímida propiamente, sino más bien ensimismada. Una vez Ismaíl la encontró sentada en la cocina, encima de un tambor de detergente, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla entre las manos. No podía verle la cara, sólo la espalda y las mangas blancas de la camisa. Estuvo observándola un rato. Del otro lado de la ventana había una sábana agitándose en el tendedero y su blancura era el último residuo de luz entre las sombras del atardecer. Se veía el declive que hacía la línea del tejado por encima del pequeño invernadero de hortalizas y después el sendero de grava entre los catorce cipreses. Helena contemplaba el camino

con tanta fijeza como si de un momento a otro esperase ver aparecer a alguien entre los árboles. Se mostraba tan abstraída que Ismaíl estuvo a punto de desistir una vez más de dirigirle la palabra, pero de pronto algo lo hizo cambiar de idea, tal vez le pareció demasiado joven y melancólica. Una muchacha de veinte años que busca los rincones apartados del mundo. Probó a hablar.

—Creo que has estado en la Rotonda esta tarde —dijo.

Helena separó los ojos de la ventana un momento y asintió con un movimiento leve. Llevaba puesta una vieja camisa de Viktor y unas zapatillas de tenis. No parecía muy dispuesta a conversar, sus rodillas continuaban alzadas por encima del tambor de detergente. Cuando el silencio empezaba a hacerse ya embarazoso, se volvió y dijo:

—Nunca había visto unos juguetes tan bonitos...

Entonces, Ismaíl pudo contemplar abiertamente su rostro, que tenía algo de antiguo, la piel muy pálida, los pómulos demasiado altos, cierta irregularidad a la altura de los ojos que, sin embargo, miraban sin recelo, confiados, y el cabello caído sobre los hombros en ondas trigueñas o doradas, de un oro muy viejo, como el de las máscaras de las princesas micénicas. Pero no eran sólo los rasgos, sino que había también algo remoto en su expresión, una especie de sabiduría muy antigua, de paciencia secular y neutra, casi irónica. Lo que más desconcertaba a Ismaíl era eso precisamente, su manera de mirarlo desde un cansancio indulgente, como si tuviese la capacidad de absolverlo. Quizá fue esa benevolencia la que lo animó a hablar. Y habló. Habló sin premeditación pero con detalle, porque así sucede a veces en las conversaciones más inesperadas. Hablaron durante una hora larga de cosas de las que sólo es habitual hacerlo entre hermanos o personas unidas por algún vínculo familiar muy estrecho.

—¿Cómo era Viktor de niño? —había preguntado ella con un deje de ternura en la voz. Y ese simple interrogante abrió una ventana por la que asomarse a la infancia de los dos niños en la villa, cuando todavía vivía la mujer del retrato y el doctor Gjorg.

La luz de la tarde entraba sesgada en la cocina, derramándose en diagonal sobre las baldosas del suelo y creaba entre ellos un espacio en semipenumbra apropiado para la confidencia. Fue entonces cuando Ismaíl recordó en voz alta una escena ocurrida hacía mucho tiempo, durante una fiesta de cumpleaños en la parte cubierta del jardín. La primera anécdota que le vino a la cabeza para responder a la pregunta de Helena. Era el octavo aniversario de Viktor, el 12 de julio de 1958.

—Estábamos todos sentados alrededor de una mesa larga de caballete, Hanna y el doctor Gjorg, y dos matrimonios amigos de mis padres con sus

hijos —dijo—. Viktor estaba en la cabecera como corresponde al homenajeado. Todo el mundo parecía muy alegre, riendo y cantando a los postres. Había helado de vainilla flambeado, recuerdo las llamas azules y amarillas. De pronto, Viktor se puso en pie y dijo que él también quería cantar una canción nueva que había aprendido en el colegio. Se descalzó, se puso de pie en el banco y subió a la mesa entre las fuentes y las velas encendidas. «*Shqipërisé...*». Lo hizo muy en serio. Con la mano en el corazón empezó a entonar el himno de las juventudes del partido, como si comprendiera el significado exacto de cada palabra, sin fallos, avanzando a lo largo del mantel sin volcar ni una sola copa, sin quemarse con las velas, con tanto fervor que todos se pusieron en pie emocionados y, al final, entre los aplausos, saltó triunfalmente desde la tabla a los brazos de mi padre, que tenía la vista alzada hacia él. —Ismaíl sonrió evocadoramente y añadió—: Pocas veces he visto a mi padre tan orgulloso.

Después se quedó unos minutos absorto, como si la evocación continuase horadando surcos silenciosos en el interior de su mente, donde los recuerdos no tienen principio ni final, sino que se enlazan unos con otros, formando un todo continuo, y tal vez lo que Ismaíl estaba recordando era lo sucedido justamente después de la escena que había relatado, cuando el doctor Gjorg lo había tomado a él en brazos y le había susurrado algo al oído con voz cálida, una frase de aliento al niño pequeño, demasiado pequeño quizá para que nadie reparase todavía en él. Pero las palabras que dijo las guardó Ismaíl para sí mismo, no se las contó a Helena, sino que cayó en el mutismo, con expresión ensombrecida, como si de pronto se le hubiera posado sobre los hombros un cansancio grávido con su exceso de lastre y de hundimiento, como el que pesa sobre algunos ancianos. Y también se acordó durante esos minutos fugaces en los que su mente permaneció abismada de la camisa que llevaba puesta Viktor, con un escudo rojo de águila sobre el corazón, y del gesto pensativo de un niño de ocho años que vigila a su hermano y que se aburre un poco de ser tan formal y al que de pronto se le avivan los ojos con una chispa, como suele sucederles a los críos ante la ocurrencia de cualquier travesura; aunque ese recuerdo quizá no perteneciese al mismo día, sino a otro anterior o posterior, ya que la nebulosa imprecisa de la memoria trastoca a menudo la secuencia de los hechos sucedidos a una edad muy temprana, confundiendo el antes y el después, lo que ha sido presenciado con lo que se ha sabido más tarde o le han contado a uno o se ha imaginado. Y seguramente el niño mayor se fija en los negros cipreses, desechándolos pronto como escondite, y ambos corren de la mano en dirección contraria a ocultarse detrás del seto demasiado crecido, agachados, con las rodillas en la tierra, mientras una criada ya entrada en años, con delantal

almidonado, los busca, llamándolos por sus nombres porque es tarde y va siendo hora ya de que los niños se acuesten, y continúa voceando sus nombres con su peculiar acento húngaro, hasta que comienzan a aparecer por el cielo, en racimos, como sal, las estrellas, y anochece completamente y el jardín se va llenando de ruidos extraños: el grito de una lechuza, un sonido de ramas agitadas por el viento, los ladridos lejanos de un perro, las pisadas de alguien que corre y las voces familiares que de repente se vuelven escarpadas, como el cuarzo, irreconocibles, hirientes hasta dar miedo. Por encima de los setos se elevó entonces el fino tallo de un cuello infantil, que acaso quería saber de dónde partían aquellas palabras, qué significaban, a quién iban dirigidas, pero todo se fue llenando de sombras hasta la oscuridad total. Exactamente igual que estaba sucediendo mientras Helena e Ismaíl conversaban en la cocina y la negrura del jardín se iba haciendo cada vez más espesa, sin que se dieran cuenta, más densa, con el único rectángulo brillante y claro de una sábana de algodón tendida en la noche, porque todas las cosas irradian vínculos entre sí. El velamen a la deriva de los recuerdos.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Helena ante su prolongado silencio, acercándose a él y poniéndole una mano en el hombro.

Ismaíl encendió una cerilla en el hueco de la ventana e inhaló el olor del fósforo al acercar la llama al cigarrillo, como si necesitara la pausa de una bocanada de humo para salir de su ensoñación y retomar el hilo de la charla.

—Nada. ¿Qué habría de sucederme? —respondió, recuperando la sonrisa casual.

Sin embargo, el recuerdo había cruzado su memoria como una mariposa volando alrededor de un foco de luz. No era la primera vez que afloraba a su mente, y sabía que volvería a hacerlo en otras ocasiones. Ahora ya no podía parar, tenía los brazos metidos en el barro de la memoria hasta los codos, pero no sólo en su propia memoria infantil, quebradiza y llena de lagunas, sino también en la otra memoria, en la colectiva, la que descansa pesadamente en archivos y hemerotecas.

Durante los últimos días había intensificado su vagabundeo por estos lugares donde esperaba poder encontrar actas de las reuniones del buró político del partido, o documentos que arrojasen alguna luz sobre su incertidumbre entre los ejemplares atrasados de periódicos y revistas... Indagaba todo lo que pudiese darle alguna pista sobre el paradero del doctor Gjorg, cuya desaparición estaba seguro, ya de que tenía que deberse a motivos involuntarios. Ríos de tinta que fluían como una corriente negra y subterránea, igual que los túneles inundados por el agua que se ramificaban bajo los sótanos del Comité Central, según contaban

algunos, los que habían chapoteado en su curso y lo habían recorrido en algún tramo con botas negras y los bajos del abrigo mojados rozando las paredes y una linterna que se apagaba siempre antes de llegar al final: escaleras estrechas y resbaladizas, la oscuridad del acero, un pasillo angosto al que se accedía por un montacargas interior, el chirrido del portón de hierro que se abría y se cerraba con un sonido de herraje, una ciudad entera bajo tierra.

X

La redacción del periódico *Shqipëria* tenía sus oficinas en el antiguo edificio de la comandancia de la guarnición militar de Tirana. Era una construcción de dos plantas cuya fachada había sido recientemente remozada, con los dinteles, las balaustradas de los balcones y los marcos exteriores de las ventanas pintados de un tono azul turquesa. Ismaíl había acudido allí guiado por la información de Vladimir Hazbiu, un estudiante de Filosofía cuyo padre había sido víctima de la purga de 1973.

—A mi padre se lo llevaron una tarde, mientras estaba en una boda — le había dicho—. Tratamos de averiguar lo que pudimos, pero no conseguimos saber nada de él hasta varios meses después, cuando un funcionario de la sección de archivos del Ministerio de Interior nos hizo llegar de forma anónima la información del lugar donde se hallaba enterrado. Más tarde lo conocí personalmente, se llama Kosturi. Es un hombre mayor que llegó a detentar algún cargo dentro del partido en los años sesenta, que son los que a ti te interesan; después fue relegado, cuando la depuración alcanzó la administración interna. Dile que vas de mi parte, quizá pueda ayudarte.

Cuando no se sabe lo que se busca, tampoco se puede discernir con claridad lo que se encuentra. Ismaíl revisó todos los ejemplares del periódico correspondientes a los años 1960 y 1961, que estaban apilados en una estantería en varios montones a lo largo de toda la pared norte del archivo, tal vez esperando para ser encuadernados en volúmenes anuales, de igual modo que los ejemplares correspondientes a la década de los cincuenta. Por encima de las dependencias adosadas a los talleres se elevaba un doble zigzag de escaleras de hierro que se entrecruzaban en una pasarela de rejilla, perdiéndose fuera ya de su campo visual. Ismaíl iba leyendo de aquí y de allá, deteniéndose intuitivamente en ciertas informaciones: un titular de primera que hacía referencia al encarcelamiento y posterior ejecución del almirante Teme Sejko, que había sido el chivo expiatorio de la ruptura de relaciones del régimen con la URSS; un editorial extremadamente laudatorio hacia el régimen de Pekín; una noticia sobre un acto de homenaje a antiguos brigadistas en la plaza de Scanderberg. Pasaba de una página a otra sin tener una idea

muy clara de aquello con lo que podía tropezarse. Intentaba leer entre líneas, prestando especial atención a las noticias sobre detenciones, juicios y deportaciones. Descubrió que en casi todos los casos se repetían los cargos inculporios con alusiones a actividades de espionaje y vínculos, bien con el Servicio Secreto soviético, bien con el yugoslavo. Había procesos que eran reproducidos casi íntegramente, publicándose las actas correspondientes a las reuniones del buró político, quizá con intención ejemplarizante y amedrentadora: interrogatorios en los que el inculporio admitía las acusaciones más burdas de conspiración y traición contra el Estado, relación de pruebas que casi siempre incluían documentos escritos en ruso o en serbocroata, cuyos párrafos más significativos eran transcritos y remarcados en negrita, y en los que invariablemente se repetía el mismo estilo e idénticos adjetivos para evidenciar la colaboración con el enemigo, como si todos ellos hubieran sido redactados por la misma mano tan implacable y carente de imaginación que ni siquiera se había esforzado en dotar del más elemental principio de verosimilitud a la supuesta trama conspirativa. Sin embargo, a Ismaíl le llamó especialmente la atención una de las notas de prensa por su carácter más breve y hermético, ya que era la única en la que no figuraba el nombre de los detenidos: «Tirana, 17 de setiembre de 1961, 5 de la madrugada. Policías especiales de la brigada de Seguridad Nacional han detenido a un agente albanés al servicio de Moscú relacionado con prácticas de entrenamiento militar en la región montañosa del Cáucaso — indicaba la cabecera de la noticia—. Según las declaraciones prestadas por el detenido, el Departamento de Seguridad del Ministerio de Interior ha procedido a la elaboración de un sumario que se incluirá en el expediente Z. No se descartan más detenciones».

Tenía varios periódicos desplegados sobre la mesa bajo la luz blanca del tubo fluorescente. Le bailaban las letras, perfilando una realidad sombría y carente de sentido, o quizá dotada de un sentido secreto e indescifrable que sin embargo no le resultaba enteramente ajeno. Ismaíl conocía aquella verborrea, el teatro de los símbolos, retratos y alegorías con los que la dictadura había querido construir una apoteosis tan vacía de contenido como temible en su poder. Se preguntó en qué momento se había pasado de la retórica verbal a la práctica del terror, en qué instante impreciso pero pavoroso se había operado el cambio, la transmutación de los ideales, su oxidación y envilecimiento hasta acabar en la gran maquinaria pétrea del régimen; cómo se había podido llegar a aquel estado de cosas, a aquel mundo que tenía la regularidad de un plano geométrico, como una enorme pirámide. Eso era exactamente la revolución, según rezaban los discursos y los editoriales del periódico

oficial, una gran construcción de orden material y político que habría de llevar a una victoria total del Estado sobre el hombre mismo. Toda desviación era cercenada de raíz bajo la supervisión del Comité Central, encargado de combatir el individualismo siempre acechante, la ociosidad, la mística poética, el idealismo filosófico y otros vicios considerados burgueses... El estilo no había variado con los años, ni tampoco los métodos. La persecución se extendía hasta al propio partido, cuyos miembros empezaron a ser minuciosamente observados y condenados, unos por quebrantar la disciplina de su cargo, otros acusados de prosoviéticos o de protitistas, o de agentes múltiples al servicio de oscuros intereses y de instigar todo tipo de conspiraciones contra el régimen de Enver Hoxha. En poco tiempo se podía pasar del encumbramiento a la estrepitosa caída desencadenada por comités y mecanismos torvos basados en la delación o en la denuncia anónima, y que arrastraban también con su furia a todos los funcionarios próximos al dirigente depurado o a su facción política. Había que profundizar en el análisis, admitir los errores, limpiar la conciencia, servir al futuro del partido. Tesis, antítesis, síntesis. El partido te ayudará, Albania saldrá regenerada de la purga, los camaradas desean tu bien, confesar, delatar, la mirada nublada por la ceguera...

¡Cuántos habrán hablado y cuántos habrán sido capaces de guardar silencio! ¡Cuántos habrán muerto sin tumba conocida y cuántos dedicaron su vida al remordimiento! Caras anónimas y otras con nombre, voces, figuras estáticas, rostros de verdugos y de víctimas, caras de muertos. En la mente de Ismaíl volvió a aparecer de nuevo el interior de un ramal subterráneo inundado por el agua con su rumor vasto y confuso, un espacio de pesadilla que, según contaba la leyenda, se extendía más allá de las colinas que rodeaban Tirana. Bajo tierra existía aquella ciudad de la que hablaban todos, llena de trebejos, por donde vagaban hombres sin rostro que iban y venían serviciales, archivando y clasificando listas interminables de nombres repetidas una y otra vez en papel carbón, revisadas después por una mano anónima que iba trazando implacables anotaciones al margen con un lápiz rojo y añadiendo abreviaturas y códigos indescifrables pero funestos; un lugar sombrío que era el reflejo oscuro del mundo exterior, o acaso el mundo de arriba era una mala copia suya, porque allí, oculta en las entrañas ciegas y húmedas de las montañas, se encontraba la totalidad del orbe vigilado por el ojo que veía en las tinieblas, y de igual modo había otros túneles subterráneos en el interior de la cripta, que se prolongaban y se multiplicaban hasta el infinito en una repetición donde la propia leyenda vagaba extraviada.

Cuando por fin abandonó el edificio, agradeció con fruición el azote del

aire frío en la cara y la llovizna. Era una lluvia paciente y deshilada, que apenas dejaba sobre las calles un brillo mínimo de mercurio. Ismaíl se daba cuenta de que estaba volviéndose más taciturno y desconfiado cada día, aunque pensó que no era extraño que se sobresaltara por sus propios pasos a aquella hora, con las calles casi vacías, después de haber pasado la tarde en un lugar tan denso y estremecido. «Qué enigma no alentar el vaho que empaña el vidrio, / no seguir pensando el pensamiento, / no desear más el anhelo...». Volvía la cabeza y no había nadie tras él, sólo una vaga sensación de amenaza, el cosquilleo de un aguijón en la nuca. Notaba la humedad del jersey en los hombros, un olor agrio a lana de cordero que le repugnaba y aumentaba el sentimiento de devastación íntima. No era exactamente congoja lo que sentía, sino una especie de desfibración del cuerpo, de inutilidad o desánimo, como si todo hubiera llegado a un punto de caída en la fatiga. Tenía los músculos entumecidos de haber pasado varias horas en la misma postura. Se levantó el cuello del abrigo y empezó a caminar por las calles grises o azuladas, sobre las que empezaba a caer ya la noche con sus sombras.

XI

—Cuidado con el escalón —oyó que decía Vladimir al franquear la puerta que daba paso a un salón interior del hotel, iluminado sólo por las llamas de unos cuantos quinqués. Al fondo se distinguían algunos rostros detrás de las luces que oscilaban como velas. Había unas treinta personas allí dentro, que en seguida arrimaron sus sillas para hacer sitio a los recién llegados. No era la primera vez que Ismaíl asistía a una reunión política.

Ahora pasaba mucho tiempo fuera de la villa y regresaba tarde. Sentía la necesidad casi física de salir de casa, de aventurarse y de ponerse en constante riesgo. Cuando volvía no tenía que dar explicaciones a nadie porque todos dormían ya, su padre en la habitación que daba a la galería con las cortinas verdes echadas, su hermano y su cuñada en la primera planta. Le gustaba ese silencio de altas horas de la madrugada, entrar a hurtadillas con los zapatos en la mano, la transparencia de la luz de la luna en el techo. En una ocasión vio a Helena dormida en el viejo sillón de la biblioteca, arrebujaada en una manta, con la mejilla izquierda sobre el brocado del cojín, el libro caído en el suelo. Leyó el título: *Abril quebrado*. Lo recogió sin hacer ruido y lo puso encima de la mesa. Después apagó la lámpara y se quedó unos segundos con ella en la oscuridad. Así estaba a gusto. Sin embargo, de día no se sentía cómodo en su presencia. Veía sus ojos en todas partes, fijos, pacientes. Estuviera donde estuviera, notaba su mirada. Cuando se cruzaban en el rellano de la escalera o se rozaban en la angostura de un pasillo, le parecía que ella demoraba el paso intencionadamente, y en esa proximidad pensaba que le bastaría apenas un movimiento para tenerla asida por el talle. Esa simple ocurrencia furtiva le desbocaba el pulso como si de golpe el corazón se le hubiera alojado en el estómago. El deseo se manifestaba en su cuerpo impudicamente con tanto vigor que se veía obligado a eludirla con brusquedad, como si de pronto tuviera mucha prisa, rogando azorado que su excitación no se hiciera demasiado ostensible. A veces se encontraba con su sonrisa recatada, que a él se le antojaba desdeñosa o irónica, por encima de una mesa, y entonces todavía aumentaba más su incomodidad, como si hubiera ocurrido algo entre ellos o se hubiese roto la tela que rodea la intimidad de cada cual y lo aísla y lo protege. Se sentía violento

por una desnudez no revelada antes y por eso la esquivaba abiertamente, más obsesionándolo en realidad por la diminuta ranura que había entre sus dientes, con la línea de su cuello o la forma de la nuca cuando llevaba el cabello recogido. Si ella le pasaba la jarra en la mesa durante la comida, no bebía. Si señalaba alborozada un nido de golondrinas en el alero de la torre, miraba hacia otro lado, mostrando indiferencia, un simple nido de pájaros. Evitaba tropezarse con ella en el invernadero y en la biblioteca, ante las ventanas del jardín en las que ella solía pararse con una expresión de aislamiento que era la forma de contemplación más refinada que Ismaíl había visto nunca en un ser humano. Aunque no daba demasiado crédito a los refranes populares, estaba convencido de que era rigurosamente cierto lo que se decía sobre las mujeres del Rrafsh. Había una dulzura corporal en su modo de hablar, en sus movimientos. Se contaba que en la cama eran sacerdotisas que podían volver loco a cualquier hombre. Ismaíl había oído esos proverbios en las tabernas, pero nunca hasta ahora había reparado en su simbolismo. Tenía contra Helena un reflejo instintivo de prevención como ante algunos animales maléficos. La rehuía también en los demás lugares de la casa, mientras trajinaba en la cocina o en el cuarto de baño, por la mañana, cuando ella entraba con el aire indolente de recién levantada, desperezándose con los ojos todavía somnolientos y un camisón blanco sin mangas, el cuerpo largo como un arco. Pero lo que más odiaba era la noche. La noche intermitente, habitada de gemidos, que se cernía tras la puerta cerrada de la habitación matrimonial en la primera planta. Crujidos desacompañados de la madera, sacudidas y chirridos metálicos que iban ascendiendo a un ritmo creciente hasta volverse enloquecedores. Ismaíl se apretaba los oídos con la almohada para no oír nada, se levantaba insomne y fumaba contra la rendija de la ventana, tratando de ausentarse de sí mismo, de oír sólo los ruidos del jardín, pero hasta el viento de la noche parecía tocado por el mismo cielo.

Cuanto más luchaba contra su imaginación, más se aferraba el deseo a sus sueños. La desazón que lo arrasaba por dentro lo llevaba a veces al borde de las lágrimas. Se mortificaba escribiendo versos oscurísimos en un cuaderno cuadriculado de pastas de hule, odiando la casa donde vivía, el país cerrado, sin aire, sumido en la gran construcción colectiva cuyo fin último era cegar hasta la más insignificante fisura que pudiera abrirse en aquel búnker mastodóntico en que se había convertido Albania. Necesitaba marcharse a cualquier parte del mundo donde se pudiera respirar, a Londres, a París, a Madrid, en España, un país que había imaginado cientos de veces y que asociaba vagamente con un abanico decorado con arabescos e incrustaciones de nácar guardado en el interior

de un baúl y con una melodía muy dulce que flotaba dentro de su cabeza, pero que no podía recordar. Tenía que irse lejos de aquella casa que se dilataba por las noches, de aquella mujer que le insubordinaba la mirada cada vez que la oía acercarse o la observaba por detrás, la espalda recta bajo una blusa gastada de franela, la cabellera ondulada y densa recogida en una cola de caballo, la curva marcada de las caderas, su andar atlético de excursionista. Sí, también la odiaba a ella y se odiaba a sí mismo con un remordimiento que lo trastornaba. Apenas dormía, notaba en las piernas una fatiga sin peso que algunas noches lo empujaba a acariciarse en la penumbra con el mismo vértigo de quien se ha asomado a un acantilado, como una ave espantada del sueño, la mano solitaria rozando desesperadamente las ingles, subiendo y bajando velozmente, queriendo y no queriendo al mismo tiempo, despreciándose, estremeciéndose de soledad, con un nudo en la garganta, intoxicado de lástima y de deseo, derramándose con violentos espasmos sobre su propio vientre en borbotones tibios y sólo después, exhausto, pero no aplacado, conseguía dormirse de madrugada, en medio de la humedad del semen y de un sudor frío que era como un rastro de culpa.

Las reuniones políticas eran un modo de escapar de su obsesión. Desde que Ismaíl había conocido en los pasillos de la facultad a Vladimir Hazbiu encontró un nuevo modo, si no de domar su angustia, sí al menos de encauzarla. Deseaba expandirse fuera de sí mismo y ponerse en peligro. No había un solo órgano de su cuerpo que no estuviese de pronto reaccionando contra algo. En algún momento de la infancia había experimentado un impulso semejante de mudanza, pero de alcance más reducido. Ahora no era el futuro lo que se abría ante él, sino el presente, duro, palpitante, urgido de inmediatez. Un cabo por el que asir el mundo. En el fondo todo formaba parte del mismo tiempo cautivo, e imaginar revoluciones, situarse en la pauta mental de una revolución, era una manera de sentirse un poco dueño del porvenir, de anticiparse a él. Ismaíl relacionaba aquella actividad clandestina con una sensación vaga de complicados placeres y de formas de vida diferentes que acaso ni siquiera existían, pensarse a uno mismo distinto, soñar otras ciudades... En cualquier caso, era una sensación esperanzada jovial que lo colmaba de euforia. Fue Vladimir quien le habló de las reuniones que se celebraban en el hotel Adriático. Allí, bajo un techo abovedado y entre una espesa nube de humo, se reunía un grupo de jóvenes, desaliñados, con el pelo por encima de las orejas. Bebían rakí, hablaban de una inminente huelga general, vaticinaban con entusiasmo la irremediable caída de la tiranía. Las palabras fluían sin parar, envolviéndolos a todos en un halo común. Había militantes de distintos partidos de la oposición, estudiantes,

escritores... Algunos habían podido conseguir libros de autores prohibidos y discos llegados de Europa y de América, y algunas veces se citaban para escucharlos en un garaje de la avenida Rruga Kavaje. Tarareaban las canciones en inglés, con los ojos cerrados, emulando la voz de Bob Dylan, esa voz lejana que estaba como perdiéndose siempre en un vendaval, «*The answer my friend / is blowing in the wind...*». Pero no había respuestas, todo eran preguntas, o más bien la misma pregunta sin respuesta que se repetía una y otra vez. Los más ilusos empezaban a hablar de una posible salida del país, pero no como emigrantes aislados, sino para crear una nueva Albania, igual que los que se marcharon de Inglaterra hacía cuatro siglos, los excluidos, los que no eran aceptados por ninguna ortodoxia. Una estirpe de diáspora a la búsqueda de una isla perdida de agua limpiísima transparentada por el sol, astillada de luz, un lugar en el que aún pudieran descubrir la vida libre, cerca del mar. El mismo mar de siempre en el que el ser humano ha ido proyectando desde el principio de los tiempos su propio mito de lo inalcanzable.

Pero ¿quién podría garantizar la pureza de ese ideal?, pensaba Ismaíl, cómo preservarlo si siempre había un momento, impreciso, indeterminado pero terrible, en que se operaba la transformación y comenzaba a actuar la gran maquinaria. ¿Acaso los actuales dirigentes no habían sido jóvenes rebeldes, devoradores de escritos humanitarios antes de empezar a firmar sentencias de muerte? Su propio padre, el viejo Z anum, el gran Z anum, había luchado en España contra el fascismo en las Brigadas Internacionales, después, en 1943, como partisano contra las tropas alemanas que invadieron Albania. ¿Y ahora qué? Un miembro del buró político, un todopoderoso, uno más... Ismaíl opinaba que, de todos los crímenes de la *nomenklatura* comunista, el más irreparable era precisamente ése, el de haberles inoculado esa prevención contra cualquier ideal, la desconfianza, el miedo a los mundos mejores, a las tierras prometidas. Apuraba un vaso de aguardiente detrás de otro, pero era incapaz de emborracharse, como si dentro de él existiera un vacío imposible de llenar.

—¿Has conseguido averiguar algo sobre ese doctor amigo tuyo? —le preguntó Vladimir en un aparte. La luz del quinqué le hacía brillar un reflejo anaranjado y fantasmal en el cristal redondo de las gafas. Tenía las facciones muy finas, aunque su semblante era severo y obstinado.

—No —respondió Ismaíl—, pero he encontrado algunos datos quizá interesantes, aunque no sé todavía.

—Si ha estado sometido a proceso, tiene que aparecer registrado en alguna parte. Es muy extraño que tu padre nunca lo haya vuelto a mencionar, si eran tan amigos como dices. Desde luego, lo mejor sería que

le preguntases a él directamente.

Ismaíl se quedó callado un momento, pero no como si estuviera meditando la sugerencia, sino que más bien era la pausa de quien se pierde en sus propias reflexiones, presumiblemente oscuras y espinosas, a juzgar por la expresión de su rostro.

—Eso es imposible —añadió, lacónico, mientras apagaba violentamente un cigarrillo en el cenicero y expulsaba el humo de golpe por la boca y la nariz, un humo denso y oscuro como la aleta de un pez.

—Bueno, tú sabrás —concedió Vladimir, echando la cara hacia atrás para apartarse de la humareda—. Pero en la hipótesis de que su caso haya sido extraoficial, el que sabe más de lo ocurrido *intramuros* en aquellos años es Kosturi, el funcionario del que te hablé. Deberías entrevistarte con él.

—Tampoco estoy completamente seguro de que la desaparición de Gjorg haya sido causada por razones exclusivamente políticas. Puede que sus motivos para salir del país fueran de otra índole. Recuerdo que cuando éramos pequeños viajaba mucho. Debía de tener buenos contactos en el extranjero.

—Razón de más para preocuparse tal como estaban las cosas. ¿De verdad crees que pudo simplemente irse de viaje en aquel preciso momento y no regresar?

—No. La verdad es que cada vez me parece más improbable —respondió Ismaíl, que ya había empezado a poner en duda todo lo que hasta hacía poco tiempo daba por cierto.

Los demás continuaban hablando atropelladamente, a veces subía la crispación, hasta que alguien conseguía atemperar los ánimos y de nuevo bajaban las voces, para volver a elevarse al poco rato. No acababan de ponerse de acuerdo sobre el lugar y el modo de organizar la concentración que planeaban convocar para la semana siguiente. «Tenemos que recurrir a otro tipo de acciones —argumentaba un estudiante con voz imperiosa. Los ojos relampagueantes y la incipiente perilla le daban un aspecto vagamente trotskista—. Lo único que vamos a conseguir así es más detenidos en las cárceles, más secuestros, más palizas... Hay que contestarles con sus propias armas». «Caer en esa clase de provocaciones es entrar en su juego», le replicó desde el extremo de la mesa un muchacho muy joven que se había puesto de pie para hacerse oír. Otra vez se elevaba el tono general con propuestas y redacciones de proclamas, en las que cada cual se daba el gusto de escucharse a sí mismo, interrumpiéndose unos a otros. Alguien preguntó con cuántos comités de facultad se podía contar. Había mucho humo allí dentro. La mente de Ismaíl estaba como abotargada, perdida en sus divagaciones. Le dolía la

cabeza y se sentía algo mareado, quizá había fumado demasiados cigarrillos. Sentía el galope de su propia sangre en las sienes a martillazos. Por momentos, lo asaltaban ciertos temores sentidos en otros atardeceres, sustos que se alzaban sin causa conocida o con causas antiguas y se le quedaban dentro, sumergidos en ese estrato del inconsciente donde vagaban hombres encapuchados que caminaban entre sepulcros y sombras. Pero no alcanzaba a ver los rostros allí congregados, como si estuviera ciego o tuviese los ojos tapados por un trapo negro o por monedas de níquel, como aquellas que, según decían, cerraban los párpados a los cadáveres que aparecían en los muladares con el rostro desencajado por el espanto. «Una avidez de uñas arañando la tierra / y la lluvia negra del cubil de los muertos allá en el reino oscuro de Sharrë, / donde habita la raíz y el tubérculo...». A sus oídos llegaban las palabras pronunciadas en aquella asamblea, desprovistas de la vehemencia que trataban de imponerle los jóvenes oradores, pero con una sonoridad constante, como un rumor que crece y que poco a poco lo fue sacando de sus meditaciones: Europa, democracia, comisario político, propaganda, chantaje... voces ascendentes que resplandecían como antorchas en el interior de la catacumba. Finalmente, la manifestación quedó convocada para el jueves siguiente a las siete de la tarde, ante la Facultad de Historia.

XII

Los golpes de lluvia azotaban de modo intermitente el flanco acristalado de una cabina de teléfono. Después, la humedad oscureciendo las aceras, y enseguida otra ráfaga de lluvia iluminada por unos faros muy potentes. Un coche frenó abruptamente en la esquina de la diagonal. Sonó metálico como la rueda de un afilador. Nuevamente, la lluvia. Afuera se iban amontonando los ruidos de los cláxones. Del otro lado del cristal lo que se podía ver era la fachada gris del edificio de la universidad, con algunas ventanas encendidas, grupos de estudiantes fumando en la escalinata bajo el saliente de piedra, los árboles ingrátidos y vigilantes. Alguien dio la orden de saltar demasiado pronto, el auricular del teléfono quedó descolgado, balanceándose en el extremo del cable.

Los manifestantes avanzaron en pequeños grupos desde ambos costados de la calle por las aceras, en dirección a la explanada de asfalto de la plaza, que bajo la lluvia resplandecía con un tenue brillo de charol. En un segundo ocuparon el centro de la calzada, cortando el tráfico. Al doblar en el cruce, junto a la ciudad universitaria se oyó un murmullo bisbiseante como de un millar de alas que procedía de los balcones; había allí estudiantes de todos los distritos de Albania. La calle se abarrotó en un momento, como si un grandioso complot hubiera excitado de pronto a todas las almas. Las voces tenían al principio el mismo sentido sigiloso de los pasos, pero muy pronto el gran rumor rompió en un escándalo de gritos acompasados y manos alzadas con el signo de la victoria que se encrespaban en su crecida como una marea muy densa. Todo parecía posible. Y entonces, justo en medio de la euforia de las primeras consignas, sonó una detonación procedente de la parte izquierda del edificio.

Hubo un instante de desconcierto, la gente miraba hacia todas partes sin saber qué hacer. La primera desbandada se produjo en la cabeza de la manifestación. La pancarta con el lema DEMOCRACIA Y LIBERTAD, escrito con grandes letras blancas sobre fondo rojo, quedó abandonada en el asfalto. En menos de tres minutos, los furgones de las tropas especiales tenían acordonada toda la zona, formando un semicírculo, y en ese momento ya todo era tumulto y caos, como en una batalla medieval. Las viseras de los

cascos alzadas, los rostros duros, apretados, lanzas de caucho levantadas sobre la multitud, golpeando salvajemente. Capotes militares en el atardecer de febrero. Fueron muchos los detenidos, los hacían subir a patadas en los furgones negros, unos encima de otros, las caras aplastadas, adheridas contra la tela metálica del furgón. Las linternas de cobalto giraban en medio del aullido de las sirenas, barriendo la plaza de un extremo a otro. Una mancha oscura en el pavimento, un cuerpo encogido, en seguida la tiniebla rayada de la lluvia y otro golpe de luz, algunos metros más allá, un paraguas destrozado con las varillas sueltas y la tela hecha jirones.

La policía, ayudada por miembros de la Sigurimi^[2], continuó la persecución en el interior de la facultad, donde se habían refugiado algunos estudiantes, corriendo por las escaleras y por las aulas, e incluso en el interior del decanato, que estaba en la última planta. Varios agentes formaron un cordón alrededor del edificio, tensos, con las piernas abiertas y los fusiles apretados contra el pecho. Dentro, el caos todavía era más patente, violentas carreras hacia los balcones, una palpitación densa donde se confundían los gritos con los golpes, remolinos, movimientos convulsos, como en el interior de una ratonera, motivados más por el instinto de supervivencia que por la lógica de la huida. Una vitrina de la biblioteca, donde se guardaban las obras completas de Lenin, se vino abajo con un estrépito de vidrios rotos. A Ismaíl le pareció que uno de los guardias apostado en el corredor del primer piso lo estaba mirando como si lo reconociesen pero acaso era el nerviosismo lo que le hacía albergar estos temores. Consiguió escabullirse por una ventana de la secretaría y perderse detrás, entre el parterre de césped rodeado de coníferas. Se arañó la frente y se le desgarró el anorak al rozar la manga contra la arista afilada de la piedra. La lluvia escurría del cielo los últimos grises, una luz sucia que goteaba entre los árboles.

Llegó a casa empapado, sangrando, con la ropa despedazada por los empujones de la carrera. Cuando abrió la puerta corredera que daba paso al comedor, vio cómo su padre se ponía de pie apoyando las dos manos en el filo de la mesa. Un movimiento lento, silencioso, cargado de verticalidad. Se mantuvo así durante unos segundos, como un león que contempla su presa, al acecho, en una postura magnífica. Entonces, Ismaíl fue perfectamente consciente de la distancia abismal que separa el pensamiento de la palabra. Se quedó mudo. Caminó hacia la mesa donde también estaban su hermano y su cuñada sentados para la cena. Durante un instante, el silencio se le hizo sólido dentro de la cabeza, había algo compacto dentro de él. El calor de la humillación, hirviéndole en la cara como una fiebre. Existe esa clase de vergüenza, la vergüenza de un

hombre adulto reducido al nivel de un niño incapaz de dar explicaciones ante su padre, achicado de pronto, indefenso ante él, atenazado por sus ojos inquisidores. La angustia de Ismaíl empezó a manifestarse en forma de latidos y arritmias que acrecentaban su sensación de debilidad. Hasta que el malestar estalló.

El viejo Z anum, con el cabello noblemente plateado pero con las cejas todavía negras como relámpagos, dejó caer el puño a plomo sobre la mesa, una sola vez. Su perfil de león se había transformado ahora en el de una ave de presa. La arteria del cuello, esclerótica e hinchada debajo de la camisa, le palpitaba a punto de reventar. Fue entonces cuando lo dijo. No le tembló la voz, ni dudó con las palabras. Dijo: «Más te valdría no haber pisado el mundo para acabar de la misma manera». Su ojo derecho era una brasa viva.

No dijo más. No dijo a quién se refería, ni cuál era esa manera de acabar tan horrenda que mejor sería no haber pisado el mundo. Entró en un mutismo compacto, geométrico, como si de pronto se hubiera extraviado en el laberinto obsesivo de sus pensamientos. Pero lo que había dicho era sustancial y ya estaba pronunciado.

Viktor intentó entonces iniciar una conversación para rebajar la tensión y aliviar la carga pesadísima que su padre parecía estar soportando en silencio. Habló de la imprudencia y de las malas compañías, pero con un tono levemente disculpatorio, quitándole hierro al asunto. Ismaíl no esperaba que interviniera en su favor, su actitud en los últimos tiempos había sido de un encumbramiento cada vez más distante. Pero lo cierto es que todavía esperaba menos el comportamiento de su cuñada.

Helena Vorspi deslizó con sigilo la mano izquierda bajo la mesa hasta encontrar la de Ismaíl. En medio de la tensión reinante, aquel gesto escueto se convirtió en un acto definitivo. Como sí le hubiese entregado un cuchillo. Ismaíl dirigió instintivamente la mirada hacia ella y lo que vio fue unos ojos que lo miraban ahora con una intensidad absoluta. Notó algo parecido al desnivel de una pendiente. Era una sensación física y violenta, como si al bajar a oscuras por una escalera, de pronto, faltase un peldaño. El vértigo de la caída libre. Pero tuvo lucidez suficiente para valorar el arrebato de lo que estaba ocurriendo. Pensaba, se repetía interiormente: «Esto es verdad». El corazón le latía casi con dolor, expandiéndole por todo el cuerpo un temblor oleoso. Su respiración entró en un tiempo detenido en el que por un momento desaparecieron todas las barreras. Sólo existían aquellos ojos de color avellana que lo observaban con una mezcla de deslumbramiento y de confirmación, como si lo estuviesen viendo entonces por primera vez y entonces al cabo del tiempo.

Pasados unos segundos, Ismaíl desvió la mirada, incapaz de mantener su fijeza. Trató de aparentar toda la naturalidad que pudo, sin que la sombra de un gesto delatara su turbación, sin embargo, no apartó la mano. Bajo el mantel largo de hilo de damasco, la muchacha continuó acariciando su mano con una voluntad sostenida, entrelazando los dedos de Ismaíl con los suyos, sin mover tampoco un solo músculo del rostro, muy pálida, igual que si hubiera rebasado sus propios límites y no fuera ya dueña de sus actos, los ojos brillantes y afiebrados como los de un animal nocturno.

XIII

Ismaíl hubiera querido conocer uno por uno todos los lugares de la vida de Helena, los días infantiles en su aldea del Rrafsh, el gesto curioso de la niña que había crecido en aquella tierra extraña de maizales y roquedos entre rebaños de cabras, escuchando a los mayores contar historias que habían pasado a formar parte de su alma como todas las cosas que uno oye desde la cuna, antes de tener capacidad de recordar. Aun ahora, a Helena le bastaba cerrar los ojos para oír las voces de entonces, las salmodias de las oréades, de las hadas que vivían junto a los granados silvestres, las leyendas majestuosas y terribles del *kanun*. Todos los misterios del norte estaban comprendidos en ese mito con forma de ley, ante el cual el propio código de Hammurabi llegaba a palidecer. No en vano el Rrafsh era la única región de Europa que, aunque formaba parte de un Estado, se regía por sus normas propias y centenarias que ni siquiera la férrea legislación del partido había conseguido erradicar. Voces que se mezclaban con el silbido del viento, con las campanillas de los caballos de los cortejos, con las comitivas con antorchas que se detenían antes del amanecer junto a la puerta de las casas, golpeando las aldabas a su paso, con la letanía que se transmitía de madres a hijas, generación tras generación, como si fuera una parte más del ajuar que las acompañaría la noche de bodas. Todo entraba en el mismo baúl: las enaguas, las camisas de lino y el chaleco blanco bordado en uno de cuyos bolsillos iba metida la bala de la dote, con la cual el esposo tendría derecho a matar a la mujer en caso de afrenta de honor.

Las leyes de la venganza de sangre hacía ya tiempo que no se aplicaban, pero su ritual permanecía intacto: una bala de plata envuelta en un paño de terciopelo rojo que era entregada al marido por la familia de la novia acompañada de las palabras «Bendita sea tu mano». Viktor, a pesar de ser un hombre moderno y de rechazar las manifestaciones de aquella barbarie ancestral, había querido aceptar el rito sin aprensión, como una muestra de reconocimiento hacia la que iba a convertirse en su esposa. Según aquella tradición, el honor tenía su templo en el mismo corazón donde llegado el caso podría alojarse una bala. Al final del convite, los recién casados se habían reído con complicidad y habían

bromeado acerca de lo que sucedería si ella violaba la fidelidad conyugal.

Había en lo más alto de las montañas una especie de belleza terrible o un terror hermoso. Los lugares en los que se han producido actos violentos quedan para siempre con algo alterado, como si la atmósfera allí perdiera densidad, fuera menos compacta, más amenazadora. En la cima de las sierras, el cielo se desprendía sobre las rocas con destellos eléctricos, y durante las tormentas las peñas se erizaban igual que las cabezas de las yeguas, como si estuvieran manifestando al mundo una fuerza incomprensible. Aquel paisaje no era en absoluto tranquilizador, ni bello ni próspero. Sin embargo, cuando Helena tuvo que abandonarlo, sintió que le amputaban una parte de sí misma. No sabía exactamente qué miembro del cuerpo le dolía, ni adónde iba, ni lo que le esperaba lejos de las cumbres, pero supo que adondequiera que fuese ella siempre llevaría consigo aquel viento largo y cargado que era una forma de destino.

La decisión se la comunicó su maestra en el patio de la escuela, después de la visita oficial de los inspectores educativos de Tirana. Era una mañana extraordinariamente clara, azulísima, el cielo y la nieve despedían un brillo cegador, todo centelleaba como el vidrio. Aquellos hombres con corbata y vestidos de negro, venidos de la capital, les hablaban a unos adolescentes criados entre riscos de la obligación de convertirse en ciudadanos útiles para servir a Albania y al partido. Para aquel fin habían elegido a los alumnos que habían mostrado más aptitudes. Helena no sabía cuál era exactamente su talento, pero cuando uno de aquellos funcionarios, el más alto, le preguntó su nombre poniéndole una mano grande y velluda sobre la cabeza se dio cuenta de que ella estaría entre los elegidos para abandonar la aldea.

«¿Cómo será Tirana? ¿Qué destino me esperará en esa ciudad no deseada?», pensó mientras miraba por el cristal trasero de la furgoneta cómo se iban quedando atrás las casas envueltas en un velo de ceniza, las higueras, las estacas de los gallineros, los perros tallados en el frío. Uno de los ancianos de la aldea los siguió un buen trecho tocando una flauta de boj con la que reproducía el canto de todos los pájaros de las montañas, y entonces fue cuando a ella le vino al pecho un temblor incontrolado mientras luchaba contra la flaqueza de las primeras lágrimas. Había aguantado bien toda la ceremonia de despedida, tratando de apretar toda la emoción dentro de sí misma, incluso cuando su madre la abrazó por última vez delante de aquellos hombres extraños. Pero no pudo soportar el ladrido tristísimo de los perros, que respondían de lejos a los trinos largos atravesados por sílabas con música.

Lo primero que la sorprendió de la capital fue su respiración, un rugido desconocido que fermentaba en todas las calles pobladas de bocinas,

ajetreadas por el tráfico laboral. Tirana era una especie de anfiteatro gris con bulevares anchísimos y edificios uniformes como los nichos de un cementerio, con la única luz de las hojas de los plátanos que empezaban a oxidarse. El internado femenino fue para ella un sepulcro en verdad inmenso durante los primeros años. No entendía los códigos nuevos de aquella gente de la ciudad, le costó adaptarse a la fonética cortante de las frases pronunciadas por sus educadores, empeñados en borrar su acento y en exprimir de su alma todos los silencios que todavía hacían de ella una niña del Rrafsh. Pero el insomnio y la fatiga no eran peores que la violencia de verse expuesta ante la curiosidad de sus compañeras como una pequeña salvaje, sobre todo por la noche, cuando el dormitorio en el que se desvestían era barrido de parte a parte por el resplandor amarillo de la puesta de sol, y los huesos se le encogían con la humillación de ser el objeto de todas las preguntas que le hacían desde la doble fila de camas de hierro. Para no tener que responderles siempre fingía dormir, cerraba los párpados y entonces empezaba a hundirse en un subterráneo sin fondo, y cuando sentía acercarse el cosquilleo del llanto, entonces ocultaba la cabeza bajo las mantas. La aterraba la idea de llorar en presencia de gente extraña.

Su rostro —el rostro que Ismaíl esculpiría con sus versos más adelante— se fue volviendo más hermético. La palidez de la piel le afilaba los rasgos con una expresión grave que muchos interpretaban como altivez, pero que en realidad respondía más bien a la necesidad de construir en torno a sí misma una muralla defensiva. Era su belleza lo que la hacía vulnerable. Estaba delgada más que nada por el esfuerzo solitario de hacerse adulta en la corteza de aquel mundo vertical.

No empezó a descubrir los encantos de Tirana hasta el primer curso de la escuela de Magisterio, cuando conoció a Viktor. Fue algo natural, como el otoño que vacila entre una vida antigua y otra nueva. Él estaba en la parada del autobús vestido de uniforme militar, con los brazos cruzados sobre el pecho, abstraído y rígido, igual que una estatua pero con todo el cabello de punta, como una fronda revuelta por causa del viento. Helena se quedó observándolo burlona, como si se tratara de una figura de cera, hasta que no pudo contener la risa. Así es el viento, tantas veces trae el deseo de la música y la alegría. Las primeras semanas de noviazgo, los castaños se incendiaron de rojo a lo largo del gran bulevar. Un día ella sintió la mano de él en su cuello, por debajo del abrigo, en un trayecto de autobús desde la avenida de los Mártires de la Nación hasta el jardín botánico, y al inclinar la cabeza contra su hombro se sintió respaldada por primera vez desde que había llegado a Tirana. Las hojas otoñales caían sobre ellos igual que un lamé dorado, como si la luz hubiera cuajado sobre

los bancos del parque y contra las puertas recién barnizadas de los cafés a orillas del río Lana, o en el relumbrar de un anillo después de un abrazo. El amor era un sentimiento joven y liviano. Se casaron a los pocos meses.

Sin embargo, con Ismaíl todo fue distinto, la naturaleza de la pulsión, su urgencia, una emoción complicada que desde el principio le hizo creer en la muerte. No sabría explicar cómo empezó a enamorarse. Tal vez el amor se originara involuntariamente la primera ocasión en que ella metió las manos desnudas entre las pertenencias de él, desperdigadas por todo el cuarto, con el fin de poner un poco de orden; los pantalones dejados de cualquier modo en el respaldo de una silla, un jersey del revés, los libros abiertos sobre la mesa, sus lápices y bolígrafos, el cuaderno de pastas de hule que ella abrió con una conciencia absoluta de profanación y ya no pudo dejar de leer hasta el final. La caligrafía era ordenada y clara como la de un notario, pero las palabras no.

Demasiados acontecimientos en la vida de un hombre son invisibles, lo que sueña o teme, lo que no es capaz de recordar. Cuando alguien lee un poemario secreto, entra en el territorio de otro cuyo mapa necesita conocer con todos sus plegamientos y acantilados o sus llanuras desoladas, porque el oficio de explorador es un trabajo de amante. La vez que Helena consiguió aproximarse más al vértigo de aquel precipicio fue cuando reconoció su propia presencia en el fluido de los versos condensada en la inicial de su nombre, «H». Con esa letra quedaba también ella atrapada dentro de aquella criatura envolvente. «Fueras como la perla de agua en el corazón de la ortiga», leyó una tarde furtivamente, pocos días antes de que ella misma diera rienda suelta a sus impulsos al buscar la mano de Ismaíl bajo el amparo de un mantel de Damasco.

Desde entonces ya no pudo prescindir de las palabras. Había una fuerza incitante de penetración que la llevaba hacia las páginas del cuaderno. Necesitaba beberse aquel pálpito del purgatorio, leer las anotaciones nuevas todos los días, como quien precisa verse reflejada en otros ojos para saberse en el mundo. La lluvia agujereaba la tierra del jardín, cayendo desde el tejado con toda su fuerza, hasta socavar la superficie con pequeños hoyos. Estaba tan abstraída en la lectura que no oyó el chasquido del manubrio de la puerta al abrirse, y cuando se dio cuenta, Ismaíl ya la tenía sujeta firmemente por las muñecas. Quedaron los dos recostados contra la pared, apoyados el uno en el otro, los ojos tensos, retadores, mirándose con asombro, con pavor, respirando como al final de una escapada. Después, Ismaíl dibujó un segmento breve con la punta de los dedos en el cuello de ella, mientras prolongaba la caricia con la mirada por los huesos de la clavícula la abertura oscura del escote hasta el inicio de los senos. A duras penas podía aguantar la opresión que

sentía en el pecho, el vértigo en el estómago. Sus bocas estaban muy próximas. Fue ella quien adelantó el rostro para besarlo, transfigurándose entera con la urgencia convulsa del abrazo. Alzó las caderas para adherir su vientre al de Ismaél. No hablaban, como si necesitasen apurar el aire que se quemaba entre ambos sin la mediación pudorosa de las palabras. Formaban una extraña escultura anudada en la penumbra de la habitación, apretándose ya sin recato, las manos enredadas debajo de la ropa, el sexo de él empujando recio de pronto a través de la tela del pantalón, al tiempo que la lluvia se recrudecía afuera y desaguaba por los canalones de cinc, las caras inclinadas, las bocas buscándose con avidez y fatalidad, los labios húmedos, las aletas de la nariz temblorosas, mientras se les aceleraba la respiración a un ritmo cada vez más sofocado, urgente, acrecentado también por el peligro de que cualquiera pudiera sorprenderlos.

—Espera, por favor —consiguió decir Helena con la voz abrasada, cuando pudo recuperar el aliento—. Aquí no. Aquí no, por favor —repitió.

XIV

—Pasa, te estaba esperando —dijo Kosturi, pero Ismaíl no se atrevió a avanzar por temor a encharcar la alfombra que protegía las baldosas del vestíbulo. Permaneció de pie en el umbral de la puerta, con el paraguas en la mano y el anorak reluciente de lluvia. Llevaba una semana sin parar de llover. Toda Tirana vivía dentro del rumor del agua que recubría las plazas y sus estatuas ecuestres, resbalaba sobre los pedestales y las escalinatas de mármol de los ministerios, brillaba plateada en la antena de Radio Albania y escurría monótonamente los estadios deportivos, las ventanas iluminadas de los edificios de oficinas, todos iguales, los terraplenes de derribos y las calles estrechas que Ismaíl había recorrido caminando de prisa hasta llegar a la dirección que le había indicado su amigo Vladimir.

También el ánimo de Ismaíl parecía definitivamente ganado por el invierno que se le escapaba del pecho en forma de una tos bronquítica por las mañanas, venida tal vez del abdomen o del fondo del alma, no lo sabía. Porque, además, el invierno había traído la renovación del miedo y el recelo ante los desconocidos, con el cierre de la universidad después de los disturbios y el sobrecogimiento nocturno de las calles vigiladas. Volvían otra vez los rumores de siempre y apenas anochece las calles se quedaban desiertas, horadadas por los ojos vigilantes que se ocultaban detrás de las ventanas de las casas. No se sabía nada a ciencia cierta y esa incertidumbre hacía que el miedo fuese todavía más denso, como los terrores de la infancia habitados por figuras indeterminadas.

En los últimos tiempos, Ismaíl se acordaba cada vez más de las historias que les contaba Hanna cuando eran pequeños a él y a su hermano, más que para suscitar miedo, por ese sentido preventivo y aleccionador que tienen las historias campesinas en Hungría y en todas partes del mundo, leyendas de merodeadores o de carboneros cargados con sacos que se llevaban a los niños incautos que se alejaban de su casa que desobedecían y se perdían de sus padres; historias de vampiros con capas de terciopelo y colmillos avariciosos, amantes de la noche y de la sangre tierna de los infantes. Nanas que se cantaban desde antiguo y perduraban aún en el recuerdo de las madres y de las nodrizas que arrullaban a las

criaturas con el mismo estribillo que ellas habían escuchado en su infancia:

Pum, pum.
¿Quién es?
El pájaro negro
que ahuyenta tu sueño.
Uno, dos y tres.
Duérmete, mi niño,
no tengas miedo...

Nadie se atrevía a quedarse solo jugando en la calle después de que oscureciera, ni a desviarse en el camino si tenía que hacer algún recado. Unos y otros habían aprendido a extremar la cautela ante los extraños. El miedo protector, sin embargo, de nada servía ante los hombres vestidos de negro que rondaban las calles en los grandes coches oficiales, los ojos indagatorios apareciendo y desapareciendo al ritmo de las varillas de los limpiaparabrisas o ante las siluetas encapuchadas que se movían con grandes abrigo, detrás de las linternas, vigilando, siempre al acecho, tan eficaces como brutales cuando entraban en una casa, derribando la puerta, registrando las habitaciones de arriba abajo, papeles, libros, enseres domésticos... sacando a la gente a punta de pistola, amparados en la oscuridad de la noche.

Los ojos de Kosturi eran pequeños y escudriñadores, aunque ahora miraban a Ismaíl con una especie de lentitud aplacada, como esos hombres a los que la edad les ha aportado meditación o escepticismo e incluso arrepentimiento, además de algún achaque. Vestía un jersey gris con los codos muy gastados y unas zapatillas oscuras de fieltro que acentuaban su aspecto envejecido. Mientras se dirigía al perchero para colgar el anorak de su huésped, Ismaíl se fijó en que Kosturi caminaba algo encorvado y arrastraba los pies como si sufriera una dolencia artrítica.

—He encontrado algo que quizá pueda ser una pista, por eso te he mandado llamar —dijo mientras le indicaba a Ismaíl una silla situada frente a una gran estufa de hierro—. Pero siéntate aquí, estás empapado.

—¿De qué se trata? —preguntó Ismaíl, que miraba ahora con curiosidad a su alrededor.

Había cuatro sillas forradas de plástico granate alrededor de la estufa y un aparato de radio de un modelo muy antiguo sobre una mesa de formica. La escasez de muebles y las paredes desnudas, con una única estantería metálica al fondo, le daban a la estancia un aspecto

administrativo de vieja oficina que encajaba con el aire desalentado de aquel funcionario jubilado, como si la vejez y más que nada la soledad lo hicieran indiferente a las comodidades.

—No lo sé muy bien todavía, aunque parece un croquis, una especie de plano. —Kosturi levantó la tapa de la estufa e introdujo dos gruesas barras de serrín prensado, después abrió el tiro, que se iluminó de pronto con un brusco resplandor rojizo—. Lo que me llamó la atención es que lleva dos firmas, una de ellas pertenece a un funcionario del Departamento de Estado que conocí en el pasado y que estaba encargado de los Asuntos Especiales. La otra te resultará familiar porque pertenece a tu propio padre, el comandante Z anum. La fecha que aparece en el dorso es el 15 de setiembre de 1961 y, según me explicó Vladimir, coincide con el mes y el año en que le perdisteis la pista a ese médico que estás buscando.

—Sí, el doctor Gjorg —confirmó Ismaíl.

—En los archivos aparecen varios procesos por esos días, siete en total, pero todos ellos se refieren a personal del propio ministerio. Es decir, lo que se entiende por depuraciones internas. Además, los encausados figuran con su nombre completo y su número de cédula. No hay ningún doctor Gjorg entre ellos. —Kosturi enarcó las cejas con el gesto elocuente de quien se ha pasado media vida rastreando y asociando y por ello mantiene intacta, a pesar de los años, la capacidad de sacar conclusiones velozmente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ismaíl, que no acababa de entender adónde llevaba toda aquella digresión.

—He visto esta clase de cosas muchas veces. —Kosturi se calló un momento con expresión abstraída, como si en el fondo de su mente habitara un pozo de gravedad. Después avivó con un punzón la brasa de la estufa—. Me refiero a los procesos paralelos —explicó—. Basta con que la denuncia parta de un miembro del buró y se tramite a Asuntos Especiales. Entonces no son necesarias las pruebas, nadie va a hacer comprobaciones. Todo está perdido si uno ha sido sentenciado de este modo. —El viejo funcionario hablaba ahora con vehemencia—. Lo que era recto se torna curvo, las mayores evidencias son negadas, en cuestión de un momento, el mundo entero se viene abajo, nadie se puede fiar de nadie entonces, cuando la furia interna se desata. Cualquiera puede realizar la denuncia, un vecino, un sirviente despechado, un niño, un marido celoso... Una vez que los dispositivos del Departamento de Estado se ponen en funcionamiento ya no hay forma de frenarlos. Créeme, sé muy bien lo que digo. Yo mismo he participado en estas conjuras que ocurren fuera del ángulo visible. Se confeccionan pruebas falsas, testimonios ficticios — continuó con expresión abatida, como si en lo más profundo de su discurso

habitara el convencimiento de que nadie nunca puede sustraerse al influjo de una maquinaria tan poderosa—. Nos hemos formado todos en esa religión implacable de doblar la cerviz y asentir o callar ante los que tuvieron el dudoso mérito de forjar este Estado.

Más que el contenido de aquella confesión comprometida e inesperada, lo que le sorprendió a Ismaíl fue el tono empleado por Kosturi, ni beligerante, ni comprensivo, ni perplejo, sino más bien expiatorio, como esas personas a las que al final de su vida el tiempo les brinda una última oportunidad de hacerse perdonar y de dejar de ser los que acaso han sido. Era evidente que el funcionario se había apartado del objeto inicial de la conversación para perderse en sus propios recuerdos, e Ismael sintió que el recelo con el que había acudido a aquella cita comenzaba a desvanecerse a medida que iba hablando aquel hombre, cuya colaboración había ayudado a su amigo, Vladimir Hazbiu, a encontrar la tumba de su padre. Sin embargo, a pesar de que la confianza de Ismaíl aumentaba, iba creciendo también su aprensión ante aquella voz que aparentaba tan estrecha relación con la niebla y los sepulcros.

—¿Por qué se presta a ayudarme? —le preguntó. A Kosturi no debió de gustarle la pregunta, pero no tanto por el leve recelo que expresaba como por la interrupción. Miró a Ismaíl con expresión reprobatoria.

—Digamos que tengo mis motivos —respondió—. Pero no creo que eso sea lo más importante ahora. ¿O no quieres que siga?

—Por favor —le pidió Ismaíl, acompañando su disculpa con un gesto de la mano que lo alentaba a proseguir.

—Alguien cuyo nombre no puedo revelar me ha hablado de un caso bastante extraño ocurrido en ese mismo año 1961 —continuó diciendo Kosturi—. Se trata de un médico que fue detenido en Durrës a principios de setiembre, cuando intentaba negociar con un patrón de pesca el precio de un pasaje para cuatro personas hasta Brindisi por motivos que no pudo o no supo explicar, pero que los servicios secretos relacionaron inmediatamente con la persecución política desatada tras la ejecución del almirante Teme Sejko. Ahí fue cuando todo empezó a torcerse, se institucionalizó la práctica de los enterramientos secretos y como contrapartida surgió La Organización. —Ismaíl se removió en el asiento. Era la segunda vez en su vida que oía mencionar la citada sociedad.

—¿La Organización? —preguntó con evidente suspicacia—. ¿Se refiere a...?

—Sí, a eso exactamente me refiero —le cortó Kosturi con cierta aprensión, sin dejarle acabar de formular la pregunta—. Hemos construido un país de necrófilos, de buscadores de tumbas. Tú debías de ser muy pequeño entonces y no puedes recordarlo, pero hubo un juicio

público que se retransmitió para toda la población desde el gran cine Tirana. Cientos de altavoces atronaban las plazas. Antes de que el tribunal llegara a pronunciarse, el almirante ya había sido declarado traidor como integrante de una conjura soviético-norteamericana que en realidad nunca existió. ¿En qué cabeza puede haber cabido una conspiración conjunta de Moscú y Washington? —Kosturi movió la cabeza hacia los lados. Sus pupilas brillaban ahora en el fondo de los ojos achicados como dos ascuas diminutas que le dibujaron instantáneamente en el rostro una expresión de desamparo senil—. Pero volvamos a lo nuestro —dijo retornando el hilo—, al parecer, el Departamento de Estado ordenó el inmediato traslado del detenido a Tirana para su interrogatorio. Pero antes de llegar a la prisión ocurrió algo raro. El convoy oficial se desvió de su ruta por alguna razón; quizá sufrió una avería o un accidente, o recibió una contraorden. El caso es que el detenido no llegó nunca a la capital. Su maletín fue encontrado en una carretera de las afueras, y en su interior había diversas pruebas inculpativas: documentos científicos en ruso, una placa del Servicio Secreto soviético y un mapa topográfico de las montañas del Cáucaso que, sin embargo, no aparecían en el primer informe policial de la patrulla de Durrés que había efectuado la detención. La investigación pasó inmediatamente a Asuntos Especiales con el indicativo de expediente Z. Y a partir de ese momento, las referencias al caso son confusas e incluso contradictorias. Unos dicen que el sospechoso fue ejecutado en los alrededores de Tirana, otros, que fue conducido al sótano del Comité Central para ser interrogado allí personalmente por el más temido de los comisarios de Hoxha, el llamado carnicero de Gjirokastra, cuyos métodos circulaban de boca en boca por toda Albania con toda profusión de detalles escabrosos. Sin embargo, el detenido debió de resistir la tortura, o tal vez el comisario perdió los estribos antes de tiempo, ya que no llegó a firmar ningún documento inculpativo ni reveló el nombre de las otras tres personas que debían acompañarlo en el supuesto viaje a Brindisi. De haberlo hecho, se habrían producido más detenciones que hubieran engrosado el sumario Z. Sin embargo, este dossier es uno de los más exigüos e inconclusos de todos los abiertos por delitos de espionaje y de los que más irregularidades presenta. Además está el croquis —dijo Kosturi, pasándole a Ismaíl una hoja de papel milimetrado en la que aparecía señalado un puente sobre el cauce de un torrente que discurría en sentido transversal a la carretera. El trazado de la vía presentaba numerosos desniveles, probablemente a causa de las torrenteras, y estaba flanqueado por colinas. A la izquierda había varias naves de tejado triangular que, a juzgar por el color verde olivo con el que aparecían sombreadas, debían de ser instalaciones del ejército. El lugar

señalizado con una cruz estaba situado al pie de unas peñas, a unos dos centímetros de la base militar, lo que según la escala 1:10 000 venía a representar sobre el terreno apenas doscientos metros.

—Conozco este lugar —dijo Ismaíl sin apartar los ojos del papel con atención grave y concentrada.

Nadie puede inmiscuirse en la vida de nadie impunemente. Nadie otorga a otro su amistad o su confianza sin recibir a cambio una carga de confidencias no deseables. Pero no sólo confidencias, sino también sueños y recuerdos remotos y clausurados, como el rostro de un hombre que se inclina en silencio sobre la cena o la expresión de una esposa al mirar a sus hijos bañándose, espuma, olores, cánticos, la textura de la ropa recién planchada. Del mismo modo es cierto que tampoco nadie querría exponerse al contagio irreversible que esas confesiones conllevan sin estar de algún modo enamorado.

Lo que Ismaíl supo por boca de Helena no fue algo completamente novedoso, sin embargo, sintió que las palabras que ella había pronunciado le erizaban la piel de la nuca. Estaban en la Rotonda, sentados sobre unos almohadones turcos que habían colocado en el suelo, entre fotografías antiguas, libros de cuentos y juguetes infantiles. Ismaíl interrumpió la conversación durante el tiempo mínimo de encender un cigarrillo para ponerlo en los labios de Helena, los mismos labios de los que hacía apenas unos minutos había escuchado una revelación inconcebible que sin duda también a ella le había sido confiada con anterioridad en otro lecho de amor, porque ése es el único lugar en que los hombres y las mujeres parecen dispuestos a entregarse mutuamente todas las armas con las que quizá algún día podrán herirse. Llevaba un jersey negro de cuello vuelto que resaltaba el tono trigueño claro de su melena, más larga y ondulada que hacía unos meses. Tenía la espalda apoyada contra la cal de la pared, la luz dorada del mechero oscilando entre ambos, envueltos los dos en el aire sellado de aquel espacio circular donde no existía la sensación del paso de las horas ni acaso de los años, porque, al igual que los museos y algunas ruinas, era un lugar exento de temporalidad. Existen lugares así, estáticos, donde los vivos y los muertos se mueven como sombras parejas entre el eco de palabras dichas en voz muy baja, el ruido sordo de un papel rasgado, el chasquido de una cerilla al prenderse con un resplandor de azufre y otros sonidos acaso aún más enigmáticos, el inicio del movimiento del cuerpo, un gozne mal engrasado, el vuelo ciego de una polilla...

Ismaíl volvió a sentir el calor del enclaustramiento, la impaciencia de

las palabras, su sonido de melodía cargada, mientras escuchaba a Helena y se daba cuenta de los segundos transcurridos entre la simple resonancia de la voz y el significado de lo que había dicho. Tuvo que retroceder sobre sí mismo, como pisando sus propias huellas, para comprender todo el alcance de la frase.

—*Ella* sabía que la estaban envenenando, pero no tenía fuerzas ya para hacer nada —había dicho Helena.

Fue entonces cuando la conversación empezó a derivar inevitablemente hacia aquella noche lejana y brumosa en que al menos uno de los dos niños que estaban ocultos tras el seto del jardín oyó o creyó oír una conversación en el cenador, donde los adultos se retiraban para tomar la última copa, mientras caía la noche con una brisa ligera y punteaban ya en el cielo las primeras estrellas y el aire se iba llenando de un sonido profundo de ramaje y de bosque, el graznido de una lechuza, los ladridos de un perro, las voces alzadas en aquella mesa de mármol, incomprensibles de pronto para el niño, que se decidió, incrédulo, a levantar el cuello por encima del seto de boj, quizá con la esperanza de ahuyentar sus temores y comprobar que todo aquel revuelo se debía sólo a un malentendido, a una broma quizá, a una representación fingida, como la que suelen escenificar los actores ante el público de un teatro.

—Tu hermano me contó lo que escuchó aquella noche —continuó diciendo Helena—. Tú estabas con él, pero eras muy pequeño y seguramente no recuerdas nada. Pero él, sí. Él ya tenía edad para entender y para tomar partido.

—¿Qué te contó? —preguntó Ismaél desde una voz ronca que parecía salida del fondo de una caverna, pero en realidad estaba tratando de recordar él mismo, forzándose hasta el límite de su memoria sin lograrlo.

—Me dijo que tu padre le dio a *Ella* la opción de elegir. Al principio, la discusión había empezado de una forma violenta, con voces subidas de tono y algún golpe sobre la mesa de mármol, que fue lo que alarmó a Viktor. Z anum le preguntó varias veces adónde pensaban ir. Tu madre no cesaba de negarlo todo, pero estaba muy asustada y balbuceaba. Decía que Gjorg jamás había conspirado contra el poder popular, que tenían que ser pruebas falsas, una insidia de alguien interesado en su ruina. Pero Z anum no la dejó acabar de hablar. Le mencionó una serie de nombres y dijo algo que tu hermano recuerda muy bien, dijo: «Quien ha sido capaz de engañar a un amigo, por qué no iba a poder traicionar a su país». Entonces fue cuando *Ella* debió de darse cuenta de que todo estaba perdido, de que estaban ya sentenciados. Después, curiosamente, la intensidad de la disputa fue rebajándose poco a poco, ella dejó de resistirse, como esos náufragos que al final, cansados de una lucha inútil,

ya no se esfuerzan por sobrevivir y se entregan resignadamente. Le puso a tu padre una mano sobre el antebrazo y le dijo: «Por favor, decide tú lo que haya que hacer». Ésa es la frase que escuchó tu hermano.

Ismaíl alzó los ojos despacio. A veces una mirada puede ser la mayor concentración de misterios a la medida del hombre; de la tristeza llana o impotente; del abatimiento; de la curiosidad momentánea e inaplazable; del miedo arrastrado durante años de premoniciones y lentos exterminios.

—¿Piensas que *Ella* era totalmente consciente de lo que significaba aquel veredicto? —preguntó.

—Seguramente. Yo creo que lo único que quería era acabar de una vez con todo aquello. —Helena se había echado de lado sobre los almohadones y tenía la cabeza apoyada sobre una mano mientras con la otra acariciaba indolentemente a Ismaíl, como si rozase el lomo de un cachorro adormecido. Desde esa posición continuó hablando sin dejar de confortarlo con una ternura lánguida, casi furtiva—. Después de esa conversación, tu madre se levantó cansinamente y se fue a su cuarto. Z anum todavía permaneció sentado en el jardín durante un buen rato. Sólo se oía su respiración entrecortada por un llanto agitado y fuerte; una respiración de animal viejo. Tu hermano Viktor lo vio así, llorando, y esa imagen lo impresionó profundamente, más que todo cuanto había oído hasta entonces. —Helena se quedó un rato en silencio y luego añadió—: Viktor siempre quiso mucho a tu padre. De pequeño le tenía auténtica devoción.

—¿Quieres decir que le pareció bien! —exclamó Ismaíl con incredulidad.

—No era más que un niño —le replicó Helena, saliendo en defensa de su marido.

—¿Y ahora? ¿Qué piensa ahora de aquello? —El tono de Ismaíl se había vuelto irritado y áspero como el pellejo de un estercón.

—Supongo que en el fondo de su alma está convencido de que todos nos traemos nuestras propias desgracias y de que, en mayor o menor medida, también somos responsables de ellas. —Helena se ausentó unos minutos con la mirada y dejó de acariciar la espalda de Ismaíl como si se hubiera abstraído de pronto en una reflexión íntima.

—¿Cómo se enteró mi padre de la relación entre *Ella* y el doctor Gjorg?

—Yo creo que lo supo siempre —respondió Helena, saliendo de su ensimismamiento—, o al menos desde que volvisteis de aquel viaje a los Alpes, después de tu convalecencia. Según me contó Viktor, no eran capaces de ocultarlo, se les notaba en la manera de hablar, de mirarse.

En ese momento, Helena e Ismaíl se miraron también sin decir nada, como si hasta entonces no hubieran caído en la cuenta de que también ellos se encontraban en una situación similar y que, del mismo modo,

podían atraer la desgracia o el infortunio hacia sus propias vidas o hacia las de otros. Entonces, Ismaíl rodeó el rostro de Helena con las manos y la besó suavemente en la frente, como si quisiera borrar con sus labios la negrura de aquel pensamiento.

—Al principio trataron de tomar precauciones —continuó ella con la voz más débil, pero sin perder el hilo—, incluso intentaron dejarlo, y parece que Gjorg quiso poner tierra por medio. Se fue al Cáucaso, creo, varios meses. Pero regresó y entonces ya no se pudo hacer nada.

—¿Y por qué mi padre no tomó medidas contra él cuando todavía estaba a tiempo, en lugar de vengarse en mi madre?

—No lo sé... Tal vez pensaba que las cosas entre hombres se resuelven de otro modo.

—¿Y Gjorg no trató de defenderla, no hizo nada para evitar su muerte?

—Creo que no supo lo que estaba pasando hasta el final. Los síntomas de envenenamiento por ricina son muy parecidos a los de una gripe: fiebre, malestar general, pérdida de peso. La ricina era la sustancia empleada habitualmente por los servicios secretos con los disidentes de dentro del aparato. Las últimas semanas Zanum consintió en añadir a la infusión unas gotas de cloral a la dosis para calmarle el dolor, cuando *Ella* ya estaba muy enferma.

Helena calló de nuevo. Hizo otra pausa y se incorporó, sentándose con la espalda contra la pared y las piernas cruzadas en la posición del loto. Tenía el cabello suelto por encima de los hombros, sobre el jersey oscuro, que resaltaba todavía más el color de oro viejo de su melena. Al verla así, Ismaíl recordó de golpe una escena muy remota que había presenciado en una aldea marinera cercana a Durrés donde veraneaban de niños. Una tarde, los pescadores sacaron del fondo del mar entre sus redes la máscara funeraria de una princesa micénica, y la llevaron en barca hasta la orilla. Después la colocaron en un tractor de la vendimia lleno de flores, mientras una procesión de mujeres la seguía hasta el pueblo en silencio. A Ismaíl le había intrigado sobre todo el rostro de la princesa, con un ojo hundido, su serenidad, el color dorado exactamente del mismo tono que el cabello de Helena, de un oro muy puro, y la barbilla ligeramente abollada por algún golpe. Él era muy pequeño entonces, pero percibió en aquella escena algo extraño que no conocía. Quizá lo que más llamó su atención fue una especie de fervor oculto que notaba entre los pescadores, como si llevaran a una virgen. Una mezcla de miedo y de ofrenda. No estaba acostumbrado a los misterios de la fe.

Ismaíl se quedó unos segundos abismado en el recuerdo, mirando el cielo verde y efervescente que se recortaba como la piel de una ciruela por encima de la cofa acristalada de la Rotonda, los ojos brumosos, una pierna

montada sobre la otra, balanceándose en silencio, las manos hundidas hasta las muñecas en el cabello de Helena, que descansaba sobre un almohadón de arabescos.

Vivían en el interior de una burbuja, casi enemigos hasta pocos días antes y ahora reconociéndose cada uno en la mirada del otro, en la voz, en las confidencias; vinculados no sólo por los sentimientos complicados, tumultuosos y transgresores que los atormentaban, sino también por otras pasiones anteriores a la suya, por su oscuridad y su vacío.

—¿Qué sientes? —le preguntó ella en voz muy baja.

—Remordimientos —dijo.

XVI

El remordimiento era para Ismaíl una emoción asidua y densa, el cañamazo con que se tejían las otras pasiones, la del deseo y el amor. Se trataba de algo envolvente como el aire y también electrizante, a veces sin forma exacta, sin olor ni tacto, entrelazado con la misma sustancia de los recuerdos, de cualquier recuerdo, como el de la luz húmeda y dorada de después de la lluvia en primavera, cuando Viktor y él salían a cazar saltamontes de alas azules y los guardaban en grandes cajas de fósforos. Se acordaba del roce mínimo de las patas y de las antenas contra el cartón. O cuando iban de excursión al monte Dajti con otros niños y jugaban a perseguirse unos a otros; a veces se peleaban, maltratándose ferozmente, pero al menos él tenía la suerte de tener un hermano mayor que siempre salía en su defensa. Viktor nunca dejó de ejercer ese dominio protector sobre él. Llegaban a casa oliendo a resina y a forraje, con las rodilleras de los pantalones manchadas por el jugo verdoso de la hierba. Su madre salía a esperarlos a la puerta de la villa, cada vez más delgada y más pálida. Se inclinaba hacia Ismaíl para levantarlo del suelo y lo oprimía fuertemente contra sí, como si supiera que no iba a tener tiempo de verlo crecer.

Viktor y él lo habían compartido siempre todo, los juguetes, los cromos de hazañas bélicas, una enciclopedia infantil ilustrada en la que iniciaron su mutua fascinación por los vikingos que remaban a través de los larguísimos ríos rusos en sus barcas de pieles y cuerdas hechas de pellejos de morsa; juntos profundizaron en las enseñanzas de la geografía y la botánica, disciplinas que contenían para ellos la misma sugestión que los sueños de viajes. Por mediación de su hermano, Ismaíl había conocido el misterio de los glaciares que dragan sus estelas a través de cientos de millas y el enigma de los fósiles de millones de años de antigüedad. A veces, Ismaíl se quedaba mirando la ilustración de un libro cuyas letras todavía no era capaz de descifrar, mientras Viktor leía la historia de una tribu de Tombuctú que intercambiaba sacos de sal por oro. Dos niños que crecen juntos contra el mundo, con la única fuerza de su unión, como si fuesen uno solo. ¿Pero qué significa realmente ser uno solo? ¿Acaso la protección no es una forma de vasallaje que supone cierto menosprecio?

Compartir todas las cosas acaba despertando deseos de otra forma de posesión. Cuando Ismaíl veía por la noche el tren de Vologda sobre la estantería del cuarto infantil, con sus puertas plateadas y la luna pendiendo del cielo, hinchada como una fruta china, tenía la convicción de que no todo estaba en su sitio. Había algo vivo en aquel tren, mezclado también con un sentimiento de culpa.

Lo que Ismaíl comenzaba a aprender ahora sobre su hermano a través de Helena no era algo que éste hubiese querido ocultarle conscientemente, sino que se trataba de una clase de conocimiento al que sólo podía accederse por intimidad sexual. Cuando acariciaba la espalda de su cuñada, cada centímetro de piel era un microcosmos que lo aproximaba más al universo de Viktor, cada una de las células de su amante desencadenaba en su mente el descubrimiento de la mortalidad propia. También el orgasmo tenía que ver con el ascendiente de la luna.

La primera vez que Ismaíl soñó con ella se despertó sudando, con la respiración completamente alterada. La ira que había sentido era de la misma naturaleza que la que había experimentado ante ella desde el principio. La única luz que entraba en el recinto era la procedente del exterior, de los árboles blancos y de la ciudad, más allá. En el sueño, la claridad resbalaba sobre el cuerpo de ella como si la iluminase por dentro. Había unas escalinatas, altas plataformas superpuestas al modo de una pirámide truncada y la presencia astral era como fría. Él deslizó las uñas bajo la hendidura de su omóplato, suavemente al principio, más fuerte después, hasta dejar cuatro rasguños marcados en la piel. La zarpa de un tigre. «Este hombro es mío —pensó—, de nadie más, me pertenece sólo a mí», y acercó sus labios a la sangre fresca como un animal sediento. Uno puede marcharse, alejarse de la persona que ama, atemorizado por un sentimiento indebido, o puede esperar una respuesta durante toda la eternidad. Pero no puede renunciar al amor sin matarse a sí mismo.

Como amantes, en las pocas horas de que disponían se entregaban el uno al otro, despiadadamente, como si se estuvieran ofrendando en sacrificio. El remordimiento era el fluido que los mantenía vivos, despiertos, conservando en ebullición toda la química de sus cuerpos, un veneno imperceptible y fácil de ingerir que les aceleraba los golpes del corazón, les latía en el pulso y les daba un brillo especial a sus pupilas. El día que Ismaíl sorprendió a Helena en su cuarto leyendo su cuaderno de poemas se acercó a ella sin hacer ruido, convertido de pronto en un ser sin sombra, sigiloso, un hombre que no deja huellas. Cuando sus miradas se encontraron, lo primero que intentaron ver fue el raudal de los pensamientos del otro. Helena dio un paso hacia atrás, un gesto retráctil, instintivo, pero inútil. Estaba frente a él, delante de la pared blanca, con

toda su verdad al descubierto y aquella mirada. No fue un sueño, después, la mano de él dibujando su boca antes de atraerla e inclinarse para besarla. Ni cambió su rostro al contacto húmedo y cálido de la lengua, sino que se transfiguró ella entera por completo, de arriba abajo. El vértigo, la ingravidez en el estómago... Permanecían allí de pie, inmunes, sin hablar, sin poder decir ni una palabra, ni pensar en nada que no fuera aquella urgencia que los tenía clavados, apoyados el uno contra el otro, las bocas mordién dose con un brillo de impaciencia. Casi sin resuello, subieron hasta el último piso de la torre, por la escalera interior, sin luz, los botones de la camisa de ella casi arrancados en la misma puerta del desván, desesperados ante la dureza de la cerradura a la que había que encontrar el punto antes de girar. Se miraban con una seriedad desarmada parecida al miedo, con una mutua sensación de avidez y de fatalidad. Entraron de golpe en el aire cerrado. Ismaél abrió el baúl de castaño y con las telas que encontró en su interior improvisó un lecho sobre el que se tendieron. Desató la cinta con la que ella se sujetaba el pelo en la nuca y toda la melena quedó desparramada sobre los hombros, un mechón cubriéndole parte del rostro que ella contraía en un gesto casi doloroso cuando trataba de incorporarse para ver cómo iba siendo desnudada. Los leotardos de lana un poco desgastados en el talón, las bragas blancas sobre los listones de madera del suelo, las manos de Ismael subiendo por sus muslos, acariciando la marca que el elástico demasiado apretado le había dejado en las ingles. A él, con el deseo, se le marcaba la vena azul de la frente en forma de Y invertida, y al inclinarse, sus facciones se cargaban y se transformaban como si se hubiera convertido en otro hombre menos joven, porque el pasado estaba allí con todo su peso, acrecentado en la convulsión de los cuerpos, y ninguno de los dos podía abolirlo. Notaba en el sexo que se estaba acercando el ímpetu de la culminación, pero no quería rendirse todavía, no queda que el deseo acabara. Pasó la lengua por los párpados de Helena, primero el derecho, después el izquierdo. Empezaban las contracciones. Para no correrse invocó desesperadamente el miedo de una persecución, las sirenas giratorias manchando el asfalto de la ciudad universitaria con ráfagas de cobalto y el dolor de una descarga eléctrica subiéndole por la manga del jersey; miedo a haber hecho o dejado de hacer algo imprescindible, de haber cometido un error que desencadenaría la catástrofe, miedo al timbrado en la puerta, miedo a las cartas con membrete oficial, a las citaciones judiciales, a los coches negros que vienen de frente por la carretera con los faros apagados, miedo a la devastación insensata del amor y a la soledad, miedo a causar la ruina a la mujer que amaba, al estampido que rompe el silencio en una noche de mal sueño, miedo

encrespado y creciendo como un animal alojado dentro de uno mismo. Pero no era sólo miedo lo que había en sus pupilas mientras se contenía desesperadamente, sino la claustrofobia del amor oculto. Apoyó con fuerza las palmas de las manos contra el echarpe azul que hacía de almohada, los tendones del cuello en tensión, las clavículas afiladas, la marca de una cicatriz infantil sobresaliendo rosada en la piel del hombro. Entonces ella se irguió como levantada por un golpe geológico y le envolvió las caderas con los muslos, aferrándose a su cuello, las aletas trémulas de la nariz, la frente sudorosa igual que el vello empapado del vientre en el que se sumergía a un ritmo cada vez más sofocado. Jadeaba como si se quejase, casi inconsciente, extraviada en un sueño demasiado intenso, intentando a toda costa no desmayarse, no acabar de perder el último asidero en el placer. Dijo el nombre de él muchas veces seguidas, con la cara hundida en su cuello: Ismaíl, Ismaíl, Ismaíl..., con una entonación que no tenía nada de dulce, sino que era como la voz de los mineros cuando se buscan en una galería después de un derrumbe, con una ebriedad cada vez más creciente, respirando cada uno el aliento del otro, desvaneciéndose ya sin ninguna posibilidad de contención. Abrió la boca y apretó entre los dientes el trozo áspero de la tela que encontró más a mano para sofocar el grito que le rompió las entrañas cuando se sintió de golpe inundada por un chorro de semen denso y caliente, como si ella misma se diluyera entera en esa sustancia líquida con los últimos espasmos de violencia masculina.

«Me destruyo», dijo al final Ismaíl en su oído, con la voz ahogada de la entrega. Pero esta vez «destruirse» no era sólo la palabra albanesa que designa el momento cumbre del orgasmo, sino quizá una sentencia íntima referida a lo más inconfesable de sí mismo.

XVII

De niño, Ismaíl escuchaba las historias de Hanna tumbado boca abajo sobre la alfombra, ansioso o adormilado durante las largas tardes en la villa, mientras ella cosía en el zaguán. Enhebraba las palabras del mismo modo que hacía con el hilo tenso, extendido hacia arriba, mientras el filamento de la aguja brillaba entre sus dedos. Guardaba los botones blancos de las camisas en una pequeña caja de lata; cada vez que la movía, se oía cómo tintineaban en su interior, igual que dientecitos de leche. Entonces, la nodriza húngara era una mujer morena de brazos fuertes y grandes senos que se expresaba a menudo por medio de refranes campesinos: «Año de nieves, año de aceite»; «Año bisiesto o hambre o peste»; «Agua de mayo, pan para el año»... Entre todas las voces que conocía Ismaíl, aquélla era la única que le hablaba a una parte de su alma anterior a cualquier recuerdo, porque la había estado oyendo desde la cuna. De noche le bastaba escucharla canturrear por la casa para que se desvanecieran las otras voces que en ocasiones lo despertaban con un escándalo de ira, los silbidos del viento, los motores que se detenían por la noche junto a la puerta de la casa, el sonido de pasos de su padre que hacían crujir la madera en el piso de arriba, los carboneros con su saco al hombro y la cara tiznada de negro que aparecían caminando entre los cipreses como fantasmas de ojos saltones. Muchas veces, Ismaíl había ido a refugiarse bajo las voluminosas faldas de Hanna, que olían a pan y a hornillo. Ahora, sin embargo, parecía que la niñera hubiese encogido dentro de su propio cuerpo. Aunque conservaba el rastro de su antigua fortaleza en los brazos, sin embargo, tenía la espalda arqueada y la boca se le había sumido como la de un pajarito. Seguía vistiendo de oscuro, pero se había puesto sobre los hombros un pañuelo zíngaro de colores vistosos, como era costumbre en su tierra. Un detalle de coquetería para recibir al invitado. Ismaíl le pasó su brazo derecho sobre los hombros y la estrechó suavemente, como si tuviera miedo de romperla.

La familia de Hanna provenía de una aldea de la región de los Cárpatos. Su abuelo había forjado un pequeño patrimonio, complementando la economía agrícola con la fabricación de tinturas para el cuero y las telas. Cocían el tinte en grandes barricas, donde se

condensaba la mezcla en un espeso líquido azul intenso o rojo que desprendía un olor muy agrio. Después lo transportaban en carros desde las laderas del monte Mátra hasta Budapest. Pero Hanna no estaba hecha para ser tintorera, se le enrojecían los ojos y le ardía la piel de las manos. Así que un día, con más de treinta años y un pequeño hatillo de ropa, decidió abandonar la matriz del Danubio y seguir el rumbo de sus afluentes, que marcaba el camino de la emigración. Cuando llegó a la mansión de los Radjik era ya una experta cocinera que había trabajado durante años en los mejores hoteles de Praga y Bratislava. A Ismaíl le gustaba especialmente cómo preparaba el *gulasch* relleno de ciruelas y rociado con cerveza caliente, o los pasteles de sésamo y canela. La cabeza de Hanna estaba llena de historias, igual que una maleta. No tenía asignada una atribución concreta en las tareas domésticas, pero su presencia sostenía los cimientos de la villa como una viga maestra, sobre todo desde que nacieron los niños, y probablemente hubiera continuado en la casa hasta el día de su muerte de no ser por lo que ocurrió.

Pero siempre ocurre algo. Existe ese momento en que todo cambia, las vidas que parecían lineales y previsibles experimentan un vuelco, el mundo se transforma. A veces no son grandes sucesos, sino pequeños detalles, cosas insignificantes que van creciendo como la brasa que origina el incendio.

—El tiempo trae y lleva las cosas —dijo Hanna con voz resignada—, cada instante tiene su punto de maduración, igual que las cerezas. Un día el doctor Gjorg se inclinó a recoger un pañuelo que se le había caído a tu madre en el umbral de la puerta. Parece que lo estoy viendo agachándose y después levantándose, enfundado en su grueso abrigo azul marino como un galán de cine. Otro día de primavera comenzó a dar pasos de baile a lo largo de la galería mientras sonaba una balalaica en la radio, después la enlazó a *Ella* por la cintura, tratando de vencer su resistencia, y la envolvió dentro de un remolino de oro. Recorrieron todo el pasillo, dando pasos improvisados sin mucho sentido del compás, pero con esa gracia espontánea de los jóvenes. Un, dos, tres; un, dos, tres... Hacían muy buena pareja. Z anum los observaba sentado en su sillón con una sonrisa condescendiente, pero yo noté que tenía las mandíbulas apretadas, como si todas las muelas estuvieran encajadas a la fuerza. El sol entraba por los arcos de las cristaleras y tu madre se reía con la cabeza un poco inclinada hacia atrás, de un modo inofensivo, como los niños cuando los tomas de las manos y los haces girar por el aire. Cuando Viktor y tú erais pequeños os encantaba que os dieran vueltas así, hacer el avión lo llamabais, ¿te acuerdas? Tu madre a veces se comportaba igual que una niña, recorriendo la galería de un extremo a otro, libremente, dando brincos...

Así ocurren las cosas, una detrás de otra, sin que nadie perciba su gravedad hasta que ya es demasiado tarde... —La mirada de Hanna no era ausente, sino más bien nublada, parecía estar vuelta para sus adentros y tenía un matiz levemente compasivo, como si estuviera rebajando ella misma la crudeza de sus propios juicios y opiniones, con esa clase de abatimiento que es patrimonio de las personas que han vivido mucho y entienden más cosas de las que pueden aceptar—. Los sentimientos intensos son como un desvarío, hijo —añadió, sentenciosa, cruzando las manos sobre el regazo—, aprietan la sangre dentro del corazón y esparcen desgracias a su paso, quebrantos que podrían haberse evitado. Los viejos deberíamos enseñar esta clase de cosas a la gente joven, pero quién iba a querer aprender si nadie escucha, nadie quiere ver ni oír ni saber nada que contradiga sus anhelos, aunque le vaya la vida en ello. El amor es ciego para todo aquello que no sea su propio extravío, y también es necio, sordo e impaciente. Un vendaval que abre las ventanas de golpe. Créeme, todos los amantes viven en un mundo inventado... Si algún día llegas a los ochenta años, comprenderás de qué te hablo. —Hanna levantó los ojos hacia Ismaíl, que aún permanecía de pie, apoyado contra un saliente de piedra, en el hueco de la ventana. No lo miraba para buscar su aquiescencia, sino como si quisiera cerciorarse del efecto que le causaban sus palabras. A pesar de los años seguía siendo una mujer observadora, con una agudeza excepcional para indagar en los rostros de las personas—. Pero en el fondo todo el mundo sabe, aunque no quiera saber —continuó diciendo—. Sabe en qué momento cambian las cosas y cuándo se tuercen; sabe quién va a defenderlo hasta la muerte, y más allá a veces, y quién va a traicionarlo. ¿Cuál es la verdadera traición?, ¿cuando alguien desea algo que también nosotros deseamos o la inquina que uno desarrolla en sí mismo, dentro de su corazón y en su voluntad, al querer aplastar ese deseo ajeno? ¿Lo sabes tú? ¿Lo sabe alguien?

Aunque el doctor Gjorg era bastante más joven que Z anum, ambos habían luchado juntos en la Resistencia, eran camaradas, amigos de sangre, como decís los albaneses. En una ocasión le salvó la vida, cerca de la laguna de Korcë. Fue durante una emboscada de los alemanes. Seguramente ya lo habrás oído contar. El comandante estaba al frente de la partida y llevaban una semana cercados en esa ciénaga llena de sapos y mosquitos. Mientras avanzaban entre los juncos, la sombra de un avión les pasó por encima e hizo estallar el matorral donde se habían refugiado; murieron cinco hombres. A Z anum lo sacó en hombros el doctor con una pierna casi separada del tronco. —Ismaíl hizo un gesto con la cabeza, dándole a entender a Hanna que conocía la historia, se la había oído a su padre cientos de veces—. Pero en la guerra no hay traiciones —siguió la

anciana—, o si las hay, no son nada comparadas con las que tienen lugar en tiempos de paz. —Hanna se detuvo otra vez. Según hablaba, iba sopesando sus palabras, como si dudase entre contar o no contar algo. Cuando se decidió a proseguir, en su voz había una especie de zozobra contenida—. El doctor Gjorg era un hombre entusiasta, lleno de energía, de esas personas que contagian su vitalidad y su alegría. A las mujeres nos gustan los hombres así, que nos hagan reír, que nos escriban cartas apasionadas, que nos halaguen y nos obsequien. —Los ojos de Hanna se habían suavizado ahora con esa añoranza de las personas muy mayores cuando recuerdan su propia juventud lejana y acaso también convulsa, salpicada de vuelcos y renunciaciones, o errores, quién sabe... Al final de cualquier vida siempre hay demasiados recuerdos. Pero el alejamiento de su mente duró apenas unos segundos. En seguida volvió a referirse al doctor Gjorg—: Él iba y venía de sus viajes —continuó diciendo—, y no se sabía nunca cuándo iba a regresar. Desaparecía y aparecía como un mago cargado de regalos para todos. Una vez, antes de que tú nacieras, le trajo a tu madre una de esas muñecas rusas que están encerradas unas dentro de otras. En los últimos tiempos, a *Ella* le gustaba abrirla constantemente. Yo creo que buscaba dentro de la muñeca algo que no podía encontrar en el interior de sí misma. —Hanna se detuvo de nuevo, como si se hubiera dado cuenta de que se estaba alejando otra vez del asunto de la conversación—. Ay, perdóname, hijo, ya sé, ya sé que divago, los años no perdonan, los recuerdos se me amontonan en la cabeza y pierdo el hilo. La semana pasada me asusté, porque mientras regaba las macetas de los tulipanes me dio un vahído. No llegué a desvanecerme, pero mi mente se quedó completamente en blanco durante unos minutos que me parecieron eternos. No veía nada, no recordaba nada, no sabía dónde me encontraba. Me asusté de veras. No porque le tenga miedo a la muerte; como comprenderás, a mis años una aprende a convivir con esa idea. Lo que me da miedo verdaderamente es perder la memoria, morirme sin haber cumplido la única promesa que hice en mi vida. Por eso te he hecho venir.

Ismaíl todavía no había despegado los labios. Escuchaba en silencio, sin mover un solo músculo del rostro, con las pupilas muy concentradas. En el fondo de su expectación había un punto de recelo, como si de algún modo intuyera o vislumbrara ya adónde quería llegar Hanna.

Entonces fue cuando la niñera se decidió a reconducir la charla para ir directamente al grano. Lo hizo después de un suspiro largo, tomando impulso, pero con tiento. La tez se le había oscurecido. Era de color mate ahora, como la madera talada, sus ojos, dos puntos diminutos y brillantes.

—Verás —empezó diciendo—, la relación de tu madre con el doctor

Gjorg venía durando ya demasiado tiempo. Yo me convertí en su confidente y en su cómplice incluso. Era difícil no ceder a su entusiasmo. No sé cuántas veces traté de prevenirla y le aconsejé sensatez, pero fue inútil. Los dos se encontraban en una especie de estado de gracia, por encima de la realidad, y aunque tomaban algunas precauciones, lo cierto es que su propio enamoramiento los mantenía alejados del sentido común. ¿Sabes qué es lo que más desea una mujer cuando ama a un hombre? No me refiero a cuando lo quiere o siente simplemente simpatía hacia él, o afinidad e incluso gratitud, sino cuando lo ama de verdad, por encima de todas las cosas. —Ismaíl negó tímidamente con la cabeza—. Pues cuando se ama así a un hombre, lo que más desea una mujer es tener un hijo suyo —continuó Hanna—. No se trata de una elección sopesada, sino de una necesidad, una especie de frenesí, de locura, si quieres llamarlo así. Tu madre estaba enamorada hasta ese punto. Necesitaba tener ese amor dentro de ella para siempre. No pensó nada más, no calculó las consecuencias. ¿Y sabes lo que ocurre cuando al preparar un dulce no se calcula la cantidad de levadura que hay que ponerle? La masa se levanta como una montaña hasta que revienta, desparramándose fuera del molde. Igual ocurre en el corazón humano cuando lo inflama la pasión: se desborda. —Hanna carraspeo un poco. Cuando volvió a hablar, su voz parecía un hilo finísimo a punto de quebrarse—. Al final de aquel otoño —añadió Hanna en un tono muy bajo— naciste tú.

Hanna calló de nuevo y observó a Ismaíl con sus ojos que habían visto demasiado, más de lo que hubieran querido ver, sin duda; ojos pequeños y líquidos, empañados por un velo de linfa. Se lo quedó mirando así durante un instante de silencio, con aire fatigado, las dos manos anudadas como raíces sobre el regazo de la falda.

—Zanum no imaginó nada. No en aquel momento, al menos —continuó diciendo con la voz más segura, ahora que ya había contado lo más difícil—. Tu madre seguía siendo afectuosa y solícita con él, incluso más que antes. Te preguntarás cómo conseguía aparentar ser una esposa cariñosa mientras llevaba en las entrañas un hijo de otro hombre. Te parecerá una monstruosidad, pero las cosas no son tan simples, hijo. No creas que tu madre tenía que esforzarse en fingir que quería a su marido. En realidad le tenía afecto y sentía un poco de piedad hacia él. Lo quería como se quiere a un padre o a un hermano mayor un poco pesado a veces. Te sorprenderías si supieras cuántas mujeres conciben un hijo de otro hombre dentro del matrimonio sin que ellos alberguen nunca la menor sospecha. Esas cosas han sucedido siempre, y siguen sucediendo. No, a tu madre no le costaba ser amable y bondadosa con su marido. Por lo menos al principio. Después, las cosas se complicaron, y donde a ella realmente le

costaba cumplir con sus obligaciones de esposa era en la cama. Fue entonces cuando Z anum empezó a sospechar, pero ya era demasiado tarde. Uno siempre se da cuenta de todo demasiado tarde... —Y mientras hacía esta última reflexión, los ojos de la anciana volvieron a ausentarse, más diminutos aún y velados.

Ismáil no dijo nada. En su silencio no había desconfianza, sólo espontánea y franca estupefacción. Se levantó y dio unos pasos inseguros, como si estuviera un poco desorientado. Después salió de la habitación y se dirigió a la puerta trasera de la casa. Allí, sentado sobre el escalón de piedra, encendió un cigarrillo, arrojó la cerilla lejos y aspiró una bocanada de humo profundamente.

Hanna lo dejó ir. De la naturaleza humana había aprendido que incluso en la desolación más íntima, en el mayor extrañamiento, es necesario un tiempo de estar a solas con uno mismo antes de poder compartirlo con nadie. Así que permaneció ella también en silencio, con la frente ensombrecida, encogida dentro de su echarpe zíngaro de colores, como si sintiera frío.

XVIII

Por encima de los tejados, el cielo tenía un color pálido, levemente azufrado, pero hacia el noroeste estaba completamente negro, con unas nubes densísimas sobre las lomas que rodeaban la aldea de Ndroq y entre las peñas afiladas, que a veces destellaban con el resplandor de un relámpago cuyo estruendo llegaba retardado como el eco de una batalla lejana. Hanna se resintió un poco de los huesos al levantarse. A pesar de ser media mañana, en el exterior estaba cuajándose una penumbra propia del anochecer. Encendió la luz y afianzó los batientes de la ventana. Poco después, un rayo que cayó más cerca que los demás provocó un apagón y empezó a llover con fuerza. Ismaíl entró de nuevo en la cocina, sacudiéndose el pelo mojado, y vio a Hanna a la luz de las velas conversando con el perro, que hundía el hocico entre sus pies.

—A medida que se hace viejo, las tormentas lo asustan cada vez más —dijo la anciana acariciando la cabeza del animal.

Ismaíl acercó una silla a la mesa y se sentó. Los dos permanecieron juntos, en silencio, escuchando el tiritar de los cristales, la caída del agua vertical y densa sobre la tierra del patio, los ruidos de la madera al acomodarse.

—¿Recuerdas cuando eras pequeño y me pedías que te contara de dónde venían los truenos?

—Sí —dijo Ismaíl.

Con los ojos cerrados durante un instante le pareció encontrarse de nuevo tumbado boca abajo sobre la alfombra turca de uno de los salones de la villa, mientras Hanna le contaba la leyenda del *beshabar*, un viento sombrío procedente del norte del Cáucaso que al soplar por encima del mar Negro se arremolinaba enfurecido, cargando el vientre de las nubes con lanzas de plata. Entonces, mientras escuchaba a la niñera sumido en esa clase de expectación que es exclusiva de la infancia, soñaba que se hallaba a bordo de un navío, y ese sentimiento violento y lejanísimo le volvió intacto de pronto a la memoria. La casa de Hanna se había convertido ahora en un barco zarandeado al igual que las viejas galeras de cedro que cruzaban el mar Negro, calafateadas de betún y vestidas con velas de lino. Cuando al cabo de un rato se alejó la tormenta, Ismaíl se

dispuso a cambiar los fusibles y de nuevo la luz iluminó la pequeña habitación donde se encontraban.

—Hijo, no debes atormentarte más —exclamó Hanna al comprobar por el semblante de Ismaíl que todavía permanecía sumido en el desconcierto que le había provocado su confesión. Sentía compasión hacia él, pero pensaba que nadie puede ir por la vida ignorando ciertas cosas, porque hay una clase de conocimiento que las personas necesitan para entender su lugar en el mundo: saber de dónde viene uno, quién es... Así era al menos para ella, hija y nieta de campesinos húngaros. La gente humilde no oculta nada, sólo las familias importantes tienen secretos, se dijo. Pero aun así le llamaba la atención que en todo aquel tiempo a Ismaíl no le hubiese llegado el rumor por alguna vía, conociendo cómo es la gente en Albania, tan amiga de hablar—. Si lo piensas bien, todos somos hijos del azar —continuó diciéndole a Ismaíl con intención de apaciguar su ánimo—. Al fin y al cabo, nuestro padre y nuestra madre no son más que meros instrumentos de los que en un momento dado se ha servido la vida. Mírame a mí. Yo no he tenido hijos y, sin embargo, ya ves... os he tenido a vosotros, que habéis sido como mi familia. Y también el azar se ha valido de mí hace muchos años y se está valiendo ahora...

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Nada. Ni yo misma sé ya lo que digo —afirmó, interrumpiéndose momentáneamente como si su conciencia le hubiera dado un aviso y temiera de pronto hablar más de la cuenta o antes de tiempo—. Pero aguarda un instante —añadió, enigmática, incorporándose—. Te voy a enseñar una cosa.

Con pasos cadenciosos se dirigió al mueble que había a un lado de la sala. Ismaíl se fijó en el televisor apoyado sobre la repisa. Estaba cubierto por un paño blanco de ganchillo que le daba cierto aire de altar. Encima del tapete reposaba un ciervo de escayola. Toda la estancia rezumaba el olor inalterado de los ambientes humildes, una mezcla de naftalina y espliego. Hanna regresó al instante, con una caja de lata en las manos que había extraído de uno de los cajones. Era rectangular y dorada, como las utilizadas para envasar el dulce de membrillo, con el dibujo del árbol frutal en la tapa. Rebuscó entre todos los papeles amarillentos y recuerdos que contenía hasta que al fin encontró la fotografía que buscaba.

—Míralos, aquí están —dijo, sosteniendo la foto en sus manos un poco temblonas.

Ismaíl clavó los ojos en las figuras en blanco y negro que centraban la composición. Reconoció enseguida el rostro de su madre, los pómulos anchos, el remolino en el nacimiento del pelo que le abría la raya al lado izquierdo, la barbilla en óvalo, bien delineada. Sin embargo, había en su

expresión algo abstracto, demasiado serio, que no formaba parte de la imagen dulce que Ismaíl recordaba, una especie de veladura, como esas caras herméticas de los desconocidos que con el tiempo han ido perdiendo identidad para convertirse en rostros anónimos del pasado. Miró al hombre que posaba de pie junto a ella, alto, con las cejas muy pronunciadas, sin acabar de ajustar tampoco su recuerdo infantil del doctor Gjorg, casi mitológico, con la figura de aquel joven grave y desgarbado, del que nunca hasta aquel momento había visto ningún retrato. Estaban detrás de una tribuna sobre la que ondeaba una bandera del partido comunista. Ismaíl pensó que probablemente se encontraban en algún acto oficial, un desfile o un mitin; al fondo se adivinaba, borrosa, una multitud agolpada en las gradas. Los dos iban vestidos formalmente. Ella, con un vestido claro, con hombreras, y él, con traje oscuro de rayas sobre el que sobresalía el puño muy blanco de la camisa. Ismaíl se fijó en la correa del reloj que rodeaba su muñeca y entonces, de pronto, se acordó de algo que hasta ese instante había permanecido sepultado en las capas más profundas de su memoria. Se acordó de haber visto una vez el destello intensísimo de unas agujas y unos números en la oscuridad. Su color verde no se parecía a ningún otro, porque nunca hasta entonces había visto nada igual, y como en un relámpago de azufre apareció ante él, perfectamente nítida, la esfera de aquel reloj grabada con el dibujo de un dragón fosforescente cuya cola estaba enrollada alrededor de las doce. Existe un lugar subterráneo donde subyacen los recuerdos más lejanos, y cuando inesperadamente son rescatados de las profundidades producen en la mente una especie de cortocircuito, como la súbita iluminación de una ciudad dentro del pensamiento. Ismaíl volvió a mirar el rostro del doctor Gjorg, intentando aplicar una corrección a sus sentimientos, tratando de ver a aquel hombre tan joven como padre, sin acabar de lograrlo. Descendió con la mirada hasta el pie de la fotografía y se fijó en sus zapatos de cordones, negros, muy brillantes. Al hacerlo, recordó involuntariamente lo que le había contado su amigo Vladimir: «A mi padre lo enterraron junto a dos hombres más, envueltos en una manta; pudimos reconocerlo por los zapatos, que es lo que más tarda en descomponerse». Aquéllos eran unos zapatos de buena piel, elegantes, con la puntera muy marcada, como de bailarín retirado.

Mientras observaba con detalle la instantánea, Ismaíl procuraba interrogar íntimamente a aquellos rostros, intentando escrutar el mínimo detalle, adivinar algo en la expresión de sus miradas, quizá el recelo y el miedo, o la angustia del amor culpable, pero también el orgullo y tal vez la pasión, el abrazo robado de prisa en la estrechez de un pasillo, las caricias contenidas algunas noches, un jadeo violento en la oscuridad. Y de pronto

se sorprendió pensando en sí mismo con fatalismo, como si su vida no le perteneciera del todo. Como si de algún modo lo que a él le ocurría con Helena estuviese determinado por el amor y el sufrimiento de quienes lo habían engendrado, y al igual que unos rasgos físicos, el rostro anguloso, el cabello ondulado y abundante, hubiese heredado también la maldición de un amor prohibido, su exaltación y su impaciencia. Una cosa que se parece a otra como la semejanza que uno encuentra ante un espejo. Quizá también él hubiese nacido condenado a convertirse algunas noches en un exaltado, en un loco capaz de todo, que puede enamorarse salvajemente aunque con ello le busque la ruina a la mujer que ama y se destruya a sí mismo y destruya a otros.

—Hanna, ¿crees que la predisposición a la desgracia se hereda? —le preguntó.

—No, hijo, no —respondió la anciana con convicción aunque, mientras lo decía, juntó precavidamente el meñique y el índice de ambas manos en un gesto de conjuro gitano que Ismaíl no llegó a advertir—. Uno es igualmente responsable de su felicidad y de su infortunio. Es cierto que nadie puede negar la importancia del azar, pero si lo piensas bien, te darás cuenta de que la fatalidad llega siempre a nuestras vidas por la puerta que nosotros mismos le hemos abierto.

—Pero las personas pueden rebelarse contra lo que les sucede e intentar salvarse. Es algo natural, humano —replicó Ismaíl, como si fuera él mismo el que estuviera sublevándose contra el pasado irremediable—. ¿Cómo pudo *Ella* aceptar su condena tan mansamente?

—¿Cómo no iba a hacerlo? Si ya notaba que empezaba a convertirse en objeto de murmuraciones, y tú sabes lo que puede significar padecer el vacío social. Desde el momento que se hablaba de ella de ese modo, es como si la hubieran transformado en otra persona que no debía ser, toda su vida echada a perder. Se contaban cosas que afectaban también a la política. Alguien del Departamento de Estado pidió informes sobre el doctor Gjorg. No tenían escapatoria después de aquellos informes. El propio Enver Hoxha estaba al tanto. Yo no sé si aquellas acusaciones eran ciertas o no, pero en cualquier caso eso era lo de menos. Estaban ya con la soga al cuello, tenían los brazos metidos en la muerte. Z anum convenció a tu madre. Le hizo creer que aquélla era la forma más beneficiosa para todos de resolver el asunto y de evitar el juicio político, que era lo que *Ella* temía más que ninguna otra cosa. Así que comenzó a tomar religiosamente todas las noches aquella infusión mortal. Un día detrás de otro. Quizá pensaba que al hacerlo podía salvar la vida de Gjorg o puede que Z anum se lo hubiera prometido. No lo sé... En pocos meses cambió mucho. Le cambió la mirada, el modo de inclinarse sobre la cena, su

expresión al bañaros a Viktor y a ti, al cogerte en brazos; era como si estuviera despidiéndose del mundo. Había adelgazado mucho y perdió completamente el color, estaba pálida como una virgen. Sin embargo, hacía gala de un extraño dominio.

—¿Y qué ocurrió con Gjorg? ¿No intentó él hacer algo?

—Claro que sí, hijo. Al principio, al ver a tu madre tan desmejorada, pensó que se trataba de una infección vírica, por los accesos intermitentes de fiebre alta y debilidad. Pero cuando se dio cuenta de lo que realmente ocurría, reaccionó a la desesperada y trató de conseguir unos pasajes para Brindisi, cuatro en total. Porque *Ella* le había dicho que no iría a ningún sitio sin los niños. Creo que llegó a conseguirlos. Pero la suerte ya le había dado la espalda. En su camino de vuelta a Tirana fue detenido... Luego se dijo que habían encontrado en su poder importantes documentos conspirativos. Yo no sé qué documentos podían ser éstos, no entiendo de política, pero no creo que el doctor Gjorg tuviera nada que ver con todas aquellas cosas que decían. Aunque es verdad que él se había negado en el pasado a poner su firma como médico en algunas autopsias oficiales y eso le había supuesto problemas. Sin embargo, a pesar de sus diferencias con la línea más dura del partido, dudo mucho que el doctor hubiera tomado parte activa en ninguna conspiración.

—¿Qué pasó después?

—Lo que ocurre siempre, mi niño. Pasó que se convirtió en eso que llaman un disidente. Es decir, un apestado, una no persona, alguien que quizá supo lo que no debería haber sabido, que vio cosas que más le valdría no haber visto, que oyó palabras, órdenes, frases que se repiten de lengua en lengua, de país en país, las mismas siempre, desde que el mundo es mundo. Dicen que fue interrogado en los sótanos del Comité Central, pero después lo sacaron de allí. Dios sabe qué espantos habrá conocido. Para entonces, tu madre ya había muerto, aunque probablemente él no llegó a saberlo.

—¿Cómo ocurrió? ¿Cómo murió *Ella*? Prometiste contármelo —le recordó Ismaíl.

Hanna tomó aire fatigosamente. Parecía cansada, como si se le hubiera aflojado el rostro con los recuerdos y las arrugas hubiesen ahondado sus surcos.

—Fue de noche —dijo—, sobre las dos de la madrugada. A Z anum lo habían llamado ese día del Departamento de Estado por un asunto urgente y no se encontraba en casa. *Ella* se levantó de la cama y recorrió el pasillo descalza, hasta vuestra habitación, como si presintiera la muerte y quisiera veros por última vez. Yo estaba despierta, llevaba un rato dando vueltas en la cama sin poder dormir. Oí un golpe muy fuerte

contra el suelo, como de leña partida. Cuando la vi allí tendida, traté de reanimarla palmeándole las mejillas, todavía tenía un soplo de vida, balbuceaba apenas, pero era consciente de que se estaba muriendo porque consiguió arrancarme una promesa.

—¿Qué promesa?

—Una que ninguna persona bien nacida puede negarse a cumplir. Nadie puede contradecir la última voluntad de un moribundo —respondió Hanna un poco ausente, como si estuviese hablando para sí o cavilando sobre los hilos de continuidad que unen a los vivos y a los muertos, o quizá pensaba en sí misma y en su propia muerte, que debía de sentir ya cercana. Después de aquella breve pausa, volvió a mirar a Ismaíl y añadió —: Le prometí que me encargaría de que sus huesos reposasen junto a los de Gjorg cuando llegase el momento, como manda la tradición.

Ahora, Ismaíl parecía aliviado y a la vez algo triste, aunque tal vez no era ni una cosa ni la otra, sino solamente conmovido. Al mismo tiempo, en su mente se sucedían a gran velocidad las palabras que había cruzado inesperadamente con un individuo cavernario, que se había presentado ante él como empleado del cementerio de Sharrë.

—¿Has cumplido tu palabra? —quiso saber, pero el tono de la pregunta no era inquisitivo, sino más bien íntimo, como si se tratase de algo estrictamente personal.

—Por supuesto que sí —respondió Hanna—. No fue fácil. Tardé muchos años en saber con certeza dónde habían enterrado al doctor. Nunca hubiese imaginado que lo tenía tan cerca. —Se giró hacia la ventana y señaló hacia las peñas grises que rodeaban la aldea como un cerco de piedra pómez—. Aquí mismo, en Ndroq, a menos de quinientos metros de la base militar, junto a esas rocas. —Y volviéndose hacia Ismaíl, añadió—: Como era imposible trasladar sus restos a Sharrë, porque ya sabes todos los trámites que se necesitan para un permiso de enterramiento, no me quedó más remedio que traer a tu madre aquí. No fue algo sencillo, pero tampoco creas que demasiado complicado. Hay una organización clandestina que se dedica exclusivamente a eso. Vivimos en un país de muertos.

Ismaíl se acordó de las palabras casi idénticas que había pronunciado Kosturi: «Hemos construido un país de necrófilos —había dicho el funcionario—, de buscadores de tumbas».

—¿Te pidió *Ella* que me contases esto?

—No. No me lo pidió —respondió Hanna—. Quizá pensaba que estarías más protegido sin saberlo. Contártelo fue decisión mía. Cuando viniste a verme la otra vez, no me atreví, la verdad. Pero después pensé que ya no eres un niño y que hay cosas que toda persona tiene derecho a

saber.

Por la ventana entraba ahora la luz húmeda de después de la lluvia. Ismaíl y Hanna salieron de la casa. Caminaron en silencio, atravesaron la aldea, calles estrechas de casas bajas y portones cerrados, la plaza con una fuente que más bien semejaba un abrevadero, la estafeta de correos, una destilería, y un poco más adelante, los almacenes de la ensiladora... Parecía que el sol gotease débilmente entre los árboles y en el verde tierno de la hierba recién aparecida en los intersticios del empedrado. Continuaron por la carretera que dividía en dos mitades exactas las huertas de la cooperativa agrícola. Por encima de los sembrados flotaba un vapor muy tenue. Después de cruzar el puente de hormigón sobre el río, ya vieron a lo lejos los tejados de uralita de una antigua instalación militar. Era un edificio rectangular de ladrillo con muestras de abandono en los muros desconchados y sin cristales. La única señal del enterramiento era el color más oscuro de la tierra removida y unas piedras blancas que alguien había depositado sobre las tumbas.

—Las palabras avanzan en círculo, atraviesan una vida entera y luego se vuelven a encontrar, se tocan y cierran algo —dijo Ismaíl.

—Así es como debe ser, hijo. Nada de lo que ocurre se borra jamás del todo —le contestó Hanna antes de darse media vuelta y regresar discretamente al pueblo por el mismo camino por el que había venido, dejando al muchacho a solas con sus cavilaciones.

El dolor requiere su tiempo para manifestarse. Ismaíl permaneció allí, de pie, notando bajo sus pies la poderosa densidad de la tierra apisonada. Tenía la espalda fría, sin embargo, estaba sudando debajo de la ropa. Pero no era la pena lo que lo mantenía clavado en aquel lugar, sino el miedo.

XIX

Se asomó al balcón que limitaba la terraza y vio a su cuñada al fondo de los bancales, arrancando la maleza que crecía junto a la verja. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, pero no había perdido el misterio que le infundía la larga cabellera. La cualidad de su belleza era mutable, variaba a lo largo de las horas, con la luz de las estaciones, según las nubes o sus pensamientos, en los diferentes lugares. Un fragmento del pómulo se recortaba esquinado contra el fondo verde del seto. Si Ismaíl hubiera sido pintor, la habría retratado de un modo abstracto, en relación con el paisaje, a través de la intromisión de unos objetos en otros: el ángulo de la mejilla dentro de una fronda, los ojos abatidos. Pero sólo era poeta, por eso dejó pasar el momento.

La expresión de Helena era seria aunque parecía más tranquila ahora, en aquel universo suyo del jardín, con un impermeable amarillo, rastrillando las hojas y agrupándolas en pequeños montículos. El cielo, la fuente de los delfines con los caños oxidados y un lado del pretil de piedra desmoronado, los frutales desnudos... todo ofrecía un aspecto de semiabandono que armonizaba con el estado de ánimo que reflejaba su semblante aquella mañana. Parte de su pensamiento irradiaba la misma desolación imprecisa de la naturaleza. Lloviznaba.

Hacía ya varias semanas que Ismaíl y ella no se habían reunido como amantes. Cada uno se había ido amurallando tras sus quehaceres diarios, en los hábitos de antes, y libraba como podía aquella guerra en su interior. Helena había sido muy clara, lo había anunciado además con un dedo alzado, inquisitivo, y al hacerlo, sus ojos, de natural pacíficos, habían chispeado con ascuas fugaces de advertencia y antagonismo, o fiebre quizá. «Nunca más», había dicho.

Tal vez la falta de contacto físico le infundía una sensación tranquilizadora de aparente inocencia, pero Ismaíl percibía esa tregua como un cactus cuya sequedad lo arañaba por dentro. No podía respirar sin verla a solas. Quería esa imagen secreta de ella, sin nadie más alrededor, necesitaba una profundidad de campo mínima que salvara su intimidad. No conseguía apartarla de su pensamiento. A menudo la imaginaba nadando. La línea arqueada de sus brazos, el hueco fresco de

las axilas, los talones blancos como islas. Le bastaba cerrar los ojos para saber exactamente cómo se ondularía su cuerpo al salir mojada de un río, o la forma de su espalda al inclinarse boca abajo, secándose el pelo con una toalla.

En aquellos días, después de haber estado un rato escribiendo en su cuarto, cuando Viktor ya había salido de la villa, buscaba a Helena por todas partes de un modo que quería parecer casual. Merodeaba por la biblioteca y las terrazas inferiores, por el invernadero y el jardín, donde a veces la encontraba sentada leyendo junto a la fuente de los delfines como si formara parte del paisaje, igual que un sauce o una estatua mitológica, Afrodita con zapatillas blancas de tenis. Allí era donde ella se encontraba más a gusto, en el aire húmedo de la piedra, entre la vegetación y el sonido del agua, que le recordaba el mundo estremecido de los bosques, donde había crecido. Eran dos topos, animales activos y nocturnos. Pero no resultaba fácil permanecer en casa con aquella explosión roja y gris del otoño. Necesitaban salir de la madriguera.

Dentro de la mansión todo era más difícil por la presencia de los demás. Z anum apenas salía de la villa y ella había duplicado su amabilidad con él y con Viktor, aunque en ningún momento había dejado de ser delicada con ambos. Ismaíl no podía soportar cuando la descubría sonriéndole a su marido o se interesaba por su jornada con aquella atención suya tan cálida y envolvente. En esos momentos llegaba a odiarla, aunque era entonces cuando su belleza resplandecía hasta un extremo casi intolerable. No quería que dudase de los sentimientos de Helena hacia él, o que pensara que habían cambiado en algo; simplemente no podía aceptar su lógica.

Habían hablado mucho después de la última visita de Ismaíl a la aldea de Ndroq, y Helena conocía punto por punto todo cuanto Hanna le había revelado. Había algo en el pasado que les concernía directamente y que también había concernido a otros que ya estaban muertos y a algunos que aún permanecían vivos, como atañe a los seres sensibles y sugestionables cualquier suceso que va extendiendo desde la memoria sus tentáculos hacia el presente. A veces, Ismaíl creía oír voces antiguas en sueños, y su susurro llegaba a parecerle tan vívido como si aquellos espíritus fueran aún parte del tiempo y no ceniza fría. Notaba su presencia en cualquier lugar de la casa, en las habitaciones, en los pasillos, apenas un tacto ligero sobre la espalda. Sentir la influencia de los muertos en el mundo no es ningún extravagancia. Hasta las piedras estériles tienen memoria geológica. Si las rocas imantadas reconocen el magma del que vienen y, después de millones de años, continúan aún señalando el polo magnético ¿cómo no lo van a hacer los seres humanos? Los idiomas antiguos tienen

palabras sagradas para referirse a la intimidad original entre los vivos y muertos. Esa excitación temerosa de los sueños inaccesible, con sus fantasmagorías que nadie sabe de dónde proceden, vínculos, aprensiones, Pálpitos, perplejidades... «Quién eres tú que mi pensamiento espantas».

Helena llevaba algún tiempo mostrándose silenciosa, encerrada en sí misma, como si hubiera emprendido un penoso proceso de autoeducación. Leía constantemente, e Ismaíl sabía que algo no iba bien. Todo en la naturaleza está sometido a una dinámica de cambio y ruptura. Los planetas ardientes se distancian, los continentes se quiebran tectónicamente, separándose por los puntos más débiles, los ríos se secan y son sustituidos por llanuras de aluvión. Se evaporan los mares. ¿Qué podría sucederles a los amantes?

Todas las despedidas tienen señales reconocibles, indicios: una inflexión desconocida en la voz, la mirada más grave y opaca, ensombrecida por un cerco violáceo de ojeras. Hanna estaba en lo cierto: se aprende a presentir. Uno siempre se da cuenta cuando algo se tuerce y se acaba o tiene que acabarse, ya sea por voluntad propia o a nuestro pesar, por fuerza mayor, por zozobra o por haber llegado ya a un límite extremo. Y si no lo sabe, lo intuye, lo percibe en cada detalle, aunque se niegue a ver. El amor es un animal tenso y ciego. Durante las últimas horas que compartieron juntos en la Rotonda, Helena se había atrincherado dentro del terrible castillo de su conciencia. El último sol entraba de refilón en la torre. Su mano reposaba sobre el cojín, Ismaíl quiso acariciarla y la notó muerta como un guante. Toda la tensión del momento la tenía ella acumulada en la voz, vacilante y muy fatigada. Parecía que estuviese hablando para sus adentros, sin estar convencida de desear hacerlo.

—Tu hermano lo sabe —murmuró apenas con un hilo de voz—. Estoy segura.

Ismaíl se quedó atónito, pero no pensó en sí mismo. La miró hipnotizado, sin indignación de ninguna clase, inmóvil, como un condenado que experimentase una extraña sensación de liberación al morir con su agonía. Había algo perversamente grato en aquel malestar que empezaba a sentir en todo el cuerpo. Le pareció que la sangre circulaba muy despacio por sus venas. Estaba tan pálido como esos heridos abandonados en el campo de batalla. No dijo nada.

Dentro de aquella burbuja de silencio, el aire volvió irrespirable, igual que el aire que flota fuera del tiempo, el aire estéril de las habitaciones donde alguien acaba de morir, el de las grutas o las oquedades geológicas, y el aire también de los sepulcros. Entonces, por primera vez en todos aquellos meses Helena se mostró dispuesta a contarle a Ismaíl una escena

íntima sucedida en el interior del mundo cerrado de la habitación matrimonial.

Se quitó los tenis y apoyó la espalda en la pared preparándose para entrar con cautela en aquel espacio rugoso y difícil de su condición de mujer casada que hasta aquel momento, tanto uno como otro, habían tratado de evitar con la máxima delicadeza.

Ismáil encendió un cigarrillo y apoyó también él la nuca contra el tabique, mirando hacia arriba, hacía la cofa acristalada de la Rotonda, con sus vidrios hexagonales, sin estar seguro de poder sostener la cabeza con sus propias fuerzas cuando ella comenzase a hablar. Y habló. Lo hizo despacio, un poco erráticamente, sin afectación aparente, como en esa clase de confesiones en las que uno necesita ausentarse de sí mismo para poder afrontar.

—Lo oí llegar de madrugada —dijo—, y fingí estar dormida. Él no quiso despertarme. Simplemente se descalzó y se quitó la camisa. Su respiración era irregular y ruidosa, como si acabase de hacer un gran esfuerzo. Se miró las manos fijamente del derecho y del revés, con las palmas extendidas hacía arriba. Me dio miedo ese gesto. Luego se acercó a la ventana y se quedó allí, de pie, observando la luna. Estaba en cuarto creciente. También yo había estado contemplándola en el balcón hasta medianoche por encima de los cipreses. Al cabo de unos segundos empezó a dar vueltas por la alcoba de un extremo a otro, a tientas, palpando las paredes, aunque había bastante claridad, como si la luna se hubiera metido dentro del cuarto, o tal vez me lo parecía a mí, por tener los ojos acostumbrados a aquella penumbra. Rebuscó en los cajones de la cómoda igual que un ladrón en su propia casa. Abrió el armario y descolgó toda mi ropa, pieza por pieza: la camisa blanca, el vestido de algodón, ese que te gusta tanto, el que tiene una cenefa de pececitos azules en la solapa — dijo, trazando con los dedos un triángulo sobre el escote—, y también la toca que yo llevaba puesta el día de la boda. La tenía guardada dentro de una funda de tela para preservarla de las polillas. Viktor abrió la cremallera con cautela, oí el chasquido metálico, después fue directamente al bolsillo delantero del chaleco donde se guarda la bala de plata de la dote. —La voz de Helena se había adelgazado ahora casi como un hilo—. Él estaba de espaldas y de pronto lo oí sollozar. Su cabeza había quedado en una zona de sombra, en la oscuridad, y no podía distinguirla. Parecía un cuerpo decapitado. Desde mi lado de la cama sólo alcanzaba a atisbar el movimiento de sus hombros agitándose con cada estremecimiento. Nunca lo había visto así... No sé cuánto tiempo duró aquello. Quizá fueron sólo dos o tres minutos, pero a mí me pareció una eternidad. Luego acabó de desnudarse y se acostó. Ni siquiera habría transcurrido media hora

cuando lo dijo. Noté un susurro en mi oído, pero su voz estaba rota. Dijo sólo «¿Por qué, Helena?», y volvió a repetirlo dos o tres veces más, «¿Por qué... por qué...?». Sólo eso. Lo decía enajenadamente, más que como pregunta verdadera, como imploración o súplica... Después me besó en la nuca.

Helena apoyó la cabeza hacia adelante, contra las rodillas flexionadas, ocultando el rostro. Hubiera deseado que sus gemidos fueran una barrera que la apartara de Ismaíl y del mundo, para que todo resultase más fácil, pero su llanto era completamente silencioso.

—No puedo más... —continuó diciendo sin variar de posición, la frente clavada en las rodillas—. Viktor sabía que estaba despierta, estoy segura. Quiso que yo lo viera hacer todo aquello quizá para avisarme de algo a su manera, para hacerme comprender, o prevenirme, no lo sé... Noté su mano en mi cintura, bajo la tela del camisón, y el inicio del acercamiento sexual, siempre empieza así... —Helena hizo una pausa. Le resultaba difícil mantener la neutralidad inicial. Parecía esperar que Ismaíl dijese alguna palabra que le hiciera más fácil continuar, pero él permaneció mudo, escuchando. Y ella prosiguió—. Tenía todo el cuerpo sudoroso, su aliento estaba ardiendo, como si tuviese fiebre cuando me rozó el cuello... Va a volverse loco, ¿entiendes? Tú no lo conoces tan bien como yo. No podemos seguir con esto, ¿no te das cuenta? Se acabó. No podemos continuar. —Helena levantó la cabeza y miró a Ismaíl a los ojos directamente, sin esperanza, pero con mayor determinación de la que había puesto en ningún otro empeño en toda su vida—. Nunca más —dijo, el dedo en alto, advirtiendo, señalando.

Ismaíl no respondió nada. «Quien calla es dueño de su silencio». La última escena, que Helena acababa de relatarle escuetamente, la reprodujo en su imaginación con todo lujo de detalles: veía el cuerpo de Viktor moviéndose con violencia encima de ella, las manos fuertes apretando, acariciando, recorriendo los hombros desnudos, la fragilidad del cuello... En su mente, las imágenes estaban levemente licuadas, como si sucediesen bajo una superficie acuática, luminosa y ondulada, la transparencia de una pecera. Se giró para poder mirar a Helena a los ojos y los vio más claros por las lágrimas, impecables como un paisaje. Ni siquiera era capaz de pensar, pero deslizó sus dedos hacia la mano de ella y la encontró inerte. Estaba encerrada en sí misma, inabordable. Él sí que iba a volverse loco, de hecho se sintió enloquecer. A pesar de que notaba el cuerpo vacío tenía la sensación de que le pesaba cada vez más. Todos sus músculos se habían entumecido por la inmovilidad de los pensamientos fijos como puntales.

No concebía que Viktor conociese la relación que él tenía con su cuñada

y no se lo hubiese manifestado. Era un comportamiento que no se correspondía con su manera de ser. Pensó que tal vez su hermano sintiese que la estaba perdiendo sin más. Existe siempre el riesgo de que a uno lo dejen de querer como lo querían en un principio, que lo contemplen de otra manera, con otros ojos, piadosos o decepcionados e irritables. Un hombre siempre se da cuenta de esas cosas. Aunque Ismaíl no podía dejar de pensar en Viktor, sin embargo, la sensación más fuerte era su necesidad absoluta de ella. No había ninguna manera de que pudiese aceptar aquella separación. Ninguna solución. Ninguna salida. A veces se quiere tanto a una persona que la única forma de soportarlo es tan definitiva y última que uno se queda paralizado ante su mero presentimiento. Matar y besar. En algunos dialectos primitivos de las montañas, las dos palabras se pronuncian de modo muy parecido. Tienen la misma raíz: *ölés* y *ölelés*.

Aquella fue la única ocasión que estando juntos en la Rotonda no hicieron el amor, tan sólo se abrazaron. Pero ningún contacto anterior había sido tan intenso ni tan desesperado como aquel abrazo último. «Si fueras tú la tierra para mi lecho oscuro...», escribió él esa noche en su cuaderno de pastas de hule, 18 de setiembre.

Ismaíl la había tenido así en sus brazos, aprisionada, había sentido el latido violentísimo de su corazón, sus lágrimas silenciosas que le bajaban hasta el cuello y que él se inclinó para sorber con la lengua, como hacen a veces los mamíferos con sus cachorros, lamiéndoles el hocico, las orejas, los párpados, para limpiarlos o para curarlos. Lo reconfortaba sentir ese palpito animal, la tenía cobijada bajo sus alas, como si ella fuese todavía una cría de pocos años que vivía entre riscos y que sabía imitar el gorjeo de todos los pájaros.

Amar a alguien y quedar segado por la mitad.

Desde la terraza, Ismaíl veía ahora los montones de hojas rojas en sus jaulas de rejilla a lo largo del paseo, entre los cipreses. Más lejos, una bruma muy leve cubría los tejados de Tirana. Toda la maleza que Helena había arrancado formaba una pequeña pira junto a la fuente de los delfines, e Ismaíl pensó que tendría que reparar con un poco de cemento el pretil del estanque, que se había hundido precisamente por el lado que daba hacia la casa. Sería una buena excusa para aproximarse a ella. Helena encendió la hoguera y el aire del atardecer fue llenándose del olor de los rastrojos quemados, una humareda gris que subía por delante de la villa hasta la terraza de la biblioteca. Ismaíl se quedó absorto un instante antes de bajar al jardín, pensando dónde podía encontrar las herramientas para preparar la argamasa. Durante esos escasos segundos en que aspiró el olor de la fogata, su memoria olfativa se fue remontando

inconscientemente a la naturaleza de los hierbajos quemados, tratando de identificar cada planta, el ajeno, la espadaña, las ortigas recién segadas, las zarzas silvestres, el falso romero y algo más, un aroma ligeramente acre que no acababa de distinguir bien.

—Ahora ya no me importaría morirme —dijo Ismaíl.

Hubiera bastado que ella hiciera un solo gesto, que dijera una palabra o que negara simplemente con la cabeza. Pero no hizo nada, únicamente se quedó quieta. Estaba de pie con una novela en la mano que acababa de sacar de uno de los estantes superiores de la biblioteca y, cuando se dio cuenta de la presencia de Ismaíl en el umbral de la puerta, se le cayó el libro al suelo. Él la vio así, con el semblante somnoliento de quien no consigue conciliar el sueño y se levanta desvelado en mitad de la noche, los brazos caídos por encima de la tela blanca del camisón, los ojos serios y graves, como si supiera de golpe lo que inevitablemente iba a suceder, los hombros cubiertos por un chal muy fino de gasa azul.

A Ismaíl ya no le importó nada, ni el lugar, ni la lamparilla encendida, ni que alguien pudiera descubrirlos, ni siquiera su propia conciencia que se iba diluyendo igual que los límites de su cuerpo mientras la abrazaba y rodaban los dos por el suelo, derribados, emboscados como dos sombras. Se buscaban y se mordían y se apretaban impacientes, como si en su interior se hubiera desatado todo el dolor y toda la rabia de un deseo largamente contenido. El día en que Helena decidió poner fin a la relación no había previsto que fuera tan difícil llevar a cabo su propósito. Ismaíl tomó un almohadón del sofá y se lo colocó a ella bajo la nuca. Después desató con los dientes la cinta que le recogía el pelo y toda su cabellera quedó derramada por la alfombra, una espesura de membrillos en otoño, aquella luz primera de la infancia.

Despeinado también él, con el rostro mojado de saliva, recorrió su cuerpo centímetro a centímetro: el empeine muy arqueado, como el de las bailarinas, los talones, la línea frágil del tobillo, el hueso un poco saliente de la rótula, una colina en el mapa del cuerpo... Le separó las piernas y se volcó ciego entre sus muslos, erguido sobre ella, sin poder soportar la impaciencia cuando ella misma entreabrió la hendidura de sus labios con los dedos para recibirlo, apremiada por una urgencia ya despojada de cualquier pudor porque tampoco ella podía resistir más aquella excitación. Ismaíl la oyó pronunciar su nombre mientras sentía su cuerpo dilatándose y contrayéndose, como el latido de una herida a un ritmo cada vez más

sofocado y veloz, y se oía a sí mismo, la ebriedad de sus gemidos, las palabras dulcísimas o crudas, osadas y brutales del delirio que ni siquiera era consciente de estar pronunciando, ni sabía ya a quién de los dos pertenecía aquella voz, ni el cuerpo, ni los jadeos de placer, ni el sudor que los fundía en un desfallecimiento común. Apenas tuvo el tiempo justo de salirse de ella y derramarse a borbotones densos y tibios encima de su vientre, un rastro blanco de sal.

Poco a poco fueron recuperando el aliento. Helena le hizo volver el rostro, le acariciaba el pelo y la frente muy despacio, con una devoción atenta en la que ya no había premura ni desesperación, sino sólo un abandono profundo, como el de los naufragos que han perdido la batalla y se entregan dóciles al mar. Él apoyó la cabeza en su pecho. Se sintió vencido también, cansado de vivir sin ella. «Ahora ya no me importaría morirme», dijo.

La claridad nocturna entraba a través de los arcos del ventanal como en un templo. Entonces les pareció oír algo muy leve, como la carrera de un animal pequeño en el jardín. Fue sólo un momento. Después, otra vez el silencio. Ismaíl se abrochó los pantalones y se acercó a la ventana. Los árboles parecían rociados de escarcha por el relumbre lunar. Todo estaba en calma, como acolchado de silencio. Permanecieron todavía allí, como al final de una tregua, sin querer saber qué iba a ser de sus vidas mañana o a la semana siguiente o dentro de un año, apurando los últimos minutos antes de regresar cada uno a su dormitorio.

La detonación sonó algunas horas después. Exactamente a las seis menos cuarto de la madrugada. Ismaíl no se levantó en seguida, sino que se quedó durante unos segundos paralizado, sin atreverse siquiera a levantarse de la cama, dominado por la sensación de pesadez y hundimiento que presagia siempre las desgracias. El miedo era ese sabor a tierra en la lengua, una punzada de mal augurio en el pecho, el vértigo de bajar por una escalera a oscuras en la que de pronto falta un peldaño. Cuando por fin logró incorporarse y corrió hacia el lado de la casa en que había sonado el disparo, vio cómo su hermano Viktor se echaba las dos manos a la cabeza en el mismo momento en que descubría el cuerpo sin vida de su padre.

Helena estaba junto a él y trataba de sujetarlo y de ofrecerle su apoyo para que no perdiera estabilidad, aunque tal vez fuera ella, cada vez más pálida, la que buscaba amparo y sostén.

—No entres —le advirtió a Ismaíl cuando lo vio en el quicio de la puerta, como si temiera que algo pudiera dañar sus ojos irreparablemente. Pero el aviso llegó demasiado tarde, cuando Ismaíl ya había visto lo que tenía que ver.

El cuerpo de Z anum estaba tendido en el lecho, medio cubierto por la sábana, con la mano derecha colgando fuera de la cama. Tenía la palma vuelta hacia arriba y los dedos agarrotados. A escasos centímetros se hallaba la pistola caída en el suelo, sobre los tablones de madera.

Los tres se quedaron paralizados y mudos. Sólo Viktor intentó balbucear unas palabras, pero lo único que acertaba a pronunciar era el nombre de su padre. Lo repetía como una letanía, moviendo la cabeza hacia los lados. Tenía los ojos fijos en el cadáver, espantados, sin reconocer aún del todo los hechos, esa clase de mirada de quien se despierta sobresaltado en medio del sueño y experimenta la misma sensación de enajenamiento que si se hallara todavía en el interior de una pesadilla. Cuando por fin consiguió desprenderse de los brazos de Helena, que intentaba retenerlo, corrió hacia la cama y apartó la sábana que le cubría el cuerpo. Entonces todos pudieron ver la herida de bala a la altura del corazón, un solo impacto y no dos, como se anduvo diciendo después arriba y abajo. La pistola tuvo que ser disparada con el cañón del arma pegado al pecho, tal como indicó después el encargado de hacer el informe pericial, señalando el orificio circular que presentaba la chaqueta del pijama, de color beige muy claro, con los bordes quemados de pólvora.

Aun muerto, la presencia de aquel hombre dominaba todo el cuarto, impregnado por un fuerte aroma a cuero y a madera mezclado con su propio olor corporal. La expresión de su rostro era distinta de la que tenía en vida, sobre todo por la ausencia de mirada, las córneas vueltas hacia arriba. Sin embargo, no reflejaba tensión. Parecía más viejo quizá, con las arrugas acentuadas en torno a la boca entreabierta y en el cuello, pero su frente seguía siendo poderosa, con una mata espesa de cabello blanquísimo echado ligeramente hacia atrás, el pelaje de un zorro plateado.

Tanto la alcoba como el gabinete contiguo, separado sólo por un arco, presentaban un aspecto ordenado. La ropa estaba cuidadosamente plegada sobre una silla, la chaqueta oscura y el pantalón de paño negro. Le gustaba el orden y la austeridad. También los zapatos eran sobrios, con la suela de goma un poco impregnada en los bordes de barro o de cemento. Sobre el escritorio todavía se hallaban los papeles en los que probablemente había estado trabajando hasta muy tarde. Ismaíl se acercó a la mesa y vio que los documentos eran antiguos por el tono amarillento del papel y por el sello, el mismo que solía utilizar el Departamento de Seguridad e Interior hacía años, una águila bicéfala. Leyó únicamente un párrafo subrayado con lápiz rojo: «... organización de espionaje y colaboración con el enemigo...». Había también numerosas anotaciones al margen con abreviaturas que Ismaíl no consiguió descifrar en el primer

vistazo a vuela pluma. Mientras tanto, su hermano estaba inclinado sobre el cuerpo del difunto, palpándole la vena del cuello, intentando inútilmente encontrarle el pulso, y Helena permanecía de pie a dos o tres pasos del lecho, sin acercarse más, sin saber qué hacer, aturdida, mirándolo a él, a Ismaíl, con una intensidad desconcertante, quizá tratando de hablarle con los ojos, o de indagar acaso en los de él y de comunicarse de algún modo, el morse del entendimiento. No supo Ismaíl comprender esa mirada lentísima que, sin embargo, estaba sucediendo en décimas de segundo, porque, desde que sonó el disparo, se había quebrado el tiempo y él percibía las cosas de un modo fragmentario, como si las estuviese viendo a través de una lente rota en miles de esquirlas.

Pasaron dos horas hasta que la brigada de investigación criminal llegó a la mansión. Dos policías de uniforme quedaron apostados junto a la verja principal. El inspector iba vestido de paisano con un traje gris de solapa ancha, un poco anticuado. Interrogó a cada uno de los habitantes de la casa por separado. Parecía un funcionario meticulado e intuitivo. Sus ojos daban la impresión de estar siempre opinando, eran pequeños y acechantes, hasta cuando no formulaba ninguna pregunta y miraba distraídamente a través de las cristaleras hacia el jardín, donde aún se veían algunos montones de hojas rojas apiladas en jaulas de rejilla; una mirada que podía significar el cansancio que le inspiraba su trabajo, aquel interrogatorio y la propia condición humana. O tal vez fuera que el otoño lo volvía pensativo. Había algo raro, al parecer. Algo que no coincidía en las declaraciones de los tres testigos, pequeñas contradicciones, una mínima diferencia horaria en las coartadas de cada cual.

El dossier señalado con la letra Z que se encontraba en el gabinete de trabajo del muerto fue sometido a un exhaustivo peritaje grafológico. En él se incluía un croquis de las instalaciones militares situadas a las afueras de la aldea de Ndroq y todo el expediente referido a una detención realizada en Durrës un lejano día de setiembre de 1961. Su contenido evidenciaba sin lugar a dudas la implicación directa de Z anum en el proceso que acabó con el arresto y posterior asesinato del doctor Gjorg. El análisis de esta documentación, desaparecida hacía tiempo de los archivos, no benefició precisamente a Ismaíl. A la luz de los datos aportados, él era el único, entre todos los habitantes de la villa, que tenía un posible móvil para el crimen. Poseer un motivo para la venganza implica para la tradición albanesa dar prácticamente por consumado su cumplimiento, tan frágil es la frontera entre la ley y el derecho. Como reza un dicho popular balcánico, «Todo aquel que tiene una causa comete un crimen». Por otra parte, Ismaíl era consciente de que existían informes de la Seguridad sobre sus reuniones con miembros de la oposición y su

actividad clandestina en la universidad. Pero, sin embargo, ni una cosa ni la otra fueron definitivas en el momento de su apresamiento. Lo que realmente resultó determinante fue el testimonio de su hermano.

Viktor no parpadeó ni le tembló la voz cuando señaló a Ismaíl, delante del inspector, haciendo alarde de una serenidad granítica: «Él lo hizo», dijo, imperturbable, mirando fijamente a su hermano con una dureza extrema y compacta, midiéndolo con los ojos. Estaban los dos de pie, uno enfrente del otro, a menos de cinco pasos. En aquel momento ya no eran dos hermanos huérfanos criados bajo el mismo techo, sino dos seres adultos, espoleados por un resorte muy antiguo, el mismo que late en el corazón del lobo y del cordero. También en los duelos entre hombres existe ese instante de máxima tensión en que la sangre se enfría dentro de las venas, señalando un límite. Pero lo que reflejaba el rostro de Viktor no era el arranque temperamental de un impulso súbito, sino la frialdad que proporciona el cálculo, una concentración de sombras minúsculas y oscuras en la frente, como si hubiera estado premeditando aquella denuncia durante varios días. Su frase era una oración definitiva que no admitía hipótesis ni conjeturas de ninguna clase. La frase de quien acusa sin vacilación. «Él lo hizo», sólo eso. Y bastó su palabra para que Ismaíl fuese sentenciado de inmediato. Así habían funcionado siempre las cosas, no se necesitaban pruebas, y en caso de que fueran necesarias, se falsificaban. Una denuncia de cualquiera era suficiente para ser condenado, especialmente si el que formulaba la acusación era un militar y un miembro tan destacado del partido como Viktor Radjik.

Por qué Ismaíl no intentó siquiera defenderse nadie lo sabe. Tal vez necesitó fermentar aquella calumnia dentro de sí mismo, en silencio. La inocencia se vuelve muda tantas veces ante la inquina. Permaneció así, inmóvil, durante algunos segundos, como la presa que se queda paralizada ante su destino, sabiendo que el destino no es el azar, sino el resultado natural de unos hechos cruciales, apretados, no siempre comprensibles, como puede no ser comprensible a veces la soledad, el deseo sediento de placer y de venganza o el egoísmo y la compasión. Pero quizá ni siquiera se extrañó. En ocasiones, en el mismo instante en que algunas cosas suceden, uno experimenta la enigmática sensación de que ya las ha vivido, como si hubiera sabido desde siempre que iban a ocurrir. No acontecen tantas sorpresas en la vida, si se piensa. Había también en el ensimismamiento de Ismaíl algo cálido, una ligera expresión de lástima o añoranza que alteró su rostro con un minúsculo rubor, un pesar íntimo que acaso se remontaba al tiempo lejano de los juegos y de las carreras por el monte Dajti, y a un tren con cinco vagones de plata que brillaba en el fondo del túnel de su conciencia. Se quedó callado con una sonrisa

inexplicable en los labios. Era una sonrisa cansada. Casi dulce.

Inculpar, persuadir con la mentira, resultaba fácil. Aun así, el inspector no renunció a hacer las preguntas reglamentarias. Pese a su aspecto un poco vulgar, aquel funcionario poseía una mente observadora e interpretativa. No necesitaba formular ningún juicio, para opinar, lo hacía para sus adentros. No utilizaba malos modos. Era eficaz y educado. Debían de quedar pocos así en el ministerio. Se lo veía más inclinado hacia la hipótesis del asesinato que hacia la del suicidio. Ismaíl no se extrañó por ello. También él empezaba a admitir esa posibilidad. Pero en su caso no tenía tanto mérito, al fin y al cabo, él había visto el cadáver tal como se encontraba originariamente, con la sábana subida cubriéndole el cuerpo. Ciertamente era un detalle mínimo, y en el momento no le concedió mayor importancia. Sin embargo, ahora no paraba de darle vueltas en la cabeza. Era difícil que un muerto pudiera arrojarse a sí mismo.

A la mente de Ismaíl vino entonces el recuerdo de un ruido muy leve, apenas una vibración en el cristal de la biblioteca, y después un ligero movimiento en el ramaje del seto, la luna saltando sobre las hojas como una cresta de plata.

Otra vez volvió a tener la sensación de que estaba percibiendo las cosas de un modo onírico, fregonazos de escenas descabaladas. Imaginó a Z anum escudriñando detrás del ventanal de la biblioteca, un hombre ya viejo y deprimido, con las facultades algo deterioradas, que tal vez no llegase a reconocer los rostros y los cuerpos que brillaban en la penumbra, y se viese asaltado por la certeza de haber regresado por efecto de algún prodigio a una noche pasada de hacía más de veinte años.

Igual que entonces, el anciano pudo ver la silueta de una mujer muy joven casi desnuda, apenas cubierta con un finísimo chal de gasa azul, y acaso vio también a un hombre alto que hundía las manos en su larga cabellera como en un río. Dos cuerpos que irradiaban un rescoldo luminoso, la fosforescencia del amor en la piel. Tal vez oyó los jadeos de placer, tan semejantes a otros gemidos lejanos que más bien parecían su repetición o sueco, sonidos oscuros cuyo fiero gozo le estallaba en la cabeza y casi llegaba a percibir en el aire el mismo olor fuertemente sexuado que emanaba de los cuerpos. Una cosa que recuerda a otra, como el reflejo de un rostro delante de un espejo. «Igual que el que toma el espectro y persigue el sueño es aquel que vive entre sombras».

Pero también podría ser que el viejo hubiese reconocido los rostros y los nombres de los amantes, y entonces las cosas habrían sucedido de otro modo. Puede que hubiese perseguido a Helena por el interior de la casa, su nuera adúltera, la mujer de su hijo predilecto, y la hubiera amenazado

con su voz acusadora, o la hubiera chantajeado y se hubiera enfrentado a ella, y hubiese urdido una trama para hundirla y la hubiese maldecido igual que había hecho un día con su propia esposa, y hasta hubiera pronunciado las mismas palabras atroces.

Pero quién sabe. Quién puede saber a ciencia cierta lo que es verdad si la vida depende tantas veces de lo que uno cree o sueña o ha imaginado, y hasta la más apacible de las existencias se halla llena de enigmas y episodios inexplicables o difuminados. Todo se difumina con el tiempo. Aunque también es verdad, como había dicho Hanna, que nada de lo que ocurre se borra jamás por completo.

Antes de ser esposado y conducido al automóvil negro que esperaba abajo, Ismaíl se asomó a la ventana y olfateó el aire con expresión ausente, como si nada de lo sucedido tuviese que ver con él. Lo embargaba la sensación de haber permanecido inmerso en la vida de otros, en tramas que se remontaban más de veinte años atrás.

Poco después, el coche oficial abandonaba la mansión, haciendo crujir la grava de la senda, suavemente curvada. Por el espejo retrovisor, Ismaíl pudo ver a Helena por última vez. Sus ojos estaban extrañamente nublados. Había algo allí contenido, un cansancio indulgente, una sabiduría muy antigua, la misma expresión de fatalidad de las oréades de las leyendas albanesas. Hizo un gesto lívido con la mano al despedirse de él. En aquel momento a Ismaíl le pareció una mujer menos joven, pero mucho más bella.

Por el este se avecinaban unas nubes muy densas que aplastaban el cielo de Tirana y oscurecían la carretera de Elbasan con las pequeñas villas construidas antes de la guerra, rodeadas de árboles y algunos macizos de flores. El bulevar de los Mártires ofrecía un aspecto desolado, las fachadas grises de los edificios oficiales, una plaza abierta con frontones de mármol y la estatua ecuestre del héroe Scanderberg levantando su espada de bronce en la mano derecha, con el semblante grávido, erigido para la eternidad y quizá por ello ya melancólico. Cuando pasaron por delante del palacio presidencial, el cielo había tomado un color de basalto entre pinceladas de azufre. Quedaba aún un hueco en el aire sólo horadado por el chasquido de la electricidad.

«Dentro de muy poco —pensó Ismaíl— comenzará a arreciar la lluvia».

EPÍLOGO

En mayo de 1985, Ismaíl Radjik salió de la cárcel y abandonó clandestinamente el país con ayuda de la organización humanitaria Amnistía Internacional. A diferencia de lo ocurrido en el pasado, esta vez el barco consiguió salir del puerto de Durrés y llegar a Bríndisi. Las vidas avanzan en círculo pesadamente, atraviesan meses, años enteros, pero regresan siempre, como las corrientes invisibles que guían a las aves migratorias y, pasado el tiempo, vuelven a cerrar el círculo, como sucede con las leyendas. Ese mismo año murió Enver Hoxha, cuyo cadáver fue momificado, y subió al poder Ramiz Alia, un hombre de paja bajo la influencia de la viuda del dictador.

Poco después, una editorial italiana tradujo y publicó el canto fúnebre de Ismaíl Radjik, compuesto por una selección de más de doscientos poemas agrupados bajo el título de *Los convidados de Sharrë*. «Quede yo libre del mal y las sombras con las campanadas de la noche, cuando el resplandor de las antorchas se alce rojizo allá en los lindes...». Pero esas sombras de sus poemas funerarios no eran sólo personajes muy enraizados en la tradición popular albanesa, sino también en la propia vida real del poeta. La publicación del libro consagró a Ismaíl Radjik como uno de los grandes escritores albaneses.

Durante más de cuarenta años, Albania fue un país cerrado por una costura de hierro, completamente aislado del resto del mundo. Un Estado que se devoraba a sí mismo y que había rechazado el contacto incluso con los países comunistas vecinos, enajenado por la paranoica e implacable teoría de la conspiración extranjera. Todavía hoy la línea de costa se halla completamente sembrada de búnkeres. Desde su salida del país, Ismaíl Radjik vive asilado en un pequeño pueblo del sur de Italia, en una casa rodeada de árboles frutales, manzanos, ciruelos y un algarrobo, con una mesita de madera en el patio, donde acostumbra a escribir.

Y ahora, tanto tiempo después, cuando pensaba en todo lo sucedido, la sensación más intensa resultaba ser curiosamente el cansancio. Era un poeta reconocido. Se había casado con una mujer risueña y apacible que le había dado un hijo y cierto sosiego. En primavera, al fondo del huerto se escondía un frescor muy dulce. A veces una hilera de hormigas rojas subía

por el tronco de un árbol, y el niño preguntaba cosas sobre la vida de las hormigas.

—Cuando seas mayor serás entomólogo —oyó que le respondía su esposa en una ocasión.

—¿Qué es un entomólogo? —volvió a preguntar el chiquillo.

—Los entomólogos estudian la vida de los insectos —contestó él esta vez, levantando la vista de sus escritos—: las hormigas, los saltamontes, las libélulas...

Había muchos momentos así a lo largo del día, en los que Ismaíl entornaba los ojos y se quedaba aislado dentro de sus recuerdos, como si la vida le concediese el don de volver a rebobinar una película sólo para él. Por las tardes, en otoño, el viento levantaba las esquinas de los manteles en el patio. En esa época le gustaba la ceremonia de ir colocando los membrillos en un cuenco de barro. La quietud y el peso de la fruta le causaban una sensación de serenidad. Pero con frecuencia, especialmente durante las noches, le subía a los párpados una especie de tristeza dulce o de vacío impreciso antes del sueño. Entonces evocaba el rostro de Helena, concentrado, mientras se desataba los cordones de los tenis y los dejaba junto a la puerta de la Rotonda, o cuando se tumbaba, descalza, boca abajo, con la barbilla entre las manos. No había vuelto a saber nada de ella, pero estaba seguro de poder reconocerla si volviese a encontrarla pasados muchos años, porque tenía la certeza de que su semblante reflejaría siempre, independientemente de la edad, lo que había en su interior. Mientras se hallaba sumido en estas meditaciones, Ismaíl permanecía ausente, en silencio, como si se encontrase a siglos de distancia. Después podía volver ya al mundo cotidiano con el ánimo apaciguado. Su esposa, que era una mujer terrenal, tuvo siempre la discreción o la generosidad de no preguntarle jamás dónde se encontraba su pensamiento durante esas ausencias.

Por lo demás, el placer de ver crecer a su hijo le proporcionaba a Ismaíl durante algunos instantes la sensación de estar gozando de una felicidad pequeña e intachable. Sabía siempre qué hora era por la calidad de la luz sobre los muebles a lo largo de los diferentes momentos del día y de los diversos meses del año. Distinta en invierno, antes de que las nieves llegaran a los Apeninos con un silencio de plata, o en abril, cuando afloraba la lavanda y el espliego, o en pleno verano italiano, cuyo calor se metía dentro de las piedras y lo agotaba, o en octubre, con el cielo fresco de un azul lavado, muy luminoso, a veces manchado de carmín o de oro a la puesta de sol, y de nuevo otra vez en invierno con jersey de lana y calcetines gruesos, a través de los cristales mojados y del rumor sordo de la lluvia, fatigoso como la continuidad paciente de la vida. Ismaíl asistía al

transcurso de las estaciones con el mismo desprendimiento pasivo con que contemplaba su propio futuro, igual que quien acepta un regalo o algo no del todo necesario y con lo que no contaba. La impasibilidad no era en él una disposición innata, sino una actitud que había adquirido al mismo tiempo que su condición de exiliado. Nunca quiso regresar a Albania.

A principios de la década de los noventa, los cambios en los países del Este obligaron al régimen albanés a un proceso de desestalinización. Pero las transformaciones resultaron tan abruptas que el intento acabó de un modo convulso con el fraude electoral y el sonado escándalo de las pirámides financieras, que hundió al país en el caos y llevó a miles de albaneses a intentar huir del desastre en barcos abarrotados que resultaron verdaderos infiernos flotantes. Era el mes de febrero de 1997.

Entonces volvieron a oírse cosas. Aunque todo lo que se decía sobre el caso Radjik era impreciso y estaba rodeado de un aura de incertidumbre. Se hablaba de él y de una mujer, tal vez de su madre, o quizá se trataba de su amante o de la mujer de un hermano. Eran tantas y tan diferentes las versiones que se daban que parecía que no hubiese una sola mujer, sino varias, todas con similares posibilidades de provocar la desgracia.

«Vendrá la muerte y tendrá tus ojos», escribió el poeta italiano César Pavese sin haber conocido a Helena Vorspi. Y ese mismo verso fue repetido por Ismaíl Radjik en su libro a modo de epígrafe, o quizá como una sentencia íntima dedicada a esa mujer bellísima cuyos desesperados ojos continúan mirándolo en su memoria, como lo miraron una noche en la que nadie supo ni quizá sepa nunca lo que realmente ocurrió.



SUSANA FORTES. Pontevedra 1959. Es licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago de Compostela y en Historia de América por la Universidad de Barcelona. Recientemente ha estado en Estados Unidos compaginando la docencia de español en el Estado de Luisiana con conferencias universitarias en la Universidad Interestatal de San Francisco. En la actualidad reside en Valencia donde imparte clases en un instituto.

Con su primera novela, *Querido Corto Maltés*, ganó en 1994 el Premio Nuevos Narradores. En 2001 fue finalista del Premio Primavera, convocado por la editorial Espasa, con la novela *Fronteras de arena*. Además ha publicado *Las cenizas de la Bounty* (Espasa 1998); *Tiernos y traidores* (Seix Barral 1999), y el cuaderno de cine *Adiós, muñeca* (Espasa, 2002); *El amante albanés* (Planeta 2003), finalista del Premio Planeta; *El azar de Laura Ulloa* (Planeta, 2006), que recibió el Premio de la Crítica en la categoría de narrativa otorgado por la Asociación de escritores y críticos de la Comunidad Valenciana, y *Quattrocento*, que se ha convertido en un fenómeno de ventas internacional. Su última novela, *Esperando a Robert Capa*, ha recibido el Premio de la Crítica Literaria Valenciana 2010. Susana Fortes colabora habitualmente en el diario *El País*, así como en revistas de cine y literatura.

Notas

[1] Modelo de automóvil de fabricación rusa. <<

[2] Cuerpo secreto de seguridad del Estado. <<